SALLY J. PLA

¿QUIÉN QUIERE SER MAUDIE MCGINN?



VR YA



MAUDIE MCGINN NO ES NORMAL.
AL MENOS, ESO ES LO QUE SIEMPRE LE HAN DICHO.

Su cabeza va muy rápido y a veces se bloquea con los ruidos fuertes. Las emociones le explotan por dentro. Su mamá dice que actúe "normal" y su padrastro… Bueno, ese es un tema del que Maudie preferiría no hablar.

Pero este verano, lejos del control de su madre y en un pequeño pueblo costero con su papá, Maudie empieza a preguntarse algo diferente: ¿y si no está rota?

Entre secretos que queman, olas que sanan y nuevas amistades, Maudie descubre una parte de sí misma que no conocía. Y se enfrenta a una gran decisión:

¿Se atreverá a ser ella misma o seguirá nadando contracorriente?

“Quien haya sentido alguna vez que no encaja, encontrará en Maudie un reflejo poderoso. Su camino hacia el hogar y el amor propio te dejarán marcado”.

ALA Booklist

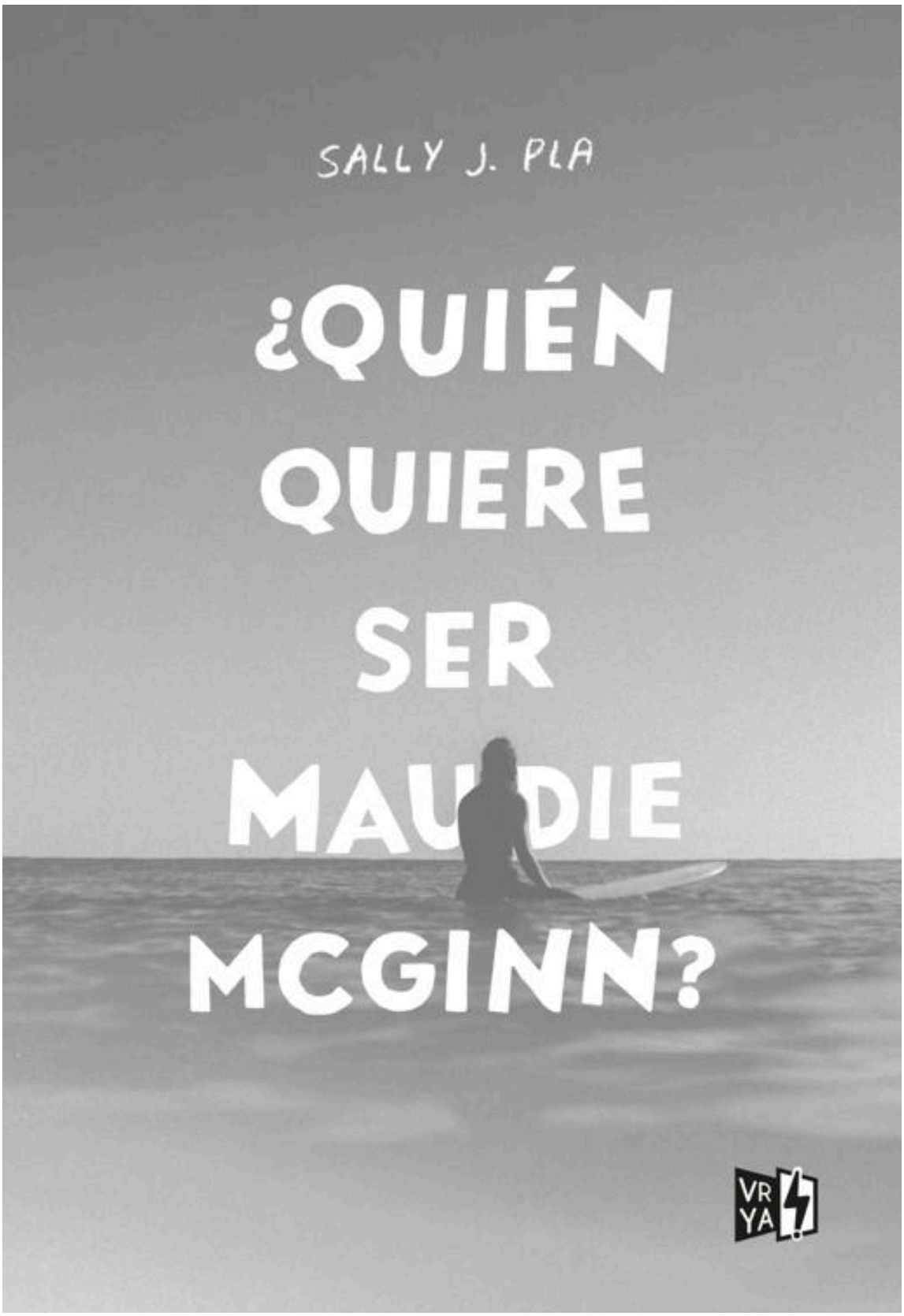
SALLY J. PLA

Es una autora galardonada cuyas obras han recibido premios destacados, incluyendo reconocimientos de la American Library Association y otros premios especializados. Su trabajo, que abarca tanto novelas como álbumes ilustrados, ha sido aclamado por la crítica e incluido en listas estatales y compilaciones de los mejores libros para jóvenes lectores.

Además de su labor como escritora, Sally es una activa defensora de la neurodiversidad, participando en programas de televisión y radio para promover la inclusión y la representación de la salud mental y las discapacidades en la literatura infantil y juvenil. También es fundadora de A Novel Mind, un recurso en línea dedicado a fomentar la diversidad y la representación en la literatura para niños.

Sally cree en la belleza de los cerebros diferentes y en que todos somos estrellas que brillan con luces únicas.

Para conocer más sobre su trabajo, visita su sitio web: **sallyjpla.com**.


SALLY J. PLA
¿QUIÉN QUIERE SER MAUDIE MCGINN?
VR YA

A todos los que saben lo que se siente enfrentar olas de cambio.

Una vez que llega la ola,
lo que estaba escrito en la arena
desaparece.

Y todo está escrito
en la arena.

Así que cada día
es como un nuevo y brillante comienzo.

Quién fuiste,
quién eres,
quién quieres ser…
son como olas,
cada una trayendo un nuevo inicio,
cada una cargada
con un océano de posibilidades.

Adelante entonces,
querida.

Escribe algo nuevo
en la arena.

Etta Kahana



1
DONDE HUBO FUEGO

Recientemente aprendí un excelente truco para tranquilizarme. Fue en el baile de fin de año de primero de secundaria en Houston, donde vivo durante el periodo escolar con mi mamá y mi padrastro.

Obvio no quería ir a ese baile. Por supuesto que no. Pero mi mamá me obligó.

Tuve suerte de que el profesor Parris estuviera ahí. Me vio mientras me mecía en una oscura esquina del gimnasio, con las manos cubriendo mis orejas, pegando mi cabeza contra la pared, mientras "Shake It Off" de Taylor Swift retumbaba y todo el mundo gritaba y bailaba. Sabes que las cosas van mal cuando no te puedes quitar de la cabeza "Shake It Off".

Pero el profesor Parris, uno de los profesores de Educación Especial, me vio y lo entendió. Me sacó de allí, me llevó al pasillo, me miró fijamente con sus viejos y cansados ojos cafés, y dijo:

–Maudie, tienes sobrecarga sensorial.

No me digas, genio, como le gusta decir a mi mamá.

Claro que no lo dije en voz alta. Nunca le hablaría así al profesor Parris. No soy ese tipo de persona. Pero, de cualquier modo, fue ahí cuando me enseñó el truco.

El profesor Parris tomó un pedazo de papel de la mesa de la recepción y me indicó que me sentara.

–Esto es lo que vas a hacer, Maudie –dijo–. Quiero que escribas lo que sientes con tus cinco sentidos. Veamos cuántas emociones puedes identificar. Y no te olvides de respirar. Lento y profundo.

Cuando empecé a escribir, una avalancha de cosas comenzó a brotar de la pluma.

Existe una teoría del autismo llamada la teoría del mundo intenso. Básicamente propone que para nosotros el mundo se siente diferente. Una marea de cosas sensoriales. Todo es muy ruidoso, muy brillante, muy áspero, todo es demasiado. Esta teoría tiene mucho sentido para mí, porque siempre siento como que me ahogo en los sonidos, los olores y los destellos visuales que me azotan con olas de saturación.

En el baile escolar, el truco de catalogar toda la saturación me ayudó. Fui capaz de comprender la sobrecarga sensorial.

Pero debo decir algo: ¿ese baile ruidoso?

Fue nada, fue algo diminuto, absolutamente nada en absoluto, comparado con la saturación en este momento.

Porque en este instante, estoy en un albergue de emergencia.

Estoy en Molinas, California, un pequeño pueblo en las montañas de Santa Cruz donde vive mi papá. Aquí es donde paso los veranos. Apenas llegué ayer. Mi mamá me mandó en el vuelo de las seis de la mañana desde Houston, gritándole instrucciones a los sobrecargos:

"Ella aparenta ser más capaz de lo que en verdad es… ¡deben cuidarla!", mientras yo me retorcía de vergüenza.

Es complicado convertirse en una persona funcional cuando tu mamá siempre está recordándole a todo el mundo que no lo eres.

Y fue apenas ayer en la tarde, cuando mi papá fue por mí al aeropuerto de San José, California. Estaba parado junto a nuestra columna de siempre, esperando. Con los brazos cruzados, pelo despeinado, camisa de franela arrugada, ojos azules tan brillantes como siempre.

–Hola, Ratón –me saludó, mientras empujaba el pilar y tomaba mi maleta con rueditas y mi mochila–. Te extrañé –intercambiamos una sonrisa y una mirada tierna–. La camioneta está por allá.

Mi papá es como yo. No habla mucho.

Nunca he hablado mucho, es mi regla. Pero el último año, en verdad, viví en silencio. Verán, tengo un secreto que ahora debo guardar. Es como si me hubiera tragado un bulto encendido y tratara de mantenerlo encerrado, como si estuviera atrapado detrás de una puertecita en mi pecho.

Pero cuando hablo, a veces puedo sentir la puerta vibrando.

Sé que algún día debo llegar a un punto donde pueda hablar de las cosas que son muy difíciles de pensar.

Incluso cuando prometí no hacerlo. Si es que eso tiene algo de sentido.

Como sea.

Siempre pasé los veranos en Molinas con mi papá… Es la regla. Los periodos escolares con mi mamá (y ahora también con Ron) en Houston. Los veranos con mi papá en Molinas, en la cabaña en las montañas que él mismo construyó. Espero todo el año para esto.

Para los veranos con mi papá en la cabaña. Es el único lugar en el mundo donde me siento total y completamente en paz. Ayer, me bajé del avión con un sentimiento de alivio. El bulto ardiendo había desaparecido. Me sentía segura.

Segura…

Ja.

Ahora todo está de cabeza y oscuro.

Y todos los pensamientos de un verano en paz con mi papá se hicieron cenizas.

No estoy hablando metafóricamente. Estoy hablando en serio, de cenizas de verdad.



2
GÜIUGÜIUGÜIUGÜIUGÜIUGÜIU

El albergue de emergencias de Molinas está repleto de vecinos estresados, policías con mala cara y trabajadores entregando cosas, como botellas de agua y plateadas mantas térmicas.

No hace frío, pero no puedo parar de temblar.

Hay un portapapeles puesto debajo de una taza de café rancio que alguien dejó por irse a una junta. Me lo llevo conmigo a una de las camas que los voluntarios instalaron. El delgado colchón azul cruje cuando me siento; es como si estuviera relleno de bolitas de plástico.

Saco un papel viejo del portapapeles y lo volteo. Y justo como el profesor Parris me enseñó, en aquel baile ruidoso, hago el truco para calmarme. Comienzo a catalogar las saturaciones.

OLFATO
Café rancio
Sopa rancia
Alfombra industrial

Olor corporal
Cenizas
Humo
Suavizante de telas

OÍDO
Niños llorando
Una pareja peleando en otro idioma
Un viejo tosiendo y escupiendo algo húmedo y asqueroso en un Kleenex, qué asco
Una señora gritando, una y otra vez:
–¿Quién tomó mi teléfono? ¿Quién tomó mi teléfono?
Sirenas a lo lejos:
Güiugüiugüiugüiugüiugüiugüiugüiu

TACTO
Esta plateada manta térmica que se siente como papel aluminio resbaloso
Este colchón sudado relleno de bolitas de plástico debajo de mi trasero y de mis piernas
Los ojos ardiendo, como si mis pestañas estuvieran llenas de arena caliente
Dolor de cabeza, resonando y palpitando en mis sienes como un martillo
Una extraña sensación de tener una placa de hierro en el pecho, que no me deja respirar
R E S P I R A
R E S P I R A
R E S P I R A…

VISTA
La curva de la espalda de mi papá

Se acaba de sentar en la otra orilla de su cama, dándome la espalda, codos saltones sobre sus rodillas huesudas. Puedo ver los huesos de su columna a través de su playera verde.

Quiero poner mis brazos alrededor de su cuello, abrazarlo fuerte y volar por la ventana de este sótano sombrío hacia algún lugar seguro.

Normalmente es un tipo desaliñado, pero después de lo que acabamos de pasar, *de verdad* tiene un aspecto duro. De su pelo rubio salen mechones, su cara está grasosa y sombría. Puedo percibir su olor a sudor. Su rodilla bambolea de arriba para abajo, arriba abajo, arriba abajo, yo también solía hacer lo mismo. Un estímulo, un estímulo con la rodilla. Se rasca la parte de atrás de la cabeza y sigue escribiendo un mensaje.

–¿*Tienes que* decirle? –le pregunto.

–Tenemos que contarle a tu mamá, Maudie –murmura.

–¿No podemos esperar un poco?

Me gusta creer en la magia de no-hablar-las-cosas. Si nos las tragamos, las encerramos y nos olvidamos de ellas, quizá no sean verdaderas.

"Antes que nada, estamos a salvo", papá escribe un mensaje, mientras me ignora.

Gesticulo las palabras en silencio: *estamos a salvo, estamos a salvo, estamos a salvo*. Las cambio en mi lengua, marco el ritmo de las sílabas apretando mis muelas. Es algo que hago, otro tipo de estímulo. Pero no logro hacer que las palabras *estamos a salvo* me hagan sentir bien.

Sigo leyendo el mensaje de papá por arriba de su hombro. Estamos en un albergue. "Maudie está bien. Estamos bien". Su

pulgar vacila. “Pero tuvimos que evacuar porque hubo un incendio forestal”.

Porque hubo un incendio forestal. Me repito. *Porque hubo un incendio forestal. Porque hubo un incendio forestal. Porque hubo un incendio forestal. Porque hubo un incendio forestal.*

Si repites algo susurrando una y otra vez, a menudo las palabras pierden completamente el sentido y se vuelven opacas, como cenizas en tu boca.



3
EL RESTAURANTE DE ROSIE

En el pasado (¡justo esta mañana!), mi papá y yo estábamos en nuestro almuerzo inaugural de verano en el restaurante de Rosie que está en el centro. Siempre vamos a desayunar con Rosie en mi primer día en Molinas. Así lo hemos hecho desde que tengo memoria. Es nuestra tradición.

La mesa estaba agradablemente llena de platos y tazas… café para mi papá, chocolate caliente para mí, dos tiras de tocino, huevos revueltos, papas fritas y el mejor pan francés tostado del mundo con crema batida encima.

El restaurante estaba repleto de un tintineo familiar de platos y murmullos suaves de señores tomando su café, y mi papá estaba describiendo felizmente una de las últimas piezas que acababa de construir. Es un gran carpintero y puede construir casi cualquier cosa. Pero, principalmente, le gusta diseñar cosas inusuales, artísticas y geniales. Me estaba contando sobre otra orden de altos bancos elegantes que acababa de hacer para una vinatería

importante. ¡Cincuenta bancos! Le tomó meses terminarlos, y ya estaban en su taller, junto a la cabaña, guardados en sus cajas y listos para enviarse. No podía esperar para mostrármelos… y creo que tampoco para recibir el pago.

Bueno, entonces, me estaba contando acerca de sus bancos, de un libro que estaba leyendo y algunos pensamientos que tenía… un monólogo típico de papás, un poco de esto y de aquello, todo contado en su tranquila, gentil y dispersa forma de hablar.

Se detuvo, le dio un trago a su café, me miró con los ojos entrecerrados. Como si estuviera concentrado.

–Te siento rara –dijo con una voz más aguda–. ¿Qué pasa, Ratón?

Me mecí en mi silla. Moví los dedos. Me tallé la palma de la mano izquierda con mi pulgar derecho, una y otra vez, lo que hago cuando me pongo nerviosa. Traté de regresar la plática hacia él.

Pero mi papá no se da por vencido tan fácil. Esos ojos azules penetraron hasta mi alma.

–En serio, Ratón. ¿Estás bien?

Seguí metiendo pan francés en mi boca hasta que estuviera muy llena para poder hablar.

Mi papá hizo una mirada traviesa.

–¿O solo te estás comportando como una adolescente de trece años?

Mamá sonó dentro de mi cabeza: "*No es asunto de nadie*". La mirada amenazante y desesperada en sus hermosos ojos.

Miré fijamente mi plato. Uno de esos pesados platos blancos de restaurante con una oscura línea verde en la orilla. Me gusta lo indestructibles que son los platos de los restaurantes. Aunque este

tenía manchas de huevo seco, un desastre amarillo. Apunté a mi boca llena, fingí que me era difícil masticar.

Mi papá me estaba analizando muy intensamente y me estaba poniendo un poco nerviosa.

–En serio, Ratón. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, violentamente.

–¡Bien! –dije en pleno bocado de pan francés–. Es que tengo que ir a, eh…

Y luego me fui hacia el baño de mujeres. Estaba segura de que iba a vomitar.



4
LA CABAÑA DE MOLINAS

He pasado los veranos con papá desde que tengo cuatro años, el año en que mis padres se divorciaron. No estaba molesta cuando se separaron. Era muy joven para pensar o hacer otra cosa que no fuera aceptarlo.

Fue el mismo caso hace casi un año y medio, cuando mi mamá empezó a salir con Ron. Eso también se sintió como si una ola me cubriera. Ola tras ola. Más y más cosas por aceptar, por dejar que me pasen. La vida siempre se ha sentido como si yo fuera una espectadora, dejándome llevar.

Cuando mi mamá y Ron se casaron, fue un cambio positivo, de una forma importante, porque eso resolvió los problemas de dinero de mamá. Y nos sacó de nuestro departamento triste, descuidado e infestado de cucarachas, y nos llevó al condominio superlujoso de Ron en un complejo de golf. Ron ama el golf. Así que ahora mi mamá ama el golf también. Lo que sea que a Ron le guste, a ella le gusta. Lo que sea que haga Ron, ella lo hace.

Odio el golf y odio ese condominio. Todo son superficies duras y esquinas afiladas, mármol y vidrio y algo debajo de los pies llamado terrazzo, lo cual es duro como una roca. Tus dientes vibran y tus talones duelen cuando caminas por ahí descalzo, y no quieres caerte o golpear tu cabeza en ese piso. Háganle caso a alguien que sabe.

Por otro lado, en la cabaña de mi papá en Molinas, todo es madera color miel, ventanas soleadas y sillones enormes en los que te puedes acomodar de cualquier forma. Hay una cocina de leña de hierro fundido en la esquina y libreros que mi papá construyó, con diseños de animales elegantes tallados por todo lo alto. Los libreros están abarrotados de libros llenos de polvo y juguetes de madera que él talló para mí durante todos estos años.

Hay un viejo tocadiscos, una fila de vinilos con sonido rasposo y el ukelele de papá, que, para ser sincera, toca muy mal. Unas viejas y suaves colchas hechas por la abuela Carmen cubren las camas. Nunca pude conocer a la abuela Carmen porque ella murió más o menos cuando yo nací. Pero siento que la conozco, porque papá habla de ella con mucho cariño.

Frente a la estufa, puedes poner tus pies sobre una vieja pero robusta mesita de café que papá construyó cuando estaba en la preparatoria. Mi papá ha construido cosas de madera toda su vida. Desearía tener algo que ame hacer tanto como mi papá ama hacer cosas hermosas con la madera.

Mi vida en Texas es algo fría y dura, y mi vida en Molinas es más cálida y simple. A mi papá no le importa cuántos animales de peluche ponga en mi cama o si duermo con la lámpara encendida o si derramo leche durante la cena o si de vez en cuando olvido llevar mi plato al fregadero. No me avergüenza por leer libros de fotografía

o por hacer fuertes con sábanas, aunque técnicamente soy muy grande para esas cosas.

Ahhhh, hay muchas razones por las que el verano en la cabaña de Molinas con mi papá es mi temporada favorita. Y el primer día de verano en la cabaña se siente como el mejor día del año.

Como sea, pues.

Después de que mi papá pagara la cuenta del desayuno en el restaurante de Rosie, y de que fuéramos de regreso a las montañas con dirección a la casa, dimos vuelta y de repente vimos un camión de bomberos enorme parado en medio del camino. La sirena hizo un rápido y ensordecedor *¡*WUUUUU*!*

Grité y me tapé las orejas.

Papá detuvo el coche.

–Quédate aquí, Maudie –dijo. Salió y fue directo hacia uno de los bomberos al lado del camión. En cuanto él y mi papá empezaron a hablar, un mensaje muy ruidoso sonó desde el sistema de bocinas: "¡ATENCIÓN, RESIDENTES! ¡EVACUACIÓN EN PROGRESO!".

Cada palabra se sentía como un golpe a mis oídos. El bombero estaba sacudiendo su cabeza con tristeza y apuntando hacia la dirección en que veníamos. Miré alrededor y noté que los coches comenzaban a aparecer en el camino, asomándose entre los árboles. (Mi papá vive en lo alto de un largo y sinuoso camino de montaña). Algunos bomberos con trajes amarillos estaban dirigiendo el tráfico, regresando a toda esa gente.

Papá volvió a la camioneta, su cara había palidecido.

–Sujétate –dijo, y dio marcha atrás a toda velocidad.

–¿Qué pasa? –respondí, con mis manos aún sobre mis orejas.

–Hay un incendio forestal en el camino y está avanzando rápido.

Fuego.
La palabra encendió un destello de miedo puro.
Y angustia. Una chispa de incertidumbre y angustia
también cobró vida y se alojó en un rincón de mi cerebro.

Cuando regresamos a la carretera principal, había más vehículos de bomberos y más bomberos dando vueltas por ahí. Habían convertido toda la carretera en un solo sentido, bajando de regreso al pueblo, excepto por un carril del lado izquierdo, reservado para los camiones que llegaban con las sirenas a todo volumen.

Me retorcí en mi asiento y vi una franja de flamas detrás de la cima. El humo acre subía hacia mis fosas nasales. Por dentro me sentía extrañamente desconectada, no estaba realmente ahí, solo observaba todo desde afuera de mi cuerpo.

Los bomberos y policías hacían señas a todos. "¡Sigan conduciendo, muévanse, vamos, vamos, vamos!". Empujamos para conseguir un lugar como si fuéramos carros chocones, intentando desesperadamente usar cualquier vía para subir al camino principal. Todos intentaban meterse al mismo tiempo. Mi papá estaba maldiciendo, murmurando y sudando. Finalmente, fue nuestro turno y nos unimos al desfile.

El peor momento fue cuando el camino dio vuelta y llegamos a una sección donde el pasto seco se estaba quemando, alcanzando casi a la valla de protección. Humo, hollín, flamas saltando, cenizas volando. Sentí el calor a través del metal de la puerta de la camioneta. Tenía que alejarme de ella para evitar que mi brazo y mi hombro se quemaran.

Comencé a respirar muy rápido. Por primera vez, tuve miedo de que la camioneta de mi papá se incendiara.

–¡Ponte esto sobre la cabeza! –gritó papá, cubriéndome con su chaqueta. Después, detrás de nosotros: ¡BUM! Algo explotó. ¿Un tanque de propano? ¿Un coche lleno de gente? Cerré los ojos, sellé mis oídos con mis manos y me mecí, me mecí, me mecí. Intenté pensar en algo, lo que fuera que pudiera ayudar.

¿Qué me diría el buen profesor Parris? Quizá que mejor pensara en algo tranquilo. Pensé en nadar en agua fría.

Y de alguna forma, despacio, nuestra caravana de coches logró bajar de la colina hasta el pueblo. Logramos llegar a este albergue. En el que estoy justo ahora, justo aquí, sentada en esta cama de emergencia azul y pegajosa. Estamos *a salvo*.

¿Así se siente estar a salvo?
Me esforcé mucho para convencerme a mí misma
de que la respuesta era sí.

Una preocupación arde en mí
con un calor crepitante que murmura.
Una preocupación parpadea en mí
como la flama obstinada de una vela.
¡Olvídala!
¡Apágala!
¡Ahógala!

Pensé que en mi verano estaría a salvo.
Que había dejado todos mis problemas atrás en Texas.

Pero tal vez los problemas vienen conmigo
como chispas en una mecha.

Tal vez *yo soy* el problema.
Mala suerte en todos los sentidos.

¿Qué tal que no hay un lugar seguro
para mí?



5
MALDITO

En el albergue, mi papá se aleja de la cama azul, rodeando el teléfono con su gran mano, intentando evitar que yo escuche la estruendosa y preocupada voz de mamá. Pero las voces se escabullen: "¡Ella no es capaz…! ¡Es mucho para ella…! ¡No puede soportarlo…!".

Sí, ya he escuchado esas palabras antes.

Ahora los ojos azules de mi papá no tienen brillo, están opacos y sin expresión.

Me entrega el teléfono.

–Ella quiere saber que estás bien –murmura.

–¡Maudie! –grita mamá–. ¿Ves? *Eso* es lo malo de California: si no te atrapan los terremotos, ¡entonces los incendios forestales lo harán! Es un lugar maldito.

Acaba de haber un huracán gigante y una inundación histórica en Texas, y cientos de personas se quedaron sin hogar y están desaparecidas. Imágenes terribles han aparecido en todas las

noticias durante semanas. Pero mi mamá jamás diría que Texas está maldito.

–¿Y qué estaba pensando tu padre al llevarte a un albergue? –dice–. ¿No pudo haberte llevado, aunque sea por una noche, a un hotel decente? ¡Tú no puedes soportar un albergue, por el amor de Dios! Tus problemas sensoriales deben estar… es decir, no puedes ni siquiera soportarlo, no puedes soportarlo…

Alejé el teléfono un poco de mi oreja.

–¡Es tan incapaz! O sea, tu padre no es muy bueno manejando… –dice–. ¿Sabes qué me acaba de decir? Que ni siquiera tiene seguro para incendios forestales. ¿Cómo podría un hombre adulto, viviendo donde vive, no tener un seguro para incendios forestales? ¿Lo puedes creer?

Exactamente no sé cómo funciona un seguro para incendios forestales, pero no tener uno de verdad no suena muy bien.

–Bueno, supongo que eso es todo. No hay forma de remediarlo –la voz de mamá es pesada y sin expresión–. Ron y yo tendremos que cancelar nuestro crucero. Ahora, tendremos que ir a la maldita California por ti y traerte a casa. Es lo que tenemos que hacer.

Mi corazón se enciende en una protesta ardiente.

No, no, no, no, no…

Escucho un gruñido grave y estruendoso al fondo en el teléfono.

–Espera un segundo –dice mamá–. Ron quiere que…

Escucho algunas palabras de Ron retumbando: "imposible" y "no reembolsable".

Siento una pequeña gota de esperanza.

Ron y mi mamá han estado planeando un crucero de lujo de ocho semanas para este verano, mientras yo no estoy. Se supone que

sería su luna de miel atrasada, y mamá ha esperado esto todo el año. Hay muy muy buenas razones por las que odiaría que perdieran su viaje.

Puedo escuchar a Ron y a mamá discutiendo un poco. Me falta el aire. Chillo:

–¡No cancelen! ¡Por favor! ¡Estamos bien!

–¡No seas ridícula! –responde mamá–. Tu padre no está preparado para manejar una de tus crisis.

¿Por qué siempre está en su contra? Siento destellos de enojo en mí. Aclaro mi garganta.

–¡Él está preparado! ¡Estamos bien, yo estoy bien y podemos manejar las crisis! ¡No cancelen su viaje! –espero que esto funcione. ¿Qué le puedo decir? ¿Cómo la puedo convencer?–. ¡Mamá! ¿Y si le das a papá veinticuatro horas para solucionarlo? En este momento estoy sana y salva. ¡Papá puede encargarse de esto! ¡Él va a idear un plan de verano para nosotros! Y todo va a estar bien.

Ella suspira.

–Maudie, estoy segura de que esas son más oraciones juntas de las que te he escuchado decir todo el año. Y ahora vienes y me pones a mí un ultimátum. ¿Quién te crees que eres, señorita? –luego se queda en silencio por un momento–. Pásame a tu padre.

Agarro con fuerza el brazo de mi papá mientras le paso el teléfono. Hago un serio y profundo contacto visual. Pongo el máximo nivel de súplica en mi mirada.

–*Pase lo que pase, por favor, tengo que quedarme contigo* –lo digo en la voz más intensa que puedo emitir–. *Tengo que*.

Los ojos de papá se entrecierran. Se ve confundido. Fijo mi mirada con la suya y digo cada palabra cuidadosamente.

–Cuando es verano, me quedo contigo. No importa lo que pase. Es la regla. Los veranos contigo. *Por favor*. Es importante. Una promesa es una promesa y tiene que ser cumplida. Incluso mamá cree eso.

Papá suelta un suspiro. Aprieta mi hombro. Luego toma la llamada afuera, en el pasillo.

Al otro lado del lugar, una familia está reuniendo sus cosas. Cada padre carga un niño dormido mientras atraviesan las puertas dobles hacia una miniván estacionada afuera. Una viejita con suéter rosa, la abuela probablemente, los toma a todos entre sus brazos; y ahora todos están hablando y llorando al mismo tiempo, limpiándose los ojos mientras se suben a la miniván. Y se van, y las luces traseras son rojas y brillan como la Navidad.

Imagina tener alguien como esa abuela que venga y te recoja. Que te ame así. La abuela Carmen probablemente lo habría hecho, si no hubiera muerto. Mientras que mis otros abuelos, ¿los padres de mamá? Lo dudo. Claro, nunca los conocí. Lo único que mamá me ha dicho de ellos es: "Estamos mejor sin ellos cerca. Eran amargados, gente difícil, Maudie. No fue fácil para mí".

En ese momento sentí lástima por mi mamá.

Afuera en el pasillo, puedo escuchar a mi papá, alzó la voz un poco:

–Puedo *manejarlo* –lo escucho decir tajantemente–. ¡Ella no es ningún problema! ¡Nunca! *Amo* estar con ella. *Puedo manejar esto*. ¡Tengo un plan! Dame un poco de crédito, ¿okey? No sé por qué asumes que no puedo…

Mi cerebro aún está repitiendo algunas de las palabras de mamá, convirtiéndolas en un ritmo al golpear los dientes. Supongo que debería estar avergonzada de este hábito, pero no puedo evitarlo. Golpeo un ritmo de seis sílabas al apretar las muelas. *No seas ridícula, no seas ridícula, no seas ridícula.*

Seis sílabas que mamá me dice a mí y a mi papá muy seguido.

Apenas y muevo la mandíbula para que nadie vea mi golpeteo. Es mi estimulo oculto, interno y socialmente aceptado que puedo hacer por horas. *No seas ridícula, no seas ridícula, no seas ridícula.*

Cuando papá termina de hablar con mi mamá, me trae un burrito envuelto en aluminio de la mesa de comida del albergue. Está caliente y suave, y quiero apretarlo hasta que los frijoles calientes salgan de entre mis dedos. Ese es el tipo de cosas que habría hecho de verdad cuando era más chica porque antes tenía problemas para controlar mis impulsos, pero ya no. He mejorado mucho mi impulsividad. He hecho un gran avance.

–Okey –dice mi papá con una sonrisa forzada.

Lo volteo a ver, ansiosa.

–Aceptaron. Te vas a quedar conmigo, y tu madre y Ron van a continuar con su crucero este verano.

¡Yo salto de alegría!

–Pero con la condición de que te saque de este albergue y te ponga en mejores condiciones de vida inmediatamente –mi papá mira a su alrededor y se rasca atrás de la cabeza–. Así que, tengo una idea. Esto es lo que creo que debemos hacer. Y me dices qué piensas. ¿Qué te parece si subimos a la camioneta y manejamos hacia el sur de California esta noche? Hacia Conwy.

Sonrío.

Brinco aún más alto.

Agito mis manos de emoción y alivio.

Nunca he estado en Conwy. Pero esto es lo que sé: es un pequeño pueblo playero.

Está muy cerca de la frontera con México, cerca de San Diego.

Es donde mi papá creció. Mi mamá vivió en ese pueblo también, pero solo por un año durante la preparatoria. El año en el que ella y mi papá se conocieron.

Cuando mi papá habla de sus días de adolescente surfer, skater, punk, creciendo en Conwy, siempre tiene un aspecto triste y a la vez feliz. El tipo de aspecto que la gente llama agridulce. Siempre he tenido curiosidad y siempre me ha hecho querer conocer Conwy.

–Acabo de hablar con mi amigo de la preparatoria Rinaldo –dice papá–. Él administra la zona de campamento estatal cerca de la playa. Y tiene una pequeña zona de acampar para rentar, con una casa rodante vacía. Nada elegante. Algo rústica, de hecho. Pero dice que es nuestra, si la queremos.

–¿Lo podemos pagar? –pienso en lo que dijo mamá sobre el seguro para incendios forestales.

–Sí, tengo el dinero. ¿Estás lista para un largo camino esta noche? Y luego, ¿un verano en la playa?

¡Por supuesto! Quiero que nos vayamos ya. Quiero alejarme de este albergue tan pronto como podamos. La gente ha estado murmurando por horas, preguntándose por el incendio: "¿Qué lo pudo haber causado? ¿Quién tuvo la culpa?". Esas son preguntas que hacen que el corazón se me salga del pecho.

–Vámonos, papá –digo–. Vámonos. Vámonos.

Además, no hay forma en que pueda dormir en este colchón azul lleno de bolitas de plástico.

Alcanzo la mano de mi papá y la aprieto tres veces. Es algo nuestro. Él me la aprieta tres veces y sonríe.

–Muy bien, Ratón.

No me gusta ese apodo, Ratón, pero puedo entender por qué me lo puso. Soy pequeña, callada, nerviosa y temblorosa. Tengo el cabello castaño y lacio, como un ratón, debajo de los hombros. Mis pequeñas orejas redondas sobresalen de mi cabello de cualquier lado de mi cabeza.

–Vamos por suministros primero, luego comenzamos el viaje.

Papá hace una pausa y hace una cara curiosa.

–Sabes, no he regresado a Conwy en, ah, varias décadas –se talla la nuca–. Ya no siento que sea mi hogar.

Yo de verdad no siento ningún lugar como mi hogar, de la forma en la que lo hago cuando estoy con mi papá.

Solo pienso en mi papá.



6
COSAS QUE HAY QUE SABER SOBRE MI MAMÁ

En Texas, mi mamá tiene un carrito con rueditas gigante repleto de maquillaje. Hay un cajón completo solo para los labiales. Y otro para bases de maquillaje y cremas para los ojos y delineadores. Deberían ver el arcoíris de sombras para los ojos. Suficientes para hacer juego con cada vestido de lentejuelas en su nuevo y elegante vestidor.

Ella necesita todas esas cosas por su programa. Mi mamá es algo famosa. Tiene un canal de YouTube llamado *Viviendo con Grace*, donde da consejos de maquillaje, decoración del hogar, moda, ese tipo de cosas. Recientemente llegó a los doscientos mil seguidores, y eso es un montón. A veces, cuando salimos, la gente le dice: "Ay, no puedes ser, ¿eres Grace?". Y puedes ver cómo se sonroja naturalmente debajo de todo ese polvo cuidadosamente mezclado. Y cuando eso sucede, de verdad me siento orgullosa de ella. Tiene un talento genuino para YouTube.

No sé si lo sepas, pero se suele decir que las personas autistas, especialmente las chicas, tienen una especie de "máscara" cuando son sociables. Que intentamos camuflarnos, mezclarnos. Yo totalmente lo hago. No es mi intención. No me lo propongo. La máscara se pone sola. Quiero tan desesperadamente agradarles a los demás que el centro de comando de mi cerebro se apodera cada vez que veo un grupo de chicos, y me dice: *¡Activen la máscara!* (algo parecido cuando en *Star Trek*, el capitán dice: "¡Activen los escudos!") *¡Cara, sonrían! ¡Aparenten calma y felicidad! ¡Actúen como ellos! ¡Hablen como ellos hablan! ¡Rían cuando ellos ríen!*

Puedo tener la máscara todo el día. Pero cuando llego a casa, estoy completamente exhausta. Luego, lo único que quiero es enrollarme en una sábana y no hablar con nadie nunca más. Solo… desintoxicarme de ese día. Solo desaparecer.

Aunque sospecho que todo el mundo hace eso. Todo el mundo usa máscara, *aunque sea un poco*. No solo las personas autistas. O sea, mi mamá lo hace. Es solo que ella se pinta la máscara con todos esos lápices, brochas, polvos y cremas de su carrito gigante de maquillaje.

Hace una voz más agradable en su programa y le dice a la gente cómo vestirse si su cuerpo tiene forma de pera o cómo lograr tonos cobrizos (lo que sea que eso signifique) en su cabello o cómo preparar el coctel de verano perfecto. Cuando habla a cámara acerca de esas cosas, habla a través de su máscara de Grace. También he notado que ella la usa con Ron. Su alegre, bonita y brillante máscara.

Así que siempre es una sorpresa cuando deja caer la máscara y muestra su lado irritable y ansioso.

El programa de mi mamá está bien, casi todo el tiempo. La única vez que tengo problemas con *Viviendo con Grace* es a lo largo de de abril. Abril es el mes de hacer conciencia sobre el autismo, y mi mamá siempre hace un episodio sobre el autismo donde ella comparte sus problemas personales con sus fans.

La primera vez que hizo uno de estos episodios especiales, hizo una presentación sobre mí de bebé. Debo decirles que es muy cierto que yo era una bebé muy difícil. Lamento eso, pero supongo que de verdad lo fui. Entonces mi mamá escogió todas las fotos donde estaba llorando o haciendo berrinche o solo tenía una cara rara o estúpida. Deliberadamente descartó todas las fotos donde me veía linda o feliz.

Luego puso la presentación con música lenta de violines. Y les dijo a sus doscientos mil seguidores sobre lo devastador que fue cuando se enteró de que su hermosa niña era autista. Qué complicado fue eso, ah, y que usé pañales hasta los cinco años. Lo susurró en voz alta, tapándose la boca para conseguir un efecto más dramático y viendo trágicamente a la cámara:

–¡Pañales, hasta los cinco años!

Cuando vi eso, mi cara ardió tanto de humillación que quería que la tierra abriera un hoyo y me tragara para siempre.

Recuerdo que una vez mamá les dijo a sus seguidores:

–Imaginen que su única hija se rehúsa a abrazarlos, aunque sea solo uno.

Lo que era mentira. La señora Jills, mi terapeuta, me entrenó para abrazar. Así que lo hago, pero mi mamá dijo a la cámara:

–¿Tener una hija como Maudie? Confieso que, aunque la amo profundamente, a veces siento como si Dios me pusiera a prueba.

Bueno, a veces siento que Dios también me está poniendo a prueba.

El año en que cumplí diez, mi mamá puso mucho rubor en mis pálidas mejillas para que me viera más sana y me hizo aparecer en el programa con ella. Le dijo a la cámara:

–¡Maudie está creciendo mucho! Ya casi no tenemos que soportar sus crisis o berrinches. ¡Está casi bajo control! –luego tomó mi mano y la agitó en lo alto, como si hubiera ganado una carrera. Lo cual fue raro.

Al año siguiente, francamente me sorprendió. Estaba hecha bolita en mi cama con una sábana, desintoxicándome después de un día ajetreado de escuela. Tenía el gorro de mi sudadera puesto cubriéndome la cara y los ojos cerrados. Luego escuché el seguro de mi puerta abrirse.

Mamá susurró en voz alta:

–Miren cómo se acomoda entre su cama y la pared, es por la presión, le gusta la presión. Es una cosa sensorial. La tranquiliza. Y miren esa vieja y andrajosa sabana rosa. ¡Ella duerme con ese trapo todas las noches desde que nació! ¡He intentado tirarlo a la basura millones de veces, pero hace berrinche! –dijo entre risas a la cámara. Y añadió–: ¡Probablemente lleve esa cosa camino al altar el día de su boda!

Fingí estar dormida. Para no estar consciente de que miles de extraños me estaban observando.

Pero no quiero que piensen que normalmente es así de malvada en la vida real. Solo intentaba ser muy dramática para la cámara, para su audiencia, para darles un espectáculo, y me doy cuenta de

que es la única forma en que lo logra. Pero no creo que comprenda cuánto daño me hace.

Finalmente estaba tan molesta que le escribí a mi mamá un mail para contarle cómo me sentía. Mis manos temblaban mientras lo escribía. Y después de que lo leyó, vino a mi cuarto, aleteó sus hermosas y falsas pestañas en mi cara y me dijo:

–Lamento mucho que te hayas sentido así, querida. Te mantendré fuera de cuadro en el futuro –inclinó su pequeña barbilla con hoyuelos hacia mí y finalizó con–: De cualquier manera, las cosas serán más fáciles si te dejo fuera.

Siempre tuve la duda de si ella quiso decir que las cosas serían más fáciles *en su programa, o en su vida*.



7
COSAS QUE HAY QUE SABER SOBRE RON

Ron ha sido mi padrastro por casi un año, pero ha estado en nuestras vidas, saliendo con mi mamá, por más tiempo. Es mucho más viejo que mamá. Antes jugaba futbol americano semiprofesional, pero ahora es dueño de una cadena de agencias de coches, e incluso participa en sus propios comerciales de televisión. Mi mamá estaba fascinada con el montón de cenas, eventos, recaudaciones de fondos y fiestas elegantes a las que él la invitaba. Ron conoce a todos en el pueblo, y a mi mamá le encanta cualquier cosa social donde pueda usar un vestido glamuroso. Ron la adora por completo y la trata como a una reina. Solo es conmigo con quien parece tener un problema.

Ron tiene una voz grave, penetrantes ojos negros, una blanca sonrisa, y cuerpo de refrigerador: grande y cuadrado.

Está calvo y usa un enorme anillo dorado de graduación del tamaño de una nuez en su dedo que es tan grueso como una

salchicha, y siempre tiene un pin de la bandera de Estados Unidos en su solapa porque él dice que es buena para los negocios. Después de afeitarse, usa una horrible loción que se impregna en el aire por horas, huele como repelente contra insectos.

Él y ahora nosotras vivimos en su condominio de lujo en un complejo de golf. Es cinco veces más grande que el viejo departamento de mi mamá. Vivíamos en el tercer piso de un edificio de departamentos de ladrillos cerca de la autopista. Una ventana daba hacia un callejón oscuro. Todas las noches la gente vandalizaba los contenedores de basura, gritaban y rompían botellas. Mi mamá lo odiaba. Odiaba que eso fuera todo lo que podíamos pagar, aunque ella tuviera dos trabajos, uno de mesera y otro en un salón de belleza.

El departamento era una gran habitación, así que mamá y yo teníamos camas individuales. Durante el día las poníamos juntas y fingíamos que era un sofá modular elegante. Mamá tejió bonitos cojines decorativos para el sillón. Luego, en la noche, los separábamos para hacer nuestras camas. Desde mi cama podía ver la luz de la luna volviendo todo azul, luego gris, mientras mi mamá roncaba despacio. Si veía sombras que se movían o escuchaba cucarachas subiendo por el drenaje, no podía gritar o si no ella se enojaba conmigo, y hacer enojar a mi mamá era peor que las cucarachas. Odiaba que la despertaran.

Mamá no podía esperar para casarse con Ron y salir de ahí. Verdaderamente no podía esperar.

–Él es nuestra respuesta, la respuesta a todo. Él bajó del cielo, Maudie –dijo–. Él es nuestra salvación.

Nuestro nuevo departamento con Ron de verdad es de clase alta. Hay pasto de un verde perfecto con senderos y fuentes, y pájaros cantando, y una reja negra de hierro que rodea todo. Casi como una prisión elegante. Con una caseta de seguridad de verdad. Ron dijo que la reja es para "alejar a la gentuza".

Jamás había escuchado esa palabra antes: *gentuza*. Me imaginaba zombis con ropa rota, con voces como las que escuchaba en nuestro antiguo departamento, hurgando en los basureros.

La primera vez que me quedé sola con mi nuevo padrastro fue unos días antes de la boda. Mi mamá tenía una larga lista de cosas por hacer, así que le pidió a Ron que me llevara a su departamento junto con unas cajas de la mudanza.

Paramos junto a la caseta de seguridad a un lado del enorme portón. ¡Era la primera vez que lo veía! Una pequeña cabaña de piedra con un guardia de verdad adentro, vestido con una chamarra azul y un sombrero. Incluso tenía un arma. Todo se sentía amenazante y extraño.

Acababa de ver *La guerra de las galaxias: una nueva esperanza* y tuve una idea chistosa. O sea, ¿una caseta de seguridad? Pensé en romper la tensión que estaba sintiendo, así que moví la mano hacia el guardia y dije en voz alta:

–¡No son los droides que buscan! –estaba intentando imitar lo que Obi-Wan Kenobi hace en la escena de los guardias del punto de control. Porque todo el mundo conoce esa escena, ¿no?

Pensé que el guardia y Ron se reirían, pero no se rieron.

Ron se volteó hacia mí y me empujó del hombro de vuelta al asiento –me empujó algo fuerte–, lo que me tomó por sorpresa. Me

dijo que me pusiera el cinturón de seguridad. Luego Ron me apuntó con el pulgar y le dijo al guardia:

–La hija de Grace. La que tiene autismo –giró los ojos y asintió como si supiera.

El guardia dijo en voz baja:

–No se le nota.

–Ah, te das cuenta muy rápido –dijo Ron, y soltó una sonrisita rara. El guardia se rio también, de la misma forma. Luego apretó un botón y las barras de hierro se abrieron lentamente.

Eso me puso a pensar: *¿yo soy la gentuza?*

Los pasatiempos de Ron son el golf, el futbol americano y, sorpresa, el bordado. Dice que lo hace para desestresarse. Tiene una almohada bordada en nuestro sillón con la imagen de un golfista borracho que dice: "Si tomas, no manejes. Ni siquiera un palo de golf". Y otra almohada que dice: "Solo la gente aburrida tiene hogares inmaculados", lo que es chistoso porque todo para él debe estar impecable. Si muevo un trofeo de golf de la repisa para hacer espacio para uno de mis libros o si dejo un vaso en la mesa y no en el fregadero o si ensucio la mesa de vidrio con las huellas de mis dedos, me meto en problemas. Y ni hablar de cuando derramo algo.

Créanme, no quieren hacerlo enojar.



8
EN CAMINO

Justo cuando mi papá y yo salimos del albergue de evacuación de Molinas para emprender nuestro largo camino hasta Conwy, una amable voluntaria nos deja escoger algunas prendas de una enorme caja de caridad. Porque ahora no tenemos nada más que nuestras playeras.

Yo tomo algunas playeras extragrandes, un par de pants grises, unas mallas ajustadas, unas pantuflas y un paquete de bóxers para hombre de cuadros. Son holgados y largos, me encantan.

–Oye, papá –le digo–. ¡Cuando cosa el agujero que tienen en frente, serán unos extraordinarios shorts!

La señorita me mira de forma rara. Pero soy una buena costurera, se verán bien.

Cada uno también toma un kit de baño, que me hace recordar la vez que mi mamá y yo ayudamos a un grupo de la iglesia a armar kits como estos para los desamparados. Llenamos bolsas de plástico resellables con champú de hotel, jabones miniatura y cepillos de

dientes para viaje. Recuerdo haberme sentido triste por la gente que necesita un kit así. Me preocupé por ellos, sin ningún lugar propio para poner su cepillo de dientes, por decirlo así.

Y ahora, ¿quién lo diría? Esas personas somos mi papá y yo.

Afuera en el estacionamiento, aspiro el aire: humo. Una bruma naranja en el aire. La gente rumora que incluso este albergue podría ser evacuado pronto. Nos subimos a la camioneta, y mi papá se gira hacia mí. Su cabello es un desastre despeinado y la barba en su mentón brilla como la arena bajo la luz de la tarde. Se ve viejo, empolvado y cansado. Cuando se arregla, la gente suele decir que mi papá podría pasar como un chico de universidad. Él y mi mamá me tuvieron cuando apenas tenían diecisiete o dieciocho años. Eso es solo cuatro o cinco años más grande de lo que soy justo ahora. Lo cual es muy difícil de imaginar para mí.

Mi papá está callado, buscándome la cara. Sus ojos están arrugados de cansancio, aun así sus pupilas están bien fijas en mí, tanto que no puedo devolverle la mirada. Normalmente es al único al que puedo ver a los ojos. Pero no en este momento.

–Ratón –me acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja–, desde el momento en que te recogí del aeropuerto, tuve el presentimiento de que algo te pasaba.

Me distraigo con el botón automático de la ventana. Lo subo un poco, lo bajo otro poco. Arriba, abajo, arriba, abajo, arriba, abajo. Me gusta la seguridad del sonido que hace al cerrar la ventana cada vez que se sella herméticamente.

–Siempre puedes hablar conmigo, lo sabes, Ratón. Incluso si es un tema complicado.

Arriba, abajo, arriba, abajo, arriba, abajo.

–No hagas eso, lo vas a descomponer.

Arriba, abajo, arriba, abajo, arriba, abajo, arriba, abajo, arriba abajo, arriba, abajo.

Tragármelo todo,
encerrarlo todo detrás de una puerta imaginaria
en mi pecho.
Dos oscuros secretos
arden
y se agitan ahí.
Enciérralos.
Encierra todo.
Cambio al seguro de la puerta.
PLOC, CLIC, PLOC, CLIC, PLOC, CLIC.
–Para, cariño.
Mi papá intenta no verse molesto,
pero puedo ver que lo está.
No lo culpo. Soy molesta.
Molesto a la gente.
No es mi intención.

Mi papá se da por vencido. Suelta un silbido largo que suena como a una pelota de playa desinflándose. Luego golpetea el volante con las manos un par de veces.

–Bueno, empecemos este viaje en carretera. ¿Rumbo a Conwy?

–Sip –digo.

Y por la siguiente hora, para compensar a mi papá por ser molesta, y quizá también para castigarme un poco, me siento firmemente

sobre mis manos.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero ahora está oscuro. Me estiro, me siento. He estado durmiendo con la cabeza contra la ventana de la camioneta, con la camisa de papá hecha una bola como almohada. Afuera del parabrisas se ve una larga fila de luces traseras rojas por toda la autopista. Un embotellamiento.

–Oye, ya casi salimos de Los Ángeles. Solo faltan un par de horas más –dice papá suavemente mientras apaga las noticias de la radio, las cuales han estado sonando a bajo volumen–. Espero no haberte despertado con esto.

–No –me estiro y bostezo de nuevo.

–Las noticias acaban de reportar nuestro incendio.

–No es *nuestro* incendio –digo rápidamente.

No quiero que me relacionen con eso.

No soy responsable de eso.

No es *mi* incendio.

No lo es.

No, no, no, no, no.

–Bueno, se está esparciendo, no lo pueden contener. Y estoy seguro de que así seguirá por un buen rato.

Mi estómago siente un golpe sordo de desesperanza. Presiono las palmas de mis manos sobre mis ojos para tratar de borrar las malas noticias.

–Lo siento. Lo siento mucho.

Papá mira fijamente el tráfico.

–Son los fuertes vientos. Se está esparciendo como, bueno, tú sabes –gruñe–. He estado intentado hacer las paces con eso. Me digo a mí mismo que incluso si perdemos la cabaña, el granero, mi

taller, incluso si perdemos todo… son solo cosas materiales. Todo lo que importa es que estamos a salvo, ¿verdad? –se acerca a mí y abre su gran mano, con la palma hacia arriba–. Solo hay algo verdaderamente de valor, algo que importa, y está a salvo aquí conmigo en esta vieja camioneta.

Me toma un segundo entenderlo.

–Espera, ¿te refieres a mí?

Sonríe.

–Claro que me refiero a ti.

Pongo mi pequeña mano sobre la suya, esperando y él aprieta tres veces. Tres apretones significan "te amo". Inventamos ese código secreto cuando era muy pequeña y aún lo hacemos, lo cual me avergüenza un poco ahora que soy mayor. Pero sigue siendo lindo.

–Este no es el tipo de verano que esperaba darte, Maudie –regresa a ver fijamente las luces traseras rojas.

–Está bien –digo. Pero "está bien" no son las palabras correctas. No son suficientes. Quiero decirle a mi papá que prefiero estar con él que en cualquier otro lugar en el mundo. Incluso si tenemos que vivir en esta camioneta todo el verano. Haría lo que fuera por quedarme con mi papá. Lo amo mucho. Caminaría a través del fuego por mi papá.

Pero esas palabras, como todas las palabras para mí, especialmente estos días, se esconden y se quedan dentro.

Siempre he tenido estas extrañas inseguridades, estos problemas y estas fallas. ¿Pero este año? Parece que ya *nunca* nada me sale bien.

Así que aprieto la mano de papá tres veces en lugar de decir eso, y espero que lo comprenda.

¿Alguna vez has visto una película
donde el audio no está sincronizado
con el video? Donde se atrasa
por una pequeña fracción,
y las bocas de los actores se ven extrañas cuando hablan,
no por mucho, solo lo suficiente para que te distraigas?

Así se siente
cuando escucho a la gente hablar.
Como si hubiera un problema con el doblaje.
Para cuando pude entender tu primera oración,
ya estás diciendo la segunda oración,
y sufro para seguir el paso.
"¡Tierra llamando a Maudie!", diría mi mamá.
"¿Estás escuchando?".
¡Estoy escuchando!
Me esfuerzo en escuchar el doble de lo que la gente cree.

Las preguntas de los maestros se quedan en el aire.
No soy tonta.
Casi siempre conozco las respuestas.
Solo necesito una fracción
más
de tiempo para responder.

Pero esto es lo que en verdad quiero decir:
¿Estando con mi papá?

No me desconecto tanto.
No me desconecto tanto cuando estoy con mi papá.

Y creo que ese hecho, por sí solo,
puede que
SIGNIFIQUE
algo.



9
LA PLAYA DE CONWY

Escucho un leve rugido y pienso: *¡El fuego regresó!* Exploto en pánico con el calor y el crepitar y el miedo extremo.

–¡Papá! –grito.

Mis piernas están enredadas. ¡No puedo escapar!

–¡PAPÁ!

–¡Despierta, Maudie! –su voz familiar sale de la oscuridad. Siento una mano en mi muñeca, pesada y segura.

–¡Estás soñando, cariño!

Me siento y me pego en la cabeza con algo duro.

Ah, sí, es el techo. Estoy en una litera.

–¿Estás bien? –pregunta mi papá casi dormido.

–Ay. Dios. Sí. Perdón.

–¿Segura?

–Sí.

–Vuelve a dormir, Ratón. Todo está bien. Tú estás bien. Estamos aquí ahora. Estás a salvo.

Después de uno o dos minutos, de nuevo está roncando suavemente en la cama de abajo. Pero yo dormí muchas horas en la camioneta mientras él manejaba, así que supongo que mi cuerpo está despierto y alerta.

Me quedo quieta y escucho los sonidos desconocidos del Campamento Conwy.

Y no estaba soñando. ¡Sí escucho el rugido!

Pero de inmediato me doy cuenta de qué es:

no es el rugido del fuego, sino

el rugido del agua.

Anoche cuando llegamos, un pequeño y corpulento hombre con un pantalón de pijama de Batman estaba esperándonos en la entrada. Mi papá lo saludó y saltó de la camioneta.

–¡Naldo! ¿De verdad eres tú?

Naldo soltó una sonrisita. Levantó un dedo: *espera*. Abrió el portón e hizo un gesto para que metiéramos la camioneta. Entramos al campamento casi arrastrándonos. Vimos un árbol gigante con sus ramas retorcidas y extendidas resplandeciendo con mágicas luces blancas. Me quedé sin aliento y apunté con mi dedo.

–Ese es El Señor. Es un pino de Torrey –me dijo mi papá–. Es un lugar de interés por aquí, y es viejo. Los pinos de Torrey solo crecen en pocos lugares del mundo. Y Conwy es uno de ellos. Bastante especial, ¿no?

–Es hermoso –susurré, admirando las enormes ramas arqueadas con sus espinosos racimos de agujas de pino, brillando con cientos de centellantes luces.

Todavía seguíamos a Naldo, pasamos lentamente el árbol, después en el centro del campamento vi una oficina del parque, una tienda de regalos, un área de juegos, una tienda de comida, todo cerrado, por supuesto. Nos dirigimos por uno de los muchos caminos de tierra que desembocaban en la oscuridad.

–¿Qué es eso? ¿Una bomba de gasolina? –le pregunté a mi papá, mientras nuestras luces delanteras alumbraban una extraña isla de concreto.

–Una estación de desperdicios –dijo papá–. Ahí las casas rodantes vacían sus tanques de desechos.

–¿Por desechos quieres decir popó? –pregunté, arrugando mi nariz–. ¡Guácala!

Papá rio.

Los lugares para acampar eran básicamente lugares de estacionamiento de gran tamaño sobre ese camino de tierra. Cada uno separado por una cerca, una valla o algunos árboles para dar un poco de privacidad. Los lugares con vistas al océano estaban ocupados por elegantes y lujosas casas rodantes. Del otro lado estaban las casas rodantes más viejas y oxidadas e incluso algunas tiendas de lona. Había juguetes de niños regados por todas partes. Las toallas de playa en los tendederos volaban suavemente con la fresca brisa nocturna.

Miré el reloj de la camioneta: 01:07 a. m. El mundo entero se sentía irreal.

Naldo todavía seguía trotando para mostrarnos el camino, nuestras luces delanteras alumbraban su larga y negra cola de caballo meneándose sobre su espalda como un limpiaparabrisas. Nos

hizo señas hacia un espacio donde había una pequeña y oxidada casa rodante. Mi corazón empezó a latir un poco más fuerte.

Papá apagó el motor y salió de un salto para saludar a su viejo amigo. Hubo muchos abrazos, golpes en la espalda y complejos saludos de mano. Al final soltaron algunos insultos de hombres como: "¿Qué tal, idiota?".

Yo me bajé tímidamente de la camioneta. Naldo casi me abraza también, pero miró la cara de papá primero y, en vez de eso, me saludó con la más grande y cálida sonrisa y con un apretón de manos. Su afectuosa mano se sintió muy bien. Mi corazón dejó de latir tan fuerte.

Enseguida Naldo le dio las llaves de la casa rodante a mi papá, rechazando sus gracias y su dinero.

–No es mucho, pero será suficiente. Le encargué a mi sobrina Begonia que limpiara y pusiera sábanas limpias en las literas para ustedes. Descansen y hablaremos por la mañana.

Luego Naldo caminó hacia la oscuridad, bostezando. Y mi papá y yo nos metimos a la casa rodante y nos echamos en nuestras literas. Ambas tienen gruesas cortinas azules colgando de aros de madera para tener privacidad. Cuando cerré las mías anoche, me hicieron sentir oculta y a salvo. Pero ahora las abro para echar un vistazo afuera.

Con la luz antes del amanecer apenas puedo distinguir la línea tenue de los gabinetes de madera. Una desgastada mesa de madera con bancas integradas. La casa rodante olía a cigarros viejos y ese olor, más el calor de mi pesadilla de fuego, me hace anhelar aire fresco. Quiero salirme.

Cierro el mosquitero lo más suave y silenciosamente que puedo. Afuera el aire es brumoso y fresco, y el rugido del océano es más fuerte. Alcanzo a ver una fogata con bloques de concreto y dos viejas sillas de playa. No muy lejos de ahí hay un pequeño sendero. Lo sigo a través del camino hacia una escalera de madera que desciende a un pequeño acantilado.

Es cielo es ligeramente más claro de lo que era, incluso hace un minuto. El amanecer se acerca.

No me puedo resistir. Bajo lentamente mientras vientos salados me azotan. El sonido del océano se convierte en un rugido. Las escaleras zigzaguean hacia abajo por el acantilado y terminan en un plano y amplio arco de brillante arena mojada. Apenas logro distinguir arcos más lejanos de otras playas, las cuales se alejan en forma de medialunas por varios kilómetros hacia el sur. Probablemente puedo alcanzar a ver México.

Luego volteo en dirección al agua y me quedo sin aliento. Sonrío ampliamente.

Delante de mí se encuentra todo el océano Pacífico.

¡Estoy parada en la orilla del continente!

Esto es lo más lejos que puedes llegar, me digo a mí misma.

Enseguida mi cerebro me corrige: *Quizá no estás lo suficientemente lejos*.

El amanecer lentamente alumbra el mundo con colores grises y lavanda. Una gaviota se abalanza para pescar su desayuno. Las olas enrollan sus labios de fría espuma sobre mis pies descalzos. Entierro mis pies más profundo e intento plantarme con más solidez en esta orilla de tierra, pero la marea empuja la arena por debajo de mis tobillos.

Es como si incluso el océano intentara decirme: *no tienes control sobre dónde estás parada.*

No sé por cuanto tiempo estoy ahí en la orilla del agua, viendo fijamente, fascinada. No es por mucho tiempo. Pero de repente, sale el sol. Siento su calor por detrás de mis hombros y la playa cambia de blanco y negro a color, como si fuera una esfera mágica.

Y me abalanzo. Me adentro más profundamente, hasta mis rodillas y tiemblo con deleite mientras el agua de mar enfría mi piel ansiosa, quemada por el fuego.

¡Oigan! ¡Algo está bailando ahí en las olas! ¿Un delfín? ¿Una foca? No. Un surfista, esperando en el agua, listo para la primera ola del día. ¿De dónde salió?

Es una mujer y ahora está montada en su tabla con su elegante traje negro de neopreno. Se desliza por una ola baja, guiando su tabla con unos giros y ajustes, como si estuviera haciendo ballet sobre las olas. Luego salta hacia aguas poco profundas. Y comienza a caminar hacia mí.

Mi corazón tartamudea. Pensé que estaba sola aquí. Soy tímida con la gente nueva. Tímida como un ratón. Y soy nerviosa.

¿Cómo supo o cómo saben los surfistas, en general, cuál ola elegir? ¿En cuál subirse y montar? Me recuerda un poco a mi desconexión de nunca saber cuándo meterme y hablar. Constantemente doy vueltas y me enredo en un mar de palabras. Supongo que eso significa que soy mala para surfear las conversaciones.

¿Ahora qué le digo a esta señorita surfista que viene desde las olas directo hacia mí?

Su cara esta arrugada. Es casi tan vieja como una abuela, aunque se mueve como una joven y muscular atleta. Sus ojos de un verde marino luminoso me miran de arriba abajo, atrapándome.

–Buenos días –me dice en una voz rasposa y grave.

–Quiero aprender a surfear así –digo bruscamente–. Como tú. Quiero surfear como tú.

¿Qué?

¿Esas palabras acaban de salir de mi boca?

¡No estaba planeado! ¡Para nada!

Mi cara se enrojece.

–Quiero decir, algún día. Sí.

Agh. Me siento como una idiota.

Pero me doy cuenta de esto: esa es probablemente la cosa más cierta y sincera que he dicho en voz alta en todo un año.

La señorita surfista se queda en silencio por un momento, estudiándome. Luego hace algo impactante.

Desliza su tabla hacia adelante, hacia mí.

–Entonces súbete –dice–. Tengo algo de tiempo esta mañana. Te enseñaré un poco.

Salto hacia atrás sorprendida.

–Lo digo en serio –dice ella con sus ojos verdes fijos, serios.

Como por arte de magia, por magnetismo, comienzo a acercarme a ella y a su tabla.

Pero luego: *i*SPLASH*!* Una gran ola me golpea de la nada. Pierdo estabilidad y termino debajo del agua. Entro en pánico, me arrastro y salgo escupiendo.

–¿Estás bien? –pregunta sonriendo. Asiento, avergonzada. Pero el momento está arruinado. Salgo de la agitada espuma hacia la orilla,

sintiéndome avergonzada, tonta. ¡No puedo creer que básicamente le pedí a esta extraña que me enseñara a surfear! ¡No tiene tiempo para eso! ¿En qué estaba pensando? ¡Solo estaba siendo amable! ¡No debería molestar así a la gente! Mi mamá siempre me dice que no moleste a la gente. ¿Qué bicho me picó?

Me echo en la arena. La mañana ya no parece maravillosa. La arruiné siendo rara.

La mujer jala su tabla hacia la playa, luego va por una bolsa de lona guardada debajo de las escaleras. Mete la mano y saca dos toallas. Me avienta una.

Quizá no deba aceptar esta toalla. Quizá deba regresar corriendo con papá. Pero la surfista está parada entre las escaleras y yo.

Frente a nosotras el océano se desenvuelve, ruge, destella y titila. Lo miro fijamente, pero no me da pistas de cómo ser una persona.

Me seco rápidamente, tratando de no mojar tanto su toalla. Mi playera para dormir y mis calzoncillos se me pegan. Siguen húmedos.

Saca un termo de su bolsa de lona y sirve café. Su aroma flota hacia mí, ácido y rico. Sus ojos verdes son muy verdes, y no están enojados conmigo, no están molestos. Solo están. Ella está entretenida.

–Soy Etta –dice–. ¿Cómo te llamas?

–¿Maudie? –estoy temblando. De nervios, creo. No de frío. Tal vez de frío. ¿Frío o nervios?

–Gusto en conocerte, Maudie. Por un momento sonaste como si de verdad quisieras aprender a surfear.

–¿Qué?

–Que querías aprender a surfear.

–Ah, sí.

Pero no puedo. Porque soy yo. Porque no soy buena en nada.

Los músculos del brazo de Etta se mueven y tensan mientras acomoda sus rastas plateadas en un gran chongo salvaje sobre su cabeza. Está sosteniendo una pinza para el cabello con sus dientes.

–Bueno, conozco personas de ochenta años y niños de ocho años que surfean –dice con la pinza en la boca–. Puedes aprender –asegura su cabello con la pinza, se hace sobre la cabeza un chongo de rastas como el de Marge Simpson–. ¿Me oyes? –dice y yo solo asiento–. Solo tienes que escuchar a las olas llamándote. Suena a que las escuchaste esta mañana.

Miro el agua revolcándose.

–¿Es peligroso? –pregunto finalmente.

–Todo es peligroso –me acerca su termo de café. Estoy muy sobresaltada para tomarlo. Pero lo tomo. Tomo el primer sorbo de café de mi vida y está hirviendo. Sabe ácido, dulce, horrible y rico a la vez.

Me acerco para regresarle el termo, pero ella ya tomó su tabla y se dirige de vuelta al agua. ¿Cómo se *movió* tan rápido? Cierro el termo y lo pongo al lado de su bolsa.

–Nos vemos, Maudie –me grita–. Gusto en conocerte.

Bracea tan recto como una flecha, esquivando el golpe, sumergiéndose como un pato debajo de las grandes olas hasta que se vuelve un punto negro de nuevo, elegante como una foca.

¿Qué se sentirá pararse en una pequeña tabla y bailar con el océano entero así?

Ah, me muero, me muero por saber.



10
MI PAPÁ Y NALDO

La mañana está en su esplendor cuando regreso al campamento. Papá ya está despierto y sentado afuera con Naldo. Ambos ocupan un par de viejas sillas de playa, sostienen tazas de café entre las manos y se ríen con complicidad. Naldo ya no lleva la pijama de Batman; ahora viste un uniforme limpio y bien planchado del parque. Tiene su cabello negro y espeso recogido en una larga e impecable cola de caballo. Papá, en cambio, lleva puesta una sudadera gris muy gastada, pantalones de pijama a cuadros y unas sandalias demasiado grandes, cosas que le donaron en el albergue de Molinas. Su cabello parece un nido de pájaros rubio oscuro, y su barba está salpicada de arena. Me siento un poco avergonzada por lo desaliñado que se ve junto a su amigo.

–¿Cómo estás, Maudie? –Naldo levanta su taza para saludarme.

Papá se inclina hacia adelante con sus codos y rodillas.

–¡Estás empapada!

Encojo un solo hombro, como Etta. La imito. Todavía estoy bajo el encanto de su magia de bruja del surf.

–Una ola salió de la nada –digo. Intento que mi voz suene como la de ella. Grave, calmada. Menos chillona, más rasposa. Etta era cool.

Mi papá se ve alarmado.

–¿Había un salvavidas ahí?

–¡No estaba nadando, papá! No estaba en lo profundo. ¡Estaba a salvo! –otra vez estoy hablando con mi voz chillona–. Oye, papá, ¿aún sabes cómo surfear?

Sus cejas se levantan.

–Técnicamente, supongo. Pero tiene siglos que no lo hago. No desde que me lastimé la rodilla.

–Si quieres intentarlo, Pedro, puedes tomar prestada mi tabla –dice Naldo–. Pero debes salir de aquí temprano, antes de los chiflados.

–Nah –dice papá, enderezando su tiesa rodilla derecha y quejándose de dolor–. Mi rodilla lastimada no funciona bien desde aquel accidente en motocicleta.

–Espera, ¿quiénes son los chiflados? –pregunto.

Naldo sonríe.

–Surfistas principiantes.

–Así que los principiantes son malos –se me desencaja la cara.

–¡Ah, no! –Naldo dice rápidamente–. Los principiantes están bien. Todos *tenemos* que empezar en algún punto. Todos hemos sido principiantes. Pero les decimos chiflados a los maleducados, a los crueles, a los ruidosos, a los arrogantes, a los que no saben que no saben, ¿sabes? A los que se meten en la fila, a los que piensan que

son dueños del océano y que no deben seguir las reglas. ¿Entiendes a lo que me refiero?

–Los chiflados no tienen respeto –agrega mi papá en su modo tranquilo.

–No quiero ser una chiflada –digo.

Naldo y mi papá se ríen.

–Eso es algo que nunca serás, Maudie querida –dice papá–. Siempre estás pensando en los demás.

Naldo tiene una mirada desafiante.

–¿Sabías que tu papá no era un surfista tan malo en sus tiempos? ¡Un año casi ganó El Evento!

Papá rechaza el cumplido manoteando, salpicando café en sus pantalones sin siquiera darse cuenta. Papá es tan torpe como yo.

–¿Qué es El Evento? –pregunto.

–¿Que qué es El Evento? –Naldo retrocede con sorpresa burlona–. ¿Nunca escuchaste sobre El Evento de Surf de Conwy? Se ha organizado en agosto por, no sé, cincuenta años. ¡Es la mejor y más grande fiesta de playa de todas! –empuja a mi papá con su codo–. ¿Aún estarán aquí para El Evento de este año?

Papá se ve incómodo, se mueve en su silla.

–Parece que sí. No estoy seguro a dónde más podemos ir.

Hay un breve momento de incomodidad en las palabras de mi papá. Luego Naldo se ríe y cambia el tema.

–¿Oye, recuerdas cuando nuestra banda de punk tocó en el escenario en El Evento? ¿Cuándo acabábamos de entrar a la preparatoria?

–¡Oh, guau, no había pensado en nuestra banda en años! –mi papá sonríe–. Los Peatones Exitosos.

–Y nuestra única canción exitosa: "Está en verde, vámonos". ¡Un clásico!

Ambos comienzan a cantarla, luego estallan en risas. Naldo señala con el pulgar a mi papá.

–Y, oye, Maudie, ¿tu viejo alguna vez te contó lo que íbamos a hacer el verano después de graduarnos? Los dos hicimos un pacto de ir a surfear a todos los lugares emblemáticos para hacerlo en California. Tal vez incluso ir hasta Baja California.

¡Nunca supe estas cosas de mi papá! Bandas punk, viajes de surf. Es muy raro pensar en él tan joven.

–¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué no fuiste? –pregunto.

Otro momento incómodo. Mi papá hace una cara chistosa y se encoje de hombros. Y de pronto lo entiendo.

Dah.

Yo nací el verano después de la preparatoria. Él no fue a su épico y sorprendente viaje de surf con Naldo porque el verano después de la preparatoria se convirtió en papá adolescente.

Mi cara comienza a arrugarse. Trato de escabullirme, pero mi papá es rápido. Me agarra y me jala hacia él, rápida y bruscamente, con su modo torpe de papá para ajustarme la toalla (¡ups! ¡Aún tengo la toalla de Etta!) alrededor de los hombros como una capa.

–Oye, escucha, Ratón, escucha… Sabes que eres lo mejor que me pudo haber pasado, ¿verdad?

Cuando la gente me dice palabras amables, siento que no las merezco.

Las palabras amables se sienten como espinas en mi piel que debo sacudirme.

Mi papá me ama, eso lo sé.

Pero aun así, las dudas siempre se filtran por mis grietas, como el humo.



11
CUANDO CONOCÍ A RON

Solía revolotear mis dedos frente a mis ojos muy a menudo. Era, y a veces aún lo es, reconfortante, un escape de energía nerviosa. Un alivio secreto, un estímulo.

Pero mi mamá se preocupaba de que se viera demasiado raro. Que lo chicos me molestaran. Y tenía razón acerca de eso: lo hacían. Así que, cuando estaba en segundo grado, me asignaron dos veces por semana una terapeuta especial llamada señora Jills.

"¡Mírame a los ojos, Maudie! ¡Pon el bloque rojo sobre el bloque azul! ¡Acomoda estos mosaicos! ¡Termina estas hojas de trabajo antes de que suene la campana!".

Si hacía bien su acto de mono de circo, la señora Jills gritaba abruptamente un "¡BIEN!" con un volumen de voz demasiado alto. Yo brincaba del susto.

Ella me apretaba con sus manos que eran como garras de hierro. Me apretaba y me tocaba la cara y cuerpo por todas partes como si fuera suya. Como si yo fuera su títere, su objeto para manipular.

Tenía que dejarla tocar mi nariz, tocar mi oreja, pellizcar mi barbilla, abrazar mi panza. Tenía que dejarla tocarme por todas partes como si mi cuerpo no fuera ni siquiera mío porque eso era parte de su tipo de terapia.

Me hacía sentir muy pequeña. Me hacía sentir peor que nada. Yo hervía del coraje, pero no tenía permitido demostrarlo. Tenía que sentarme ahí y dejarla tocar mi cuerpo y dejarla gritar "BIEN" en mi oído tan fuerte que hacía que me doliera. Y después hacer lo que ella quisiera. Tenía que obedecer como un robot.

Si hacía bien todas sus pequeñas tareas, me acercaba un M&M como recompensa.

La señora Jills hizo que me dejaran de gustar los M&M's. Esa mujer le quitó lo divertido a los dulces.

Después de horas de esto, yo empezaba a quejarme y llorar. Luego la señora Jills estaba "muy defraudada" y le decía a mi mamá que necesitaba aún *más* terapia. Al final mi mamá decía:

–¿La señora Jills tiene idea de lo que es ser una madre soltera con una hija como tú? ¿Tener dos trabajos para llegar a fin de mes y, además, pagar toda esta terapia extra y aparte los doctores?

Y luego, en el coche de camino a casa, mi mamá se volteaba y me gritaba:

–¡Esta terapia es *muy importante*! ¡Tienes que hacerlo mejor y esforzarte más!

Un día, la señora Jills se enojó tanto conmigo que decidió parar mi estímulo pegando mis dedos revoloteadores con cinta adhesiva. Le dijo a mi mamá que me mantuviera pegada también en casa durante toda una semana. Quizá eso podría finalmente ayudarme a parar.

Funcionó un poco, porque como tenía los dedos pegados, no podía moverlos. Pero así tampoco podía sostener un libro, colorear, comer o hacer muchas cosas. Así que no duró mucho.

¿Por qué está mal agitar un poco los dedos? La gente mueve sus rodillas de arriba abajo, juegan con su cabello, mueven los pies. Se muerden los labios, se muerden las uñas. La señora Jills movía sus tacones altos mientras colgaban de sus pies. Eso es un estímulo.

Quizá alguien debería encintar, no, PEGAR, su zapato a su pie.

–Pórtate bien frente a Ron, ¿okey? –me dijo mamá, unos días después de que me quitaran la cinta de los dedos. Estábamos estacionadas en nuestro coche viejo, oxidado y descompuesto frente a un restaurante elegante. Mamá estaba examinando su brilloso labial rojo en el espejo, para asegurarse de que no tenía labial en los dientes. Yo estaba incomoda con un rasposo vestido nuevo con un elástico muy ajustado.

–Ron va a ser una persona importante en nuestras vidas y esta noche quiero que recuerdes todo lo que has aprendido con la señora Jills. Buen contacto visual. Di "gusto en conocerte", "¿cómo estás?", "por favor" y "gracias". Habla despacio y claro, no te apresures. Y, sobre todo, *¡no revolotees los dedos!* –me miró fríamente–. Lo digo en serio.

Detrás de la pesada puerta de cristal del restaurante, un hombre del tamaño de una montaña estaba esperando.

–Así que es ella, ¿eh? –dijo Ron–. ¿Es tu hija? –se ajustó los pantalones de vestir oscuros y se inclinó ligeramente hacia mí para sonreírme con una de esas enormes sonrisas que esbozan los adultos a los que no les gustan los niños.

Su colonia flotaba a su alrededor como una bruma de insecticida con olor a limón. Yo arrugué la nariz.

–¡Chócalas! –sostuvo arriba su mano del tamaño de un guante de beisbol. Volteé a ver el rostro de mamá. Ella asintió, así que las choqué débilmente con mis cinco dedos. Luego Ron se volteó hacia mi mamá y le dio un apretado y largo abrazo. Le giró la cara lejos de la mía y susurró algo en su oído que la hizo reírse de forma extraña.

Me limpié las manos con olor a insecticida en mi vestido que picaba.

Este restaurante era el más lujoso que había visto jamás. Manteles blancos y luces suaves. Ron le ordenó al mesero que nos cambiara de mesa tres veces antes de estar satisfecho, y luego él y mi mamá se sentaron, hablaron, rieron y susurraron como si yo no estuviera ahí.

Y eso estaba bien para mí. Completamente bien. Me permitió disociarme con la flama parpadeante de la vela en medio de la mesa. Me gustan las flamas de las velas. O antes me gustaban. Como sea. Mi mamá me acababa de dar de cumpleaños una vela de los deseos. Y, en mi cerebro de niña, creo que pensaba que todas las velas tenían un poco de magia.

–No está comiendo su cena –dijo Ron–. ¿Hay algún problema con su comida? A los niños les gusta la pasta. ¡Es pasta!

–Ah, por favor, no te preocupes –respondió mamá.

–Por un plato que cuesta quince dólares, ¡claro que me preocupo!

–Con Maudie, no te preocupes por las pequeñas cosas. Por favor.

Mamá se rio de forma extraña.

–Nos lo vamos a llevar a casa y haré que se la coma después. Lo prometo.

–¡No! –exclamó Ron. Un severo, profundo y serio "no", lo suficientemente alto como para que la gente de la mesa de al lado parara de hablar y nos mirara. Me miró y bajó la voz–. Se lo va a comer *ahora*. Mientras está caliente.

Su gruñido profundo era digno de un tigre. Sonaba como si algo aún más peligroso se escondiera bajo la superficie. Cuando me asusto, a veces mi cerebro se va a otra parte. No estoy segura a dónde. Quizá se aferró a la flama de la vela.

–Vas a tomar ese tenedor –dijo el gruñido–, y te vas a comer esa comida. ¿Entiendes? –miró a mi mamá–. Ella me entiende, ¿verdad?

Mamá asintió obedientemente.

–Si voy a ayudar a criar a esta niña, lo mejor es que empiece ahora.

Yo *sí* quería comer. Tenía hambre y *sí* me gustaba la pasta. Pero en los últimos treinta minutos, había estado sentada sobre mis manos. Fuerte. Porque es la única forma en que puedo mantener mis dedos quietos. Porque mamá me dijo que *me asegurara* de no revolotearlos.

–Hazle caso a Ron y come tu cena, bebé. Cómetela, ahora. ¿Me escuchaste?

Miré a mi mamá, como diciendo "bueno, si tú lo pides". Liberé una mano, la sacudí y tomé el tenedor. Logré sostenerlo fijamente, en gran parte. Y me atraganté y tragué, me atraganté y tragué mi cena.

En el coche de camino a casa, seguía callada mientras mamá me decía que Ron era una bendición y que había entrado en nuestras vidas como un milagro. Cómo le había comprado una lujosa cámara de video profesional y un soporte, y ahora incluso quería reemplazar

nuestro coche chatarra y descompuesto con un nuevo modelo porque quería que estuviéramos seguras en el camino.

Que esta solo había sido la primera de muchas cenas que tendríamos juntos, que si no pensaba que era maravilloso, que me había caído bien, ¿no? Y sí, puede que sea estricto, pero solo de una forma paternal.

–La estructura, disciplina y una apropiada influencia paternal son importantes, especialmente para niños como tú, Maudie.

Asentí, porque sabía que mamá quería que yo estuviera de acuerdo con ella. Obedecer a mi mamá era mi trabajo. Obedecer a mi mamá. Obedecer a la señora Jills. Y ahora, supongo, obedecer a Ron.



12
LOS MILAGROS DE BEGONIA

Después de la visita de Naldo, mi papá y yo nos dimos un baño, le pusimos seguro a la casa rodante y nos encaminamos hacia la tienda de abarrotes del campamento. Por el camino pasamos a un montón de gente en patineta. Son adolescentes, pero más grandes que yo. Llevan shorts de surf, playeras, calcetas blancas y Vans. Están saltando en las banquetas y haciendo trucos y tratando de impresionar a los demás. Uno pasa a toda velocidad a centímetros de mí, luego voltea a verme y sonríe. Su cabello es esponjoso como un diente de león oscuro, sus grandes dientes frontales son como dos tabletas de goma de mascar blanca.

–Firme, niña –papá me toma por el codo.

¿Ese patinador *intentaba* tirarme? ¿Como cuando los chicos en la escuela me meten a los casilleros? ¿Estaba haciendo algo malo? Me esfuerzo para pensarlo. Estoy vestida con la ropa que nos donaron en el albergue: una playera negra extragrande de hombre con el logotipo de alguna compañía de tecnología y shorts de mezclilla

holgados. ¿Tal vez sea el logotipo en mi playera? Tal vez ese tipo pensó que me veía rara.

Claro que lo pensó, tonta. Estúpida. Ridícula. Tonta.

Palabras de vergüenza llegan espontáneamente desde mi cerebro. Las golpeo con mis dientes para deshacerme de ellas. Desearía poder escupirlas y olvidarlas, pero a las palabras de vergüenza les gusta quedarse y rondar por mi cabeza en un aro ridículo invisible.

Siento que mis mejillas me queman mientras llegamos a la tienda de abarrotes. Se ve bien. Pequeña, pero organizada. Tiene un toldo verde oscuro sobre la puerta. A un lado está la oficina del guardabosques del parque estatal donde Naldo trabaja. Y del otro lado hay una diminuta, pero interesante tienda de regalos, con playeras en la ventana y un signo de "50 % de descuento".

Mi papá se da cuenta de que estoy viendo la tienda de regalos. Saca su cartera y me da unos billetes.

–¿Por qué no vas a esa tienda y checas la mercancía? –dice con un guiño.

Mis ojos se abren mucho.

–¡Es mucho! ¡Lo necesitamos para la comida!

–Cómprate una playera nueva o algo así. Necesitas cosas. Búscame aquí cuando termines.

Campanas de viento tintinean cuando entro a la tienda de regalos. Hay una chica detrás del pequeño mostrador, supongo que tiene dieciocho o diecinueve años. Tiene mechones de cabello rizado color negro brillante, aretes de plata y brazaletes tintineantes en ambos brazos. Es muy femenina y hermosa. Nunca me veré como ella o seré como ella. Ya lo sé.

Hay un solo estante de ropa, pero logro encontrar una sudadera azul ¡por solo diez dólares! Es suave y cómoda. Y tengo dinero suficiente para también comprarle una linda playera a mi papá. Necesita cosas tanto como yo.

La chica levanta una ceja. Ahí noto una perforación plateada, también.

–Oye, hola... Creo que sé quién eres... ¿Tu papá es Pedro? ¿El amigo de Naldo?

Se inclina sobre el mostrador hacia mí.

–¿De los incendios del norte?

Asiento. No me gustó que haya usado la palabra *incendios*. Estoy esforzándome por mantener esa palabra detrás de la diminuta puerta invisible dentro de mí.

–Soy la que limpió la casa rodante para ustedes ayer. Naldo nos contó todo acerca de cómo tuvieron que evacuar. Estamos contentos de que estén aquí a salvo –extiende la mano con anillos de plata en cada dedo–. Soy Begonia, la sobrina de Naldo –sus ojos son muy brillantes, cálidos y lindos.

Decido que me agrada.

–Soy Maudie –digo en voz baja, intentando copiar la calidez en su sonrisa para que sepa que me agrada.

–¿Quieres que guarde esas playeras mientras sigues viendo, Maddie? –me dice porque entendió mal mi nombre. (Ugh. Pero está bien. Eso siempre pasa)–. Tu papá y tú deben necesitar de *todo*, ¿no?

Asiento porque es verdad.

–Si puedo ayudarlos en algo, no solo en cosas de la tienda de regalos, échame un grito. Tengo trabajos ocasionales en el área de

campamento todo el verano. Y mi hermano, Max, es un salvavidas en la playa. Nuestro tío Naldo nos metió en la nómina. Es un buen tío.

–Sí –digo–. Es agradable –me tomo un minuto, procesando todo lo que me acaba de decir (error de retraso). Luego agrego–: Estamos agradecidos.

–Todos nos sentimos mal por ustedes. Toda nuestra familia lo lamenta.

Sonrío y asiento. Y me pregunto cómo es tener una familia completa. Un tío que te consiga un empleo. Un hermano que es salvavidas. Anillos de plata. Cabello rizado. Belleza. Senos. Ja, ja.

–Tómate tu tiempo. Sigue viendo –me apunta con sus dedos formando una pistola y guiñe–. ¡Tendrás un descuento en todo, señorita!

Detrás del aparador, veo un contenedor con pequeños talismanes plateados, extraños medallones planos con formas variadas, corazones con flamas, manos rezando, animales, sombreros, alas, partes del cuerpo.

–Estos son milagros –Begonia saca el contenedor sin que tenga que pedírselo–. Amuletos populares religiosos de México. Pero no tienes que ser religioso para usarlos. También son, solo, no sé, como divertidos y geniales para que los lleves en tu bolsillo o donde quieras.

Escojo uno que parece un par de pulmones humanos. Es asqueroso y cool al mismo tiempo.

–Si tienes asma, el talismán de pulmones es bueno para eso –dice Begonia. Lo dice en serio. Mmm. Tal vez hay magia en ellos.

Pues no tengo asma, así que sigo hurgando en el contenedor. Otros amuletos tienen forma de brazos y piernas, supongo que por si tienes un hueso roto, dolor o molestia. ¡Pero ahora veo el amuleto perfecto, perfecto, para mí! Lo saco del contenedor y se lo doy a Begonia.

–Buena elección –lo envuelve en un pequeño papel crepé–. Este va por mi cuenta, *lil sis* —dice con una sonrisa.

Lil sis. Eso significa hermanita.

¡Ja! Eso quisiera. Porque ya me agrada mucho Begonia.

Encuentro a mi papá en la tienda de abarrotes unos minutos después, mirando con anhelo el chili enlatado. Es su debilidad. Se lo puede comer frío directo de la lata con una cuchara, lo cual es muy muy asqueroso, si me preguntan. Pero cada quien.

–La comida aquí es un lujo, chica. Quedémonos con lo básico por ahora.

–¡Papá! Me compré una sudadera –susurro, sintiéndome tímida de repente con el público en la tienda–. Y te traje algo también –busco en mi bolsillo–. De hecho, te traje dos cosas.

Le entrego el talismán milagroso en ese mismo momento.

Nunca puedo esperar a darle un regalo a alguien.

Mi papá sonríe de forma extraña.

–No había visto uno de estos en años. A tu abuela Carmen le gustaban los milagros.

–¿Ves? ¡Es una casita! Si pedimos un deseo, entonces quizá su magia proteja nuestra cabaña –digo, bromeando un poco o no tan en broma–. Y así el incendio no la queme.

Mi papá hace un gesto chistoso.

–Maudie, ¿ahora crees en la magia?

Me encojo de hombros.

La verdad es que nunca sé en qué creer, así que básicamente le doy a cada idea el beneficio de la duda. El mundo es muy confuso para no hacerlo. Cada vez que creo que entiendo cómo algo funciona, resulta que no es así. ¿Qué sé yo?

Pero mi papá todavía parece escéptico.

–También te traje esto –digo rápidamente, cambiando el tema mientras sostengo su nueva playera–. Por lo menos está limpia.

Mi papá se ríe.

–¡Gracias, Ratón! Tenemos que encontrar una tienda de segunda mano o algo pronto. Y necesito encontrar un banco –se talla la frente. Sus ojos que normalmente son brillantes y azules ahora se ven nublados–. Comida, techo, ropa… es lo básico para nosotros ahora, Ratón.

Compramos pan, mantequilla, jamón, cereal, leche, café y huevos en la tienda cara de abarrotes. Mi papá deja el costoso chili enlatado en la repisa.

Mientras caminamos de vuelta al campamento, noto que la bruma mañanera se ha disipado. El sol quema desde lo alto.

Y ahora todo se ve claro.

Conocí tres nuevas personas en Conwy hasta ahora:

1. Naldo, el buen amigo de mi papá. Se siente como familia.
2. Una surfista misteriosa llamada Etta, que salió mágicamente de la bruma del amanecer.
3. La bella Begonia, que me llamó *lil sis*. Quizá ella puede ser como mi hermana mayor de verdad.

Digo sus nombres para mí misma. Golpeo mis dientes al ritmo de sus nombres. Naldo, Etta, Begonia. Sus nombres suenan bien juntos.

Y estoy aquí con mi papá. Mi persona favorita en el mundo.

Y estamos a salvo.

No nos queda mucho por perder, pero estamos a salvo.

Y estoy a salvo de Ron y mi mamá.

Mi papá está preocupado por el dinero, pero seguido lo está. Lo va a resolver.

Necesito alejar esa preocupación. Alejar todas las preocupaciones. Preocupaciones de la vela, preocupaciones de Texas, preocupaciones de incendios, preocupaciones de dinero.

Encerrarlas todas.

Por ahora, intento pensar solo en el brillante sol calentando mi cabello, la suave sensación de la arena bajo mis pies, el olor de la bruma salada en el aire, el rugir de las olas distantes y la alegría de estar con mi papá.

De regreso en la casa rodante, cuelgo el talismán milagroso en forma de casita en la ventana sobre el fregadero, donde brilla con la luz del sol.

Beso la punta de mi dedo índice, el cual sabe salado, y luego toco el talismán.

–Mantén la cabaña a salvo del fuego, por favor. ¡Mantén todas las casas y toda la gente a salvo! –susurro. Golpeo mis dientes al ritmo de las palabras del rezo. Reúno toda mi esperanza en una burbuja mágica y se la mando a los bomberos, y también a todas las personas desplazadas de Molinas.

Volteo a ver a mi papá y tiene los ojos llenos de ternura. Él ve mi burbuja de esperanza y no la quiere reventar.

–Ratón –dice con delicadeza–, odio decir esto, pero la cabaña probablemente ya no existe. Creo que nos debemos preparar para las malas noticias.

Pongo mis manos en mis orejas y cierro fuertemente los ojos.

No.

–Maude.

Los abro.

–Entonces es muy tarde para que el amuleto haga efecto.

Papá toca el amuleto y lo hace girar.

–¿Y si mejor pensamos en que este pequeño amuleto proteja *este* lugar? ¿Nuestro *nuevo* lugar? Creo que debemos enfocarnos en lo que está pasando *ahora*.

Miro el desorden. Estoy acostumbrada al desorden. Está bien. Inhalo el olor a cigarros viejos y hago una mueca. Pero tengo todo el exterior para inhalar.

Cierro mis ojos y asiento con la cabeza.



13
BUSCANDO TRABAJO

Papá ha estado caminando afuera toda la tarde, hablando con gente por teléfono. Alcanzo a escuchar por la ventana abierta de la casa. Está usando una voz cortés, alegre y más alta de lo normal.

"No, lo siento, no tengo un catálogo en internet". "Pero de verdad puedo construir eso para usted". Y: "Tomaré lo que sea. No hay trabajo pequeño".

Es duro escucharlo rogar por un trabajo.

Intento distraerme con el libro que encontré en el estante de TOMA UN LIBRO, DEJA UN LIBRO de afuera de la tienda de regalos. Algo llamado *Jane Eyre*. No leo mucho, así que me quedo viendo a la portada hasta que mi papá entra de vuelta. Luego pregunto cuidadosamente:

–¿Cómo te fue? –aunque ya lo sé.

Hace una mueca.

–Encontraré algo en algún punto, ¡no te preocupes! Aunque, ojalá hubiera ahorrado más. De verdad contaba con el dinero de los

bancos para el bar este verano. Pero se esfumó. No tiene sentido desanimarse por eso –se apoya en el mostrador y mira hacia afuera a través de la ventana.

Hay humo flotando de las parrillas de las otras personas, y el olor de las salchichas quemándose se queda en el aire. Nuestros estómagos rugen al unísono.

Volteo a ver nuestra repisa de comida. ¿Cuánto más va a alcanzar el dinero de papá? No quiero saber.

–Quizá debo visitar algunos de esos lugares en persona. Siempre me va mejor cara a cara –se ve inseguro–. ¿Pero te puedo dejar aquí sola, Maudie? ¿O tal vez sea más seguro si me acompañas y te quedas en la camioneta?

–Ah, estaré bien aquí –le digo–. Mi mamá me deja sola todo el tiempo.

Es cierto. Incluso tomé el curso de niñera de la Cruz Roja. Sé cómo cuidarme sola. Soy muy responsable.

A papá no le agrada, pero después de recordarme un millón de veces que debo quedarme adentro de la casa rodante, que no debo usar la estufa, y después de decirme que le pedirá a Naldo y Begonia que estén al pendiente, finalmente se despide y me deja sola.

Intento leer un rato, pero sinceramente no me quiero quedar dentro, como había prometido. ¡Huele mal y hace calor! Creo que a papá no le importará si camino por la playa. No me meteré al agua.

La playa es una bocanada de aire fresco, literalmente.

Camino por la orilla donde la arena y el agua se juntan, deambulando, explorando. Tras una curva de arena, pasando un montón de rocas de un acantilado, descubro otra playa mucho más

grande. Es la playa principal. Hay un grupo de edificios de concreto debajo de palmeras altas. Baños y regaderas, incluso una barra de bocadillos con un patio cubierto de mesas de pícnic. Un oscuro estacionamiento arenoso detrás de los edificios está repleto de casas rodantes y camionetas de surfistas, muchas de ellas muy deterioradas. Algunas están cubiertas con estampas desgastadas, otras con muchos rosarios y medallas religiosas colgando de los retrovisores. Toallas mojadas cuelgan de las puertas traseras. Tablas de surf recargadas sobre ellas. Trajes de baño que escurren agua cuelgan de los portaequipajes.

Un par de salvavidas con narices blancas por el protector solar platican cerca de la torre de vigilancia, la cual es como una pequeña cabaña azul sobre patas de metal, posada en la arena. En la barra de bocadillos, un montón de señores están platicando alrededor de una mesa de pícnic, tomando de sus tazas de café. Presiento que vienen seguido. Parece el tipo de gente de Etta. Pero no veo a Etta, lo que me da una punzada de decepción.

Y ahí es donde me doy cuenta de lo que hago aquí, creo. El porqué desobedecí a mi papá y salí a la playa. Era para buscarla.

Ah, bueno. No puedo ir a nadar porque le prometí a mi papá que no lo haría. No puedo intentar surfear porque no está Etta.

Así que voy de regreso para leer un poco más.

El libro que elegí es complicado, pero está genial.

Me agrada *Jane Eyre*. Se trata de una chica que la pasa mal. Nada parece salirle bien y está sola. Las palabras son rimbombantes y extrañas, pero después de un rato lo entiendo, y se siente como si estuviera aprendiendo un nuevo idioma. Una forma completamente nueva de hablar mi idioma. ¿Eso tiene sentido?

Además, la apoyo. A pesar de todas sus dificultades, ¡es muy sensata! Claro, se enoja al principio, en las primeras páginas. Pero a diferencia de mí, *Jane Eyre* jamás se pega en la cabeza cuando las cosas no salen como quiere ni agita sus dedos como estímulo para poder distraerse. Jane nunca tiene ataques de pánico ni se disocia ni tartamudea. Ella es simplemente fuerte y sencilla y, pues, ya sabes, enfrenta las cosas tal como vienen.

Estoy tomando notas.

De cualquier modo, llego a la parte donde Jane comienza a sospechar que alguien está encerrado en el ático en la vieja y cruel mansión del señor Rochester (mmm… ¿es él el malo?). Me da escalofríos. Dejo el libro ¡y me doy cuenta de que ya es hora de la cena! ¡He estado leyendo demasiado tiempo!

Y, ¿dónde está papá? ¿Qué pasó? ¡Dijo que saldría por una hora o dos!

Tengo un pequeño brote de pánico, pero luego miro hacia afuera por la ventana.

Está sentado en una vieja silla plegable, mirando fijamente a la fría fogata llena de carbón, bebiendo una lata de cerveza.

Siento una punzada de preocupación. ¿Por qué no me dijo que ya había regresado? ¿Y la cerveza? Mi papá nunca bebe solo, únicamente cuando viene un amigo de visita o algo.

–¿Papá? –me paro en la puerta y presiono mis manos contra la malla.

Vuelve en sí y me mira con una sonrisa como de un fantasma.

–Hola, Ratón –dijo–. Ya voy.

Mi corazón palpita alarmado.

–¿Quieres que te cocine algo de cenar? No soy una gran cocinera, pero lo puedo intentar.

–No, cariño. Es mi deber alimentarte a ti –se levanta de la silla y entra. Aprieta mi hombro delicadamente cuando pasa a mi lado. Luego suspira–. Quería darte un verano mucho mejor que esto, Ratón –tiene esa sonrisa triste como de fantasma de nuevo–. ¿Sabías que no me contrataron para un simple trabajo de mantenimiento hoy? Mucha gente por aquí compite por esos trabajos –mira alrededor como si se estuviera orientando, dándose cuenta en dónde está. Toma una sartén colgada–. Cuando pienso en esa orden grande que acababa de terminar, empacada y lista para entregar, todos esos hermosos bancos altos, quemándose en el cobertizo… Qué desperdicio –sacude la cabeza–. Contaba tanto con ese dinero.

–Encontrarás algo nuevo –digo suavemente. No me gusta que me hable como si yo fuera un adulto. Bueno, a una parte de mí sí le gusta. Pero la mayoría del tiempo se siente raro.

Cierra los ojos.

–Todo ese arduo trabajo, esfumado.

–¡No pienses en eso! –grito, ahora estoy asustada.

No quiero ver a mi papá así.

–¡Bloquéalo!

¡Es lo que mi mamá me dice que haga!

¡Trágatelo, olvídalo!

¡Húndelo en las profundidades de tu océano!

¡Enciérralo! ¡Entiérralo profundo!



14
TRAJES DE BAÑO ANARANJADOS, CARTELES ROSADOS

A la mañana siguiente, el amanecer era brillante y soleado. Bueno, claro que lo era porque esto es el sur de California. Mi papá se levantó mucho antes que yo. Ya está bañado y huele a jabón. Y su cara está afeitada, así que se ve más joven de nuevo. Y está sonriendo.

–Un nuevo día, papá –le digo.

Da un aplauso.

–Un nuevo día, un nuevo comienzo. Discúlpame por lo de anoche. Hoy seguramente encontraré algo.

–¡Así será! –luego mi estómago gruñó ruidosamente, y él hizo una mueca.

–¿Quieres que prepare el desayuno? –le pregunto.

Mi papá se ríe y acaricia mi cabello.

–Como ya dije, es mi deber alimentarte.

–Pero quepo en la cocineta mejor que tú.

Es verdad. Mi papá es muy alto para el techo, se tiene que encorvar y hacerse chiquito solo para pararse frente al fregadero.

Así que cocino huevos revueltos. Solo se me va un pedacito de cascarón. Agrego el famoso ingrediente secreto de la abuela Carmen que mi papá me enseñó: queso para quesadillas, derretido dentro. Papá mientras hace pan tostado con mantequilla y mermelada de fresa, y se prepara su propio café.

–Estos huevos son mejores que los del restaurante de Rosie –me dice mi papá. Hay mucho brillo en su voz; está fingiendo un poco. Aun así, le doy las gracias con una sonrisa–. La buena noticia es que tengo una entrevista de trabajo esta mañana. La mala noticia es que está alejada de la costa. Así que estaré fuera por un rato. Pero Begonia dijo que, si quieres, puedes ir a la tienda de regalos y pasar tiempo ahí con ella. Y Naldo estará por ahí por cualquier cosa que necesites. Saben que estarás sola. Begonia estará al pendiente de ti, cada hora más o menos –me ve con preocupación–. No me gusta dejarte, pero no veo otra opción… pórtate bien como ayer. Cuídate y sé cuidadosa. ¿Estás segura de que tu madre te deja hacer esto, quedarte sola? ¿Estás segura de que vas a estar bien?

–Ya casi cumplo catorce, lo sabes.

–¿Segura que no te importa?

–¡Papá! ¡Por favor! –volteo los ojos.

–Cierra la puerta si sales, y… Supongo que puedes ir a la playa, pero solo si vas con Begonia o Naldo. Pero quédate cerca de la torre de salvavidas. Y no nades a menos de que el salvavidas esté ahí. Y no te alejes del portón del campamento, jamás –dice con su voz de

soy un papá serio y responsable–. Habla con Naldo o con Begonia si necesitas algo, lo que sea.

–¡No soy una bebé! Sé lo que tengo que hacer. ¡Voy a estar bien! –lo golpeo con el pie.

Cuenta unos billetes y los pone sobre la mesita.

Amo mucho a mi papá, pero siendo sincera, suspiro de alivio cuando escucho la camioneta alejarse. Porque también amo, amo, amo estar completamente sola. El bendito y tranquilo alivio se extiende dentro de mí cuando finalmente me dejan sola, para ser yo, conmigo misma.

No me malinterpreten: me gusta la gente. Pero sus pláticas, acciones, deseos, órdenes, peticiones, mensajes y complicadas necesidades llenan mi cabeza con una avalancha que me es muy, muy complicada de asimilar. Es como cuando una canción de la radio que amas suena, y empieza bien, pero luego se vuelve un ruido de estática, y tienes que esforzarte más y más para captar todos los fragmentos, para seguir el ritmo. Es muy cansado y frustrante.

¿Y cuando finalmente te das por vencido y apagas esa estática y frustrante canción?

¡Ahhhhh! ¡Qué alivio da el silencio! A pesar de que ames la canción.

Pues así se siente. A veces necesitas apagar la radio.

Preparo otra rebanada de pan tostado con mantequilla, esparciendo la mermelada muy uniformemente, quitando los trozos de mermelada para que parezca un brillante espejo de color rojo sobre mi pan. ¡Deliciosa comida! Luego me estiro en la litera de mi papá y abro la ventana para que entre la brisa. ¡Delicioso aire! Y continúo leyendo *Jane Eyre*. ¡Deliciosas palabras!

Cuando llego a la parte donde Jane dice: "¿Crees que por ser yo pobre, oscura, simple y pequeña, soy desalmada y sin corazón? ¡Estás equivocado! ¡Tengo tanta alma como tú, y un corazón tan lleno como el tuyo!", se me llenan los ojos de lágrimas. Abrazo el libro contra mi pecho y se siente como si abrazara un solecito. Quiero llorar y reír. Jane, oh, Jane Eyre, ¡tienes todo mi apoyo!

Continué perdiéndome en el mundo de Jane, hasta que repentinamente escucho un golpe en la puerta y la mansión del señor Rochester desaparece. Me paro y veo por la ventana: ¡es Begonia! Trae puesto un bikini verde y shorts de mezclilla rotos, sus brillosos y perfectos rizos sujetos en una cola de caballo. Todos sus anillos plateados, collares y perforaciones brillan con su piel morena bajo la luz del sol. Sus manos están en su espalda, como si ocultara algo.

Abro de golpe la chirriante malla de la puerta.

–¡Hola, Maudie!

¡Esta vez dijo bien mi nombre!

–Vengo a verte porque me lo pidió tu papá. Y… tengo algo para ti –de atrás de su espalda, saca un traje de baño. Un traje de baño color naranja brillante, de una sola pieza. Lo sostiene de los tirantes y hace un pequeño acto de títeres frente a mí–. Ha estado en la caja de objetos perdidos por años. ¡Apuesto a que te queda! ¿Quieres ponértelo y venir a nadar conmigo? Te presentaré a mi hermano, Max, él es el salvavidas de esta mañana.

¡El traje de baño me queda! Bueno, más o menos. Los tirantes están flojos, porque no tengo el pecho para llenarlo de arriba. Pero Begonia toma de su muñeca una liga para el cabello y la usa para juntar los tirantes y ajustarlos por detrás.

Sus cálidos dedos acarician la piel de mis omóplatos; se siente reconfortante, como algo que una hermana mayor haría por ti.

Un calor que pica y que quema nos golpea mientras nos dirigimos al sendero, luego bajamos las escaleras de madera del acantilado. Pero una brisa fresca nos recibe en la playa. Hay sábanas y sillas de playa y familias regadas por aquí y por allá en la arena. Fuera del agua, al fondo, hay una flotilla de elegantes surfistas que practica sobre sus tablas. Me pregunto si Etta es uno de ellos. Me doy cuenta, con una punzada, lo mucho que la quiero ver de nuevo y hacerle preguntas de surf.

–¡Ahí está Max! –Begonia me arrastra hacia la torre de salvavidas. Miro hacia arriba y veo un par de piernas morenas, flacuchas y peludas colgando de la orilla. Miro más arriba y veo una melena familiar, sonrisa grande y blanca. ¡Oh! ¡Max es el patinador que casi me tira!

–Él es mi hermano –dice Begonia–. Max, ella es Maudie, la hija del mejor amigo del tío Naldo. Así que es como de la familia. Ahora, Maudie, si vienes a la playa sola, primero debes reportarte con Max. Él estará especialmente al pendiente de ti. Así que, si tienes problemas, o cualquier cosa, dile a Max. ¿Okey?

Begonia explica todo esto lenta y delicadamente, como si no habláramos el mismo idioma. ¡Me molesta un poco! ¡No soy estúpida! Pero debo admitir que… funciona. Cuando la gente habla solo un poquito más lento, es cuando puedo captar cada palabra.

–Gusto en conocerte, Maudie –dice Max, hablando también ligeramente más lento–. ¡Tu papá nos contó cosas geniales de ti! Y que eres muy buena nadadora. ¡Qué bien!

Supongo que por "cosas geniales", Max se refiere a que mi papá les dio pistas sobre mi autismo y mi lenta velocidad para procesar. Mi desconexión. A veces hace que la gente actúe muy diferente conmigo. Algunas veces los hace hablarme como a un bebé, lo que es totalmente innecesario. Pero Max y Begonia lo hacen muy bien. Miro hacia arriba para hacer contacto visual con Max y para dejarle en claro que no soy simplemente una bebé.

–Gracias, Max –digo de la forma más fuerte, contundente y rápida que puedo.

–¡No hay problema! –me dice con los pulgares hacia arriba.

Ahí es cuando veo un enorme cartel de color rosado chillante pegado en la torre de salvavidas. Ahora que lo pienso, he estado viendo carteles rosados por todos lados esta mañana. Solo que no había estado poniendo atención. Pero ahora, lo leo con atención.

¡50ª EDICIÓN DE EL EVENTO DE SURF ANUAL DEL PUEBLO DE CONWY!

¡Food trucks!
¡Música!
COMPETENCIAS DE SURF
DESDE PRINCIPIANTES HASTA PROFESIONALES
¡Premio en efectivo de 1 000 dólares para TODOS LOS GANADORES!
RIFA: ¡NUEVA CASA RODANTE MARCA AIRSTREAM!
TODAS LAS GANANCIAS SERÁN DESTINADAS A LA FUNDACION PARA LA CONSERVACIÓN

DE LA PLAYA DE CONWY.

¡SALVEMOS NUESTROS OCÉANOS!
¡SALVEMOS NUESTRAS PLAYAS!

Begonia también lo lee.

–Ah, sí, El Evento de Surf –dice–. Es nuestra tradición del final del verano. Todo el pueblo viene.

–El pueblo entero y también otros pueblos. Cada año es más grande –agrega Max–. Vienen programas de televisión. A veces se aparecen surfistas profesionales con sus grandes patrocinadores y hacen pruebas. Se recauda mucho dinero para limpiar el océano, para el mantenimiento a los faroles y cosas así –mira a Begonia–. ¿Escuchaste que incrementaron el dinero del premio este año porque es el cincuenta aniversario? Hasta el premio para los principiantes es de mil dólares –sacude la cabeza–. Están locos.

Guau.

¿Qué?

¿Mil dólares el premio para los principiantes?

Se me ocurre una brillante idea:

¿Yo podría convertirme en una novata? ¿Qué tal si paso el verano aprendiendo a surfear?

En lugar de quedarme adentro de la casa rodante todo el verano, leyendo libros mientras mi papá trabaja (o busca trabajo).

Qué tal si tomo esto en serio y le pido a Etta o a alguien que me enseñe.

Porque algo, un raro sentimiento mágico dentro de mí, me dice que podría ser buena para eso.

Creo que lo puedo lograr. Soy muy buena nadadora. Me encanta el agua. Y tengo buen equilibrio. Quizá de verdad puedo aprender…

Y si aprendo, ¡podría entrar en la competencia!

Digo, claro, probablemente no gane.

Pero: ¿por qué no *intentarlo*?

¡Podría ganar mil dólares para mi papá!

Y eso no es todo:

El cartel dice que cada surfista que entre obtiene un boleto gratis para la rifa de una casa rodante nueva y de lujo.

Hay una foto. Esa cosa parece una CASA DE VERDAD.

Es un sueño loco.

Tan loco como el océano…

Pero ahora tengo un océano de razones,
para querer aprender a surfear.



15
GACELA DÉBIL

Ahora nado todos los días. Si voy a competir en El Evento de Surf, debo estar más fuerte. Además, nadar me mantiene en donde me puedo encontrar de nuevo a Etta. Etta es crucial para mi plan. Solo sé que estoy hecha para aprender a surfear por ella. Es como un raro sentimiento mágico.

Nado en paralelo a la playa, justo después del descanso, y después de cada vuelta saludo a Max que está en su torre de salvavidas. Siempre me saluda de vuelta, lo que me hace sentir menos sola.

Soy buena nadadora. Aprendí en una alberca de terapia. Alana, mi terapeuta, me enseñó. Dice que tengo cuerpo de nadadora: hombros fuertes y amplios y músculos en los brazos que quieren trabajar. Dice que tengo talento natural.

Me enseñó la técnica de dorso, mariposa y crol. Me encantaba propulsarme a través del agua. ¡Todavía me encanta! Me gusta

cómo el agua fría adormece todas las terminaciones nerviosas que normalmente arden y destellan en mi piel supersensible.

Un día, Alana le dijo a mi mamá que me estaba convirtiendo en una gran nadadora. Así que, cuando llegamos a casa, mi mamá le presumió a Ron.

–Escucha esto: la terapeuta de Maudie dice que tiene talento natural en el agua. ¡Creo que finalmente encontramos algo para lo que esta niña es buena!

–Ah, ¿sí? –Ron me miró pensativo, como con curiosidad.

El sábado, en el desayuno, Ron le dijo a mi mamá:

–Las voy a llevar a la alberca del pueblo. Veamos qué tan buena es realmente –mamá tenía una gran sonrisa brillante en el rostro, porque siempre le pedía a Ron hacer actividades familiares como esta.

Yo también estaba emocionada. Nunca había estado en la alberca del pueblo. Ni siquiera estaba segura de qué era eso. Pero mi mamá se veía feliz, Ron estaba de buen humor, e involucraba nadar, así que, sí.

Paramos en un estacionamiento lleno y bajamos nuestras bolsas. Podía ver el área de la alberca a través de una cerca de malla. Hacía mucho calor y el lugar estaba a reventar. Había gritos, salpicaduras y colores, gente caminando, niños riendo y salvavidas sonando sus silbatos. Ruido y acción, en cada metro cuadrado había gente gritando, chillando, riendo y salpicando. Incluso desde el estacionamiento podía oler el cloro, las salchichas y el aroma del protector solar.

Eran muchos estímulos sensoriales. Percibía cada detalle, desde las gotas de agua en la espalda peluda de alguien, el rugido del

avión en el cielo sobre nosotros, el olor a coco del protector solar hasta cada palabra que salía de todas las bocas de toda la gente al mismo tiempo.

Seguido escucho, veo, huelo las cosas que pasan, todo al mismo tiempo.

Es demasiado para procesar. Literalmente estaba aturdida y confundida, y con una sobrecarga de sensaciones desde el momento en que llegué a los casilleros.

Me cambié en una esquina, mis pies descalzos se retorcían en el frío y húmedo piso de cemento. Aguanté la respiración a causa del ataque de olores de desodorantes en aerosol y moho. Los chillidos de los niños más pequeños resonaban en las paredes de concreto. Cómo deseé haberme puesto el traje de baño en casa, ¡como lo hizo mamá!

Afuera, en la brillante luz del sol, mamá y Ron esperaban.

–¡Aquí viene! –Ron me tomó del hombro–. ¡Oye! –le gritó violentamente a alguien que no pude ver–. ¡Aquí tienes a otra candidata! –me empujó frente a un grupo de niños.

–¡Buena suerte, cariño! –dijo mamá, con un ademán alegre.

–Espera, ¿qué? –estaba confundida. Adultos con camisas rojas y portapapeles nos guiaban por el concreto caliente hacia el otro lado de la alberca, donde estaban los separadores de carriles.

–¡Son pruebas! ¡Solo son pruebas! ¡Haz lo que te dicen! –gritó mamá.

¿Qué clase de pruebas? Me preguntaba. ¿Exactamente para qué? Tres entrenadores con camisas rojas anotaron nuestros nombres y nos acomodaron por edades. Le pregunté en voz baja a un niño a mi lado:

–¿Por qué hacen esto? –el niño rio, como si yo estuviera haciendo una broma sarcástica. Pero no era así. No tenía mucha información sobre lo que estaba pasando, y quería saber. Necesito saber un montón de cosas para prepararme. Prepararme es muy importante para mí.

En el otro extremo de la alberca, otro entrenador con camisa roja vociferaba instrucciones. ¿Nadar tres vueltas de qué? Espera: ¿era distancia o vueltas?

Antes de que pudiera procesarlo, un silbato chilló en mi oído y alguien gritó que era mi turno. Y como no me moví, me empujó hacia una pequeña plataforma, y luego gritó:

–¡Vamos! ¡Aviéntate!

Me lancé. Inmediatamente estaba chapoteando y tosiendo mientras me dirigía a un carril de la alberca. La gente en las gradas estaba gritando cosas. Mis brazos fallaron aún más por el pánico que por otra cosa y tragué tanta agua que pensé que me iba a ahogar. En un punto me aferré a un flotador de un separador de carriles, a mitad del camino, hasta que un entrenador sonó su silbato y me gritó que lo soltara y siguiera nadando. Pensándolo de nuevo, fue un poco patético pero chistoso. Pero en ese momento, estaba muy asustada.

Después de que terminó, todos los niños nos paramos en la orilla de la alberca, envueltos en nuestras toallas, titiritando mientras un entrenador leía una lista de nombres.

No leyó el mío. Pero después supe para qué eran estas "pruebas". De alguna manera no vi el enorme cartel en la entrada de los casilleros: PRUEBAS PARA EL EQUIPO MUNICIPAL DE NATACIÓN HOY.

Mamá llevaba puestos sus grandes lentes de sol, así que no pude saber por sus ojos qué tan decepcionada estaba de mí. Pero el rosto de Ron era fácil de descifrar.

–¡Qué nadadora! –le resopló a mamá–. ¡Apenas si pudo cruzar la alberca! ¡Los otros niños se la comieron viva!

–No entiendo –murmuró mamá–. Alana me dijo que Maudie nadaba muy bien.

–Quizá lo hace bien para ser Maudie –respondió él–. Pero no cuando la pones frente los niños normales.

Un par de noches después, estábamos viendo un documental sobre naturaleza. Mamá hizo palomitas, y ella y Ron estaban en el sillón, acurrucados. Yo estaba estirada en la alfombra frente a ellos mientras veíamos a los leones perseguir una manada de gacelas en el cauce de un río.

Ron le dio un codazo a mamá y se empezó a reír.

–Oye, me acabo de dar cuenta. ¿Sabes a qué se parece nuestra pequeña Maudie? –apuntó hacia la televisión–. Es como esa pequeña y tierna gacela de ahí. Esa al final de la manada, a punto de ser atrapada por los leones. ¡Es nuestra débil gacela!

Mamá sonrió e intentó reírse un poco. Creo que hasta yo me reí también. Ron estaba de buen humor y bromeando, lo cual era razón suficiente para reírse con él. Le seguí el juego, sin importar lo raro que era lo que acababa de decir. Cuando Ron estaba de buen humor y riendo, ese sentimiento de ansiedad dentro de mí se relajaba un poco.

Además, no estaba equivocado.

Una gacela débil es exactamente como me siento, viviendo con mi mamá y Ron.

La última de la manada.

Una presa.



16
DESEOS FALLIDOS

Ahora todas las mañanas, papá se para frente a una gran tienda local de herramientas, esperando a que algún contratista pase y lo contrate para ayudar en algún trabajo.

No es el único que hace esto. Hay todo un grupo de hombres ahí parados con aspecto triste, esperando, esperanzados. Dice que no hablan mucho.

Un par de veces ha funcionado y ha conseguido una paga. Y ha traído a casa una bolsa llena de provisiones.

Pero vivimos al día, dice, apretándonos el cinturón. No tengo un cinturón, pero entiendo a qué se refiere. Compramos cereales baratos. Usamos lo menos posible de mantequilla de cacahuate en nuestro pan del día anterior que compramos del estante de rebajas al fondo del supermercado.

Pero no me importa. Desearía que a mi papá no le afectara tanto porque de verdad está bien. La comida solo es combustible.

¿Qué importa si es algo un poco viejo del estante de rebajas del día anterior, mientras puedas seguir adelante?

Combustible es lo que necesito porque todas las mañanas después de que mi papá se va, me pongo mi nuevo traje de baño naranja y bajo corriendo las escaleras de la playa. Saludo tímidamente a Max, que está ocupado vigilando la orilla, descansando o platicando con todas las chicas que se amontonan en su torre de salvavidas para coquetear con él. Con las manos en la cadera, burlándose, bromeando, moviendo su cabello y haciendo círculos con los dedos de sus pies en la arena.

Les volteo los ojos. Pero cuando estoy sola, intento copiar sus movimientos femeninos. Pongo mi mano en la cintura, finjo una gran sonrisa, intento mover mi cabello. Pero solo me siento estúpida y falsa. Esa nunca seré yo. Coquetear no va conmigo.

Una parvada de frailecillos se desliza por la arena mojada frente a mis pies, una rápida y fluida ola de aves. Las olas de agua extrañamente tienen prisa hoy, desenvolviéndose y colapsando al llegar a la orilla. Algunas son de un verde brilloso, sus crestas espumosas son tan delgadas que puedes ver a través de ellas. Algunas son sólidos muros de agua, empujando la playa como si fueran un músculo.

Me gusta ver las olas.

También he estado nadando mucho. Siento que mis hombros y brazos son cada vez más fuertes.

Pero hoy, ahora, mi meta es otra.

Después de una semana de estar buscándola, encontré a Etta.

Sus rastas plateadas destellan en contraste con su traje negro de neopreno.

Está montando una de esas poderosas olas, tallando pequeñas curvas de arriba abajo, bailando su ballet en el mar. Las gaviotas graznan y vuelan en círculos. Los pelícanos pasan cerca de ella deslizándose en una sola fila.

Levanto mi brazo. ¿Me puede ver? ¿Alcanza a ver que soy yo, Maudie? ¿Se dará cuenta de que ya estoy lista? Lista para decir SÍ, por si acaso ella de nuevo dice: "Ten mi tabla, ¿te subes?".

Me adentro más profundo. Mi papá me enseñó a arrastrar los pies en la arena para que cualquier raya que se encuentre en el fondo tenga oportunidad de alejarse y evitarme. "No quieren molestarnos si nosotros no las molestamos", dice. Al principio, tenía miedo solo de pensar en las rayas en el agua cerca de mí. Pero ahora estoy acostumbrada a arrastrarme.

–Tengo derecho a estar en el agua también, señora Raya –susurro–. Vamos a estar tranquilas, ¿okey? ¡Vengo en paz!

Cuando el agua me llega a la cadera, Etta acaba de terminar de montar las olas. Se baja no muy lejos de mí con mucha gracia. Levanto el brazo haciendo un saludo tímido. Un tímido hola entre las olas. Ella me ve. Me grita.

–Eres la niña del otro día, ¿no?

Parte de mi quiere salir escabulléndose como un rayo en una nube de polvo, pero en vez de eso recuerdo mi meta: la competencia de surf. Mil dólares. Aprender a surfear. Necesito surfear.

–Correcto. Hola. Quería pre-pre-preguntarte –tartamudeo–. Quiero aprender a hacer eso. A surfear como tú –siento la sinceridad de las palabras quemándome, incendiándome. Mi cara está caliente. Mi corazón late como si estuviera atrapado en mi pecho.

Etta sonríe. Pone sus fuertes manos morenas sobre su blanca tabla larga y la guía en el agua hacia mí. Las olas la golpean y traslapan. Tiene una línea negra a lo largo y una estampa de calavera en la punta.

–Entonces súbete, pequeña –dice–. Inténtalo.

De repente me encuentro atrapada en turbias nubes de dudas. ¡No creí que fuera tan sencillo! Tal vez solo me está poniendo a prueba. Tal vez quite la tabla en el último momento, como el balón de Charlie Brown. ¿Por qué querría ayudar a un extraño, a una niña rara como yo?

–¡Vamos! –insiste Etta.

Mi cuerpo está congelado como una estatua. *Demasiado y muy rápido.*

Etta suspira.

–Vaya, eres un tímido pajarillo, ¿no? ¿Cómo te llamas?

–Maudie –susurro.

–Eres como uno de esos frailecillos, corriendo hasta el borde y luego huyendo de nuevo.

Asiento, no está equivocada.

–Tal vez la próxima vez, ¿no? ¡Nos vemos! –dice.

Y luego se va, remando.

Agh. Solo: agh. Estoy tan molesta que me doy de golpes en la cabeza.

Quiero decirle que lo siento. Explicarle que soy una niña con fallas.

Deseos profundos, pero a veces tengo fallas. No puedo evitar las fallas.

Y ahora las palabras de vergüenza regresan. Se amontonan dentro de mi cerebro mientras veo a Etta alejarse. Escucho las palabras de vergüenza con la voz de mamá. La voz de Ron. La voz de la señora Jills. Mi propia voz.

incapaz
más discapacitada de lo que cree
ridícula
invisiblemente incapacitada
lenta
incapaz de procesar

muy sensible

errática

no puede salir de su pequeño mundo

Agh.
Solo:
agh.



17
HISTORIA FAMILIAR

Mi papá me da su teléfono.

–Hora de tu reporte semanal con tu mamá.

Mi estómago se retuerce, pero debo hacerlo. Cada semana. Una vez a la semana, dice mi papá.

–¡Hola, dulce osita! ¿Cómo estás?

Habla con su voz amigable, cálida, educada. La misma de sus videos. Me trago muchas cosas para poder contestar.

–Bien.

–¿Tu padre te trata bien?

–Sí.

–¿Estás comiendo bien?

–Sí –(algo así).

–¿Estás bien mentalmente, cariño? Porque ¡qué pesadilla por la que pasaste! ¿No has tenido esos horribles berrinches o crisis o nada de lo que tengamos que preocuparnos?

–No he tenido uno de esos desde que tenía diez años.

–Lo sé, lo sé, pero tu padre te hizo pasar por un momento muy complicado, ¿no?

Una ola de enojo se eleva. Quiero decirle: "¡No es culpa de papá!", pero todo lo que digo es:

–Estoy bien.

Su voz se relaja.

–Bueno, esas son excelentes noticias. Y, cariño, te quiero contar sobre el crucero en el que estamos. ¡Me muero de lo fabuloso que es! ¡No *creerías* tantos lujos! ¡Apenas nos trajeron champaña a la habitación! ¡Tenemos un balcón con vista hacia la alberca!

Suspiro de alivio. Me gusta cuando se deja llevar y se pone animosa, como la champaña de la que está hablando.

Sigue hablando y hablando sobre su primer día en el barco. De las tres diferentes albercas, los dos enormes comedores, los bufés de todo lo que puedas comer, los espectáculos, conciertos y bailes nocturnos, el lindo camarote. La escucho hasta que pide hablar de nuevo con papá.

Él se voltea y murmura unas cosas que apenas puedo distinguir:

–No, no, ella está muy bien. No, ninguna crisis. Ningún problema sensorial. ¿Verdad, Maudie?

Asiento, pero me siento nerviosa. Odio cuando discuten por mí como si fuera una especie de caso médico.

–Maudie preparó los más deliciosos huevos revueltos –dice mi papá con un guiño–. Y de hecho está muy bien aquí. Fue una muy buena idea regresar. ¡Le encanta la playa!

Escucho sonidos aún más fuertes y de preocupación en el teléfono y veo que la espalda de mi papá está tensa.

–No, no, es seguro. Conocemos al salvavidas, Max, él tiene el ojo de tigre puesto en ella. Está *bajo supervisión*. No. Sí. La he visto nadar, es una buena nadadora. De hecho, es talentosa, ¡deberías buscar la forma de que se una al equipo de natación cuando regrese a Texas! Si ella quiere. ¿Verdad, Maudie?

Frunzo el ceño y me doy la vuelta. No quiero pensar en Texas.

–No estoy *siendo irresponsable*. La estoy cuidando bien.

Más sonidos fuertes de mi mamá.

Agh. Aquí vamos. Los hombros de papá están cada vez más cerca de sus orejas, y su casi siempre gentil voz se pone más densa, más tensa.

–*Por supuesto* que lo tomo en serio…

No lo soporto. Me escabullo fuera de la casa rodante.

Camino por el campamento hasta ver a Naldo. Está de rodillas, cambiando un pasamanos del sendero cerca del acantilado.

–Hola, Maudie, ¿cómo estás? –dice con la boca llena de clavos–. ¿Me pasarías esa caja de brocas, por favor?

Me sé el nombre de cada herramienta y pieza porque mi papá es carpintero. Le paso lo que necesita y luego me tapo las orejas mientras usa un chillante y agudo taladro inalámbrico para fijar un barrote en el barandal. La madera nueva es de un color blanco amarillento brillante. Desentona terriblemente del resto de los barrotes grises y desgastados a su alrededor.

Desentonar y verse raro: es algo con lo que me puedo identificar.

Naldo se seca el sudor de la frente.

–¿Cómo va todo?

–No muy bien, mi mamá está en el teléfono, gritándole a mi papá –miro mis pies y hago líneas en la arena con la punta de mi sandalia.

Naldo suelta una risita.

–Algunas cosas nunca cambian –Naldo arranca el siguiente pedazo agrietado y podrido del barandal con un gruñido–. Pero que ese par no se lleve bien no es tu culpa, niña. Tampoco significa que no te amen a su manera.

Desearía poder creer eso. Pero alcanzo a escuchar mi nombre en medio de cada discusión que tienen. Discuten por los resultados de mis terapias. Discuten por qué tan serios son mis problemas. Discuten por ver quién paga qué cosa.

–Podrías pasarme ese desarmador de cruz, ¿por favor?

Es fácil estar con Naldo y hablar con él. Es tan relajado que me siento cómoda a su lado. Por eso, me animo a preguntarle:

–¿Naldo? ¿Siempre fueron así? ¿Cómo eran mi mamá y mi papá en la preparatoria?

Se ríe ruidosamente.

–¿Tu papá nunca te cuenta esas viejas historias?

–La verdad, no.

Lo piensa por un momento.

–Bueno, no soy ningún chismoso. Pero supongo que hay *algunas cosas* que podría compartir –se limpia la frente de nuevo y se recarga en el poste–. Sabes que tu mamá solo vivió aquí por un año durante la preparatoria. Después, su familia se mudó a Texas. Pero para ella y tu papá, supongo que fue algo así como uno de esos amores a primera vista. Él era un sucio patinador punk, un gran tipo, pero no un gran estudiante. Ella era, pues, elegante. Una pareja

dispareja, por decirlo así. Pero hicieron que funcionara por un corto instante –Naldo gruñe.

–Cuando tu mamá supo que te tendría, fue cuando sus padres se la llevaron a Texas. ¡Estaban furiosos! Imagínate, en ese momento tu papá no sabía. Ella no le dijo que iba a ser padre ni nada. No inmediatamente, al menos.

Esta es la parte que a mi papá no le gusta contarme.

–¿Y cómo se enteró? –pregunto.

–Él estaba ocupado aquí, cuidando a tu abuela Carmen, quien estaba enferma en ese entonces. Y un día tu madre llamó. Dijo que se había independizado de sus padres y que se había ido contigo, pero fue muy difícil. Creo que ella estaba aquí en un albergue o algo así. Como sea, ella necesitaba ayuda –dijo Naldo estremeciéndose.

»¿Y sus padres? Muy estrictos. Muy enojados –continúa mientras se frota la frente y suspira–. Tu papá me contó que nunca los vio reírse.

–Bueno, yo nunca los vi, *punto* —digo—. Cuando le pregunto a mi mamá sobre ellos, dice que cada quien se fue por su cuenta. Y eso es todo.

–Sí, qué mal por ti, chica –dice Naldo–. Te habría agradado tu abuela Carmen. Tu padre cuidó de ella él solo hasta que tristemente ella falleció de cáncer. Luego se fue de Conwy para conocerte en Texas. Se fue de aquí con casi nada a su nombre. Encontró a tu mamá, te encontró a ti recién nacida, encontró un empleo, y tus padres se casaron en Houston. Intentaron que funcionara, pero eran muy jóvenes, Maudie. ¡Eran apenas unos adolescentes!

Naldo martillea un clavo, muy fuerte.

–Eran demasiado jóvenes, era demasiada presión y no tenían ayuda. Y para ser sincero, nunca se llevaron muy bien, incluso estando juntos. Pero hay algo que es seguro, niña, y nunca lo dudes: ¡los dos *te aman* mucho! Y hacen lo mejor que pueden por ti.

Hago un gesto.

–Solo doy problemas. Soy la razón por la que pelean.

–No, chica. ¿Quién te dijo eso? –los ojos de Naldo se entrecierran.

Encojo un hombro y golpeo mis dientes entre ellos un par de veces. *¿Quién te dijo eso? ¿Quién te dijo eso?*

–Solo lo sé –digo.

Y corro de vuelta a la casa rodante.

Todo lo que me acaba de decir Naldo ya lo sabía, más o menos. Lo iba armando por partes con cosas que se le escapaban a mi mamá. Pero al escucharlo todo de esa manera, en forma de historia, escuchar la triste verdad, hace que los sentimientos y pensamientos se retuerzan dentro de mi cabeza como gusanos.

¿Por qué hay tantas peleas horribles en mi familia? Los abuelos que nunca conocí porque estaban en desacuerdo con que mi mamá estuviera embarazada. Y desaprobaban a mi papá.

Mis padres separados por las peleas.

Y ahora, mi mamá y Ron.

Pero no quiero pensar en eso.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué la gente no puede tratarse *decentemente*?



18
OLAS Y DUDAS

¿Alguna vez han visto una película o un programa de televisión donde alguien es mágicamente invisible, pero luego algo, un líquido o así, les cae encima y se revela su silueta, y voltean a ver sus brazos y piernas consternados por ver su cuerpo revelado?

Más o menos así me siento cuando me meto al agua. ¡En el agua, mi cuerpo aparece! Y sabe exactamente qué hacer: nadar. Fuerte. Fui hecha para moverme en el agua. Soy una nadadora, una buena nadadora. ¡Me encanta moverme, moverme, moverme!

Pero por mucho que me guste nadar, ya no es suficiente.

No puedo dejar de ver a los surfistas.

Quiero ser uno de ellos.

Así que voy a armarme de valor y preguntarle a Etta, otra vez. Pero debo hacerlo pronto. Porque la fecha de El Evento de Surf solía sentirse como una boya flotando en el horizonte. Pero ahora se siente como si flotara cada vez más cerca.

¡Y Etta está aquí hoy! Me ve, nadando de un lado a otro. La saludo, y me grita:

–¡Hola! ¡Siempre estás nadando! ¡Tú y tu traje de baño naranja, como un pececito garibaldi!

No sé qué sea un garibaldi. Pero estoy orgullosa y contenta de que me haya visto. Me hace sentir que pertenezco aquí con ella en el agua.

Ruego en silencio por que me invite de nuevo a surfear.

Pero no lo hace.

Quizá deba encontrar la forma de atreverme.

Tal vez necesito ir *hacia ella* y *pedirle lo que quiero*.

Okey, okey, lo haré, le diré yo misma.

Quizá…

Mañana.



19
COFRE DEL TESORO

Cuando cumplí diez años, mi papá me regaló un pequeño y hermoso cofre del tesoro. Ya no existe, estaba en la cabaña. Pero era de cerezo lijado finamente con mis iniciales, MGM, por Maude Grace McGinn, grabadas en la tapa.

Esto es lo que guardaba dentro:

una bellota que un cuervo dejó en el alfeizar de mi ventana

un ratón de madera que una vez mi papá talló para mí

un trozo de franela azul arrancado de la playera favorita de papá

un anillo escarlata y plateado que pertenecía a la abuela Carmen

un brazalete de la amistad rosado de Yungmi, mi mejor amiga que se cambió de escuela en el segundo grado

y una vela mágica de los deseos.

Eso es lo que decía en la etiqueta: "Vela mágica de los deseos".

Me encantaba.

La guardé por mucho tiempo. Para el momento adecuado.

Pensé que de verdad era mágica.

Vino de un elegante salón de belleza en el que mi mamá trabajaba, arreglando el maquillaje de la gente, uñas y otras cosas. El salón de belleza tenía una sección de regalos y en verdad era muy caro, pero la cera estaba llena de polvo y golpeada, así que la dejaron llevársela a casa. ¡Y me la dio a mí!

Solo en caso de que sí tuviera poderes, decidí que la guardaría para un momento especial cuando de verdad, *de verdad*, necesitara un deseo.

Luego de que mi mamá se casara con Ron, supe cuál era el deseo que tenía que pedir.



20
LA ENERGÍA FLUYE

Terminé de leer *Jane Eyre* y el siguiente libro que tomé del estante gratuito fue *¡Aprende a surfear!*

Esto es lo que dice en la introducción de *¡Aprende a surfear!*: "Debes saber cuándo aprovechar el momento. Aprovecha tu ola. Aprovecha el día".

Etta está montando hoy una tabla corta y azul que es fácil de identificar entre la gente. Cuando llega su turno, una alargada ola a la altura de la cadera se asoma detrás de ella y Etta está en la posición perfecta. Ejecuta una serie de rápidas y pronunciadas vueltas, salpicando la translúcida cresta de la ola directamente hacia la luz del sol. Creo que el libro decía que esas vueltas se llaman reducciones o recortes, o algo así.

Es pura alegría y magia verla.

Y después de un rato, cuando Etta se está acercando, sé que es hora de aprovechar el momento.

La meta que quiero, y el deseo de surfear, no va a venir sola a mí.

Tengo que superarme a mí misma y hacer que suceda.

Así que nado hacia Etta.

Sus ojos verdes se deslizan de nuevo hacia mí.

–Hola, chica Garibaldi –me dice.

No tengo ni idea de lo que eso signifique. Pero dejo que mis palabras, las que había practicado, salgan firmes y fuertes.

–De verdad quiero aprender. Lamento haber sido tímida antes. Ahora estoy lista. No tengo dinero para pagarte, pero…

No sé qué más decir. Me mantengo a flote y espero. Tiemblo y trago saliva. Estoy segura de que ya vienen las palabras de vergüenza, flotando como burbujas de caricatura sobre mi cabeza:

molesta

ridícula

un dolor de cabeza

estoy haciéndola perder su tiempo

Pero también flotan unas cuantas palabras buenas:

esperanza

ambición

deseo de trabajar por ello

Mientras floto en el agua y en mi montón de palabras, Etta flota su tabla hacia acá. Se baja de ella y me la ofrece.

–Súbete, Garibaldi –dice tranquilamente.

Me subo.

Me sacudo las palabras de vergüenza como gotas de suciedad. Y me subo.

Las olas golpean y golpetean debajo de la tabla. Haciendo que tiemble y haciendo sonidos huecos. Sí, puedo con este sentimiento de mareo flotante.

–La superficie es pegajosa por la cera. Es para ayudarle a tus pies a que se peguen cuando te pares –dice–. Pero no te pares. Solo acuéstate sobre tu estómago y siéntelo. Yo te voy a guiar. El agua está un poco agitada hoy. Okey, solo deslízate hacia arriba un poco. Perfecto. Ya lo tienes.

Me gusta su voz grave y rasposa. Como agua sobre rocas.

Coloco las manos debajo de mi barbilla y miro directamente al otro lado del agua. Ya no soy tímida. Ya no estoy asustada. No. Yo… *amo* esto. ¡Nunca me había sentido tan viva! ¡Quiero remar para seguir, seguir y seguir! Mi corazón estalla y mi cuerpo entero se llena de chispazos.

–Ahora despega un poco tu pecho y hombros de la tabla, como si hicieras el arco de una cobra. Eso es. Ojos siempre al frente. Recuerda que, tanto en el surf como en la vida, hacia donde va la mirada, fluye la energía.

Hacia donde va la mirada, fluye la energía.

Levanto la mirada, me arqueo hacia arriba hasta que los músculos de mi columna se sienten tensos y fuertes. Remo hacia adelante a través de las olas, deslizándome y tambaleándome. La punta de la tabla se hunde un poco y trago un poco de agua de mar, la escupo. Estoy bien, estoy bien.

–Usa tu tronco. Haz una cuenca con tus manos –Etta hace una demostración del movimiento–. En algún punto, vas a ser suficientemente buena para sumergirte en las enormes olas.

Voy a ser lo suficientemente buena. En algún punto, seré lo suficientemente buena.

Etta lo dijo y lo seré. Sé que puedo. Lo haré.

Los músculos de mis hombros y mi espalda están despertando.

Me dicen que les encanta remar.

–¡Los codos un poco más hacia afuera! –dice Etta–. ¡Tienes talento natural!

Ella nada a mi lado con una mano en la tabla, y de repente estamos más lejos de lo que jamás había estado. Veo cintas de algas cafés flotando debajo. Un destello de un naranja brillante me hace gritar y señalar.

–¿Qué es eso?

–Bueno, por el amor de Dios, ¿estás diciendo que nunca habías visto uno? –señala otro destello naranja–. ¡Son del mismo color de tu traje de baño! El garibaldi es nuestro pez estatal. Les gustan los lechos de algas.

¡Así que *por eso* me llama Garibaldi!

–A los tiburones leopardo también les gustan los lechos de algas. ¿Lo ves?

Mis ojos se abren grandes. Me apresuro a levantar las piernas.

–¡Son inofensivos! –se ríe–. Son como peces gato gigantes.

El tiburón leopardo es de color amarillo lodoso con manchas cafés. Tiene el tamaño de un bate de beisbol. Está justo debajo de nosotras, pero no nos presta atención en lo absoluto. Solo deambula a su paso.

–Muy bien –digo, respirando de nuevo–. No es tan aterrador.

Etta sonríe y dice:

–Muchas de las cosas en este mundo en realidad *no son tan aterradoras* si te tomas el tiempo para verlas con cuidado.

Espero que tenga razón. Pero mi corazón todavía late con fuerza porque me imagino todos los misterios que nadan debajo de nosotras. Y debo remar mucho, salir de mis profundidades, para poder sentir toda la verdad de sus palabras.

–Sabes –dice Etta mientras nos regresamos–, si de verdad quieres aprender a surfear, consigue una tabla. Estoy aquí casi todos los días en verano.

Mi corazón se acelera.

–¿Lo dices en serio?

–Claro –dice con su voz rasposa–. Consigue una tabla. Algo barato, pero decente para principiantes. Y cuando pueda, te enseño.

Esa noche cenaba chili enlatado con mi papá y apenas si pronunciaba una palabra. Pero, por dentro, mi corazón estalla acelerado de felicidad. ¡Quiero decirle que hoy aprendí cómo remar en una tabla de surf! ¡Yo! Y que tengo una maestra. Ojalá pudiera encontrar una tabla barata.

Pero de ninguna manera le puedo pedir a mi papá algo así. Además, todavía no quiero que se entere de mis planes. Lo quiero sorprender en El Evento de Surf. Naldo dijo que mi papá casi gana en su categoría cuando tenía más o menos mi edad. Imaginen lo sorprendido que estará cuando voltee y me vea ahí en las olas, como él alguna vez lo hizo. Estaría orgulloso de mí.

¿Y quién sabe? Tal vez la fortuna me sonría y, por obra de un milagro, gane. Milagro.

Mi sueño es darle algo de dinero a mi papá.

“Solo es mi pequeña contribución a los gastos de la casa”, yo diría. O las llaves de una nueva casa rodante que me gané en la rifa. “Me gané esto, así que… ¿me puedo quedar contigo de tiempo completo?”.

Sí. Si soy sincera, ese es mi principal objetivo.

Y como Etta me enseñó hoy: a donde va la mirada, fluye la energía.



21
UNA VELA EN LA CABAÑA

¿Por qué no puedo dormir toda la noche?
¿Por qué no puedo soñar cosas buenas?
Como surfear con Etta
o de alguna forma subirme a mi propia tabla
o ser amiga de Begonia o Max o Naldo
o nadar en la playa,
¿o algo lindo como eso?

Pero no.
En vez de eso,
mi mente está atrapada
en una pesadilla de dudas.

Quizá hice… algo malo.
O tal vez no hice nada.
Todo lo que sé es que

de verdad
deseo
no estar teniendo estas pesadillas
sobre una vela mágica de los deseos.

Hacer a un lado ese pensamiento,
es lo que mi mamá diría.
Encerrarlo,
tragarlo hasta el fondo, muy profundo.

Apagar la flama de angustia de la vela mágica de los deseos
en las profundidades
del océano
de mi mente.



22
UN OCÉANO EN CADA OLA

A mi mamá le gusta pensar que mi papá no es capaz de cuidarme bien porque él es lo que ella llama "un poco lento para captar". A ella le gusta sentirse más inteligente y mejor que él. Ella *tiene que* dejarlo quedarse conmigo cada verano porque ese es el arreglo legal, pero especialmente durante las semanas antes de irme, ella habla muy mal de él. Ella siempre dice:

–Tu padre no tiene rumbo, no tiene ambición. Solo se queda donde lo pongas, como un trozo de barro.

Odio cuando mi mamá llama a papá un trozo de barro. Si eso es lo que es, entonces mi mamá es un bello trozo de vidrio: tan bonito que olvidas sus afilados y punzantes bordes.

Prefiero ser barro, como mi papá, porque si eres barro, puedes moldearte y adaptarte a lo nuevo.

Y eso es lo que siempre hago. Moldearme a mí misma a uno u otro tipo de niña. Me adapto. A los profesores, a mi mamá, a la señora Jills, a Ron, a los otros niños de la escuela… Me esfuerzo

mucho por ser la Maudie correcta para cada situación, para cada cosa.

Siempre me he sentido un poco avergonzada por eso, pero quizá es también una habilidad. Moldearme en vez de hacerme añicos.

Así que sí, puede que haya diferentes versiones de mí para diferentes momentos y diferentes personas, pero todas están hechas del *mismo barro*.

Así como cada ola es diferente, pero hecha de la misma agua.

Quizá a eso se refiere Etta cuando dice que el océano entero se renueva en cada ola.



23
EL PROBLEMA CON LOS DESEOS MÁGICOS

Mi papá está pegado a su teléfono, viendo las noticias en la diminuta pantalla.

"El ahora llamado Complejo de Incendios de Molinas se ha convertido en el incendio más grande en la historia de California", dice. Lo leo por arriba del hombro de papá.

En la pantalla hay un montón de escombros humeantes.

Papá está sentado en su lugar habitual: la vieja silla plegable afuera de la casa rodante cerca de la fogata vacía y ennegrecida. A veces se sienta ahí por horas, a la sombra del toldo sucio. Finge leer o desgasta ramas hasta hacerlas palillos. O mira fijamente las noticias en su teléfono.

"Los investigadores han descubierto nueva evidencia sobre el inicio del fuego", dice una voz, mientras la cámara hace un acercamiento a una sartén achicharrada. Papá frunce el ceño. Le han salido todo tipo de arrugas en la frente últimamente.

Espera.

El pánico se dispara dentro de mí como un estallido repentino. Empiezo a analizar las palabras del reportero.

–¿Acaban de decir que no han podido encontrar la causa exacta?

Papá alza la mirada, como si no supiera que yo estaba ahí.

–Ah, sí. Son expertos en localizar la fuente específica del incendio.

Me quedo muy quieta y espero que mi corazón deje de palpitar.

Mi papa me mira interesado.

–¿Estás bien, Ratón?

–Solo son… las noticias –digo mientras mis manos revolotean y revolotean.

"¿Qué haces con los secretos?", escucho la voz imaginaria de mi mamá susurrar en mi oído.

"Enciérralos".

"Trágatelos".

"Olvídalos".

"Deséchalos".

"¡No hay nada que pueda hacerse por la vela de los deseos!".

"¡Tú y tu estúpida mágica forma de pensar!".

"Ya supéralo, por favor, Maudie".

"¡Olvídalo!".



24
TERAPIA

Después de las terribles noticias sobre el incendio, tomo un paseo por la playa con papá. Casi se pone el sol y las familias están levantando sus cosas, preparándose para ir a casa. Los niños corren en la arena fresca mientras sus papás doblan las sábanas. El sol poniente es una bola de fuego de incendio forestal en el horizonte, lanzando flamas naranjas.

–Maudie, hemos pasado momentos difíciles –dice mi papá, mientras juguetea con las llaves de la casa rodante–. Es decir, trauma. Ha sido… es un trauma. Estabas muy perturbada por las imágenes de las noticias de hace rato. Lo que quiero preguntar es… bueno, ¿cómo estás? Quiero asegurarme de que estás bien. Digo, sé que el cambio es duro para ti, hasta en la normalidad –se detiene y se voltea hacia mí.

–Esta no es la normalidad –cierro los ojos apretándolos.

No le cuentes de la vela.

Papá sigue hablando.

–Mira, yo tomé terapia cuando era adolescente, después de que mi mamá murió. La terapia es muy buena. En serio. Si alguna vez sientes que necesitas alguien con quien hablar, un profesional…

–No, está bien. Estoy bien, de verdad –digo rápidamente. La terapia me hace pensar en la señora Jills, la señora de la terapia del comportamiento, a quien odio, odio, odio. Y más que otra cosa en este mundo, *quiero estar bien.*

Pone su brazo sobre mis hombros y seguimos caminando juntos. Las gaviotas graznan y dan vueltas sobre nosotros. La espuma de mar se arremolina en nuestros tobillos.

–Desearía que hubieras conocido a tu abuela Carmen –dice de repente–. A veces, cuando me miras de cierta forma, justo como ahora, la veo en tu rostro. Eres casi su viva imagen.

Me gusta saber eso.

–¿Qué hiciste, papá, después de que ella murió?

Se detiene para recoger un pequeño trozo de madera flotando.

–Pues… la familia de Naldo me adoptó de cierta forma.

–Bien hecho, Naldo –sonrío.

Papá también sonríe.

–Naldo es el mejor. Haría lo que fuera por él. Los amigos pueden ser familia. A veces pueden incluso ser mejor que la familia –sacude la arena del trozo de madera flotante. Le da vueltas–. Pero a veces, incluso teniendo un mejor amigo que te ayude, puede ser complicado mantenerse a flote.

–A menos de que sepas surfear –le digo.

El rostro de papá se ilumina. Sus ojos centellan de nuevo, azules como el agua.

–Es verdad, Maudie –me dice.



25
CRISIS

Al día siguiente, papá cuelga el teléfono y grita:

–¡SÍ! –levanta el puño en el aire–. ¡Oye, Ratón! ¡Puede que tenga una oportunidad en un buen trabajo! Es al final de la costa. ¿Quieres venir? Y vamos a cenar después. ¡Tú eliges el lugar!

¡Estoy muy emocionada por mi papá!

Trato de disfrutar el viaje, pero la radio de la camioneta está dando más reportes sobre el incendio.

–¿Te importa si…? –señalo el tablero.

Papá apaga la radio.

Me acomodo mientras nos deslizamos por toda la costa. Las playas aparecen una tras otra, regalándonos vistas de arena color beige y azul brillante. Luego nos adentramos tierra adentro.

La camioneta tiembla y rechina mientras cruzamos una subida muy pronunciada hacia un pueblo elegante. Un pueblo *muy elegante*. Lechos de flores bien cuidados, frondosas palmeras, inmaculadas banquetas y filas de lujosas tiendas.

Ah, desearía que la estúpida radio no hubiera dicho noticias sobre el incendio.

Aún estoy sudando.

Aunque papá todavía no nota nada raro en mí. Está pensando en su próxima entrevista de trabajo y está feliz.

Yo estoy pensando en la vela de los deseos.

Nos detenemos en un edificio llamado "Elegantes cocinas personalizadas de Chuck". Los gabinetes cerca de las ventanas me recuerdan a los gabinetes en el lujoso condominio de Ron.

Mi papá se acomoda el cabello en el espejo de la camioneta.

–El dueño de este lugar me encargó unas piezas personalizadas hace unos años y dice que ahora puede que tenga más trabajo para mí –papá luce nervioso–. Si tengo suerte será un trabajo estable.

–¡Buena suerte! –cruzo los dedos.

–No tardo. Lo prometo.

Mientras papá no está, me agacho en la camioneta e intento distraerme viendo a la gente. Una elegante pareja de edad avanzada caminando del brazo. Una dama muy rubia se pavonea caminando en tambaleantes tacones altos. Hay un diminuto poodle blanco asomándose desde dentro de su bolso. Dos chicas de mi edad salen riendo de una tienda de helados, y mi corazón punza. Imagino ser su amiga. Imagino que tengo alguien con quien reír. Pero no es así.

Me pongo a divagar sobre qué tipos de muebles le pedirían a mi papá. Deberían contratarlo. Es muy talentoso. Y de verdad necesitamos el dinero. Pero sé que papá a veces tiene problemas cuando intenta trabajar para alguien más. Prefiere trabajar solo porque no es muy bueno siguiendo órdenes. Su cerebro es muy

creativo. Y a veces la gente se enoja con él por seguir su propio camino o por ser muy lento o perfeccionista.

Pero si pudiera trabajar a su propio ritmo, entonces podría crear magia absoluta con la madera. Puede construir algo tan grande como una hermosa cabaña entera con detalles y grabados complejos o algo tan pequeño y simple como un diminuto y perfecto cofre del tesoro.

Ay, no.

Ahora estoy pensando en mi cofre del tesoro de nuevo.

De repente, ya no estoy en la oxidada camioneta de papá, estacionada frente a una elegante tienda.

Estoy en la cabaña, de vuelta en Molinas, la mañana del incendio.

Estoy abriendo mi pequeño cofre del tesoro,

y estoy sacando la vela de los deseos…

Intento hacer a un lado ese recuerdo,

pero no. Esto fue lo que sucedió:

saqué la vela de los deseos del cofre del tesoro y la encendí.

La flama todavía está encendida en el fondo de mi estómago.

Necesito liberar la presión,

la culpa,

la angustia.

Así que empiezo a golpear mi cabeza (ligeramente)

contra la guantera de la camioneta.

No es suficiente.

Necesito golpearme más fuerte.

Necesito

BANG

sentir
BANG
la válvula de escape
del dolor
BANG
porque
encendí esa estúpida, estúpida vela
con mi estúpido, estúpido deseo de respuestas mágicas,
y tal vez,
solo tal vez,
no la apagué.
BANG

Si dejé la vela encendida,
si yo causé el incendio
que arruinó tantas vidas,
tantos hogares,
¿cómo podré entonces
vivir
conmigo misma?
¿Cómo incluso
merezco
vivir?

–¡Maudie! ¡MAUDIE!

El rostro ansioso de papá está enmarcado por la ventana de la camioneta. Mi puerta se traba al abrirla. Su mano me presiona de vuelta a mi asiento y me aleja del tablero.

Cierro muy fuerte los ojos. Pongo mis manos sobre mi rostro. No quiero que me vean. Estoy ardiendo con palabras de vergüenza, inundada de dudas.

–Ahora respira lento, cariño. Tapa una fosa nasal, luego la otra. Respiraciones lentas y profundas.

–No… le digas… a mamá –jadeo.

–No te preocupes por eso, Ratón. Está bien, estás bien. Estás a salvo. Tu cuerpo piensa que está en peligro, pero no es así. Tu cerebro necesita *decirle* que no lo está. Que estás a salvo. Estás a salvo aquí conmigo. Ahora, ¿puedes decirme cinco cosas que veas, cuatro cosas que escuches, tres cosas que sientas…?

La voz de mi papá es tranquilizante, firme.

Cuando mamá me encuentra teniendo un ataque de pánico, no hace nada de esto. Ella solo me grita que pare. Como si pudiera prenderlo y apagarlo con un interruptor.

–Lo estás haciendo bien –dice papá–. Sigue así. Voy a conseguir una bebida fría –se apresura hacia la tienda de helado y regresa unos segundos después con una limonada gigante. Con el popote de papel le doy un trago con alivio y el líquido ácido y dulce se desliza por mi garganta. Suspiro. Se la doy de regreso a mi papá, temblorosa.

–Lo siento, de verdad lo siento.

–*Yo* soy el que lo siente, cariño. No debí haberte dejado sola en la camioneta con el calor. ¿En qué estaba pensando?

No era la camioneta. O el calor. O la espera.

–Es el incendio.

Papá hace una pausa.

–¿Quieres hablar sobre eso?

Niego con la cabeza.

Papá sonríe.

–Solía tener ataques de pánico como este –se rasca la cabeza–. Tal vez lo heredaste de mí, no lo sé. Lo siento, Maudie. Aun así, lo hiciste increíble. Respiraste muy bien. Saliste a flote, estás del otro lado. Siempre lo harás, ¿sabes? En algún punto, el pánico siempre pasa –se ríe–. Y siempre te sentirás mejor.

Mi papá inserta la llave en el contacto de la camioneta.

–Espera –alcanzo y sostengo su brazo–. No enciendas la camioneta todavía.

Tengo que decirle.

Confesión:

Le confieso el secreto de la vela a mi papá,
ahí mismo en la camioneta.
Toda esa angustia que he encerrado dentro de mí
sale a chorros.

Le cuento cómo tomé los cerillos del cajón de la cocina,
coloqué la vela mágica de los deseos en mi clóset,
contuve la respiración y la encendí.
Un olor a lavanda llenó la habitación.
Y cuando nos fuimos al restaurante de Rosie…

No estoy segura si la apagué.

¿Qué tal si siguió encendida

todo ese tiempo que estuvimos fuera?
¿Qué tal si mi estúpida velita,
mi patético deseo esperanzador,
fue lo que encendió
toda esa miseria?

Cierro los ojos.
No quiero ver a mi papá.
Ahora me va a odiar.
Sus ojos se llenarán de desprecio y decepción,
justamente como los ojos de mi mamá y los de Ron.
Porque no soy buena.
Todo lo hago mal.
No soy capaz
de ser sensible.
Arruiné la felicidad de todos y sus buenos momentos.

–Incendio provocado, así se llama, ¿no? –susurro, la garganta me quema–. ¿Eso es lo que hice?

Soy un río de lágrimas, un océano de agua salada.

Mi papá alza la mano rápidamente hacia mí y me estremezco.

Él está en shock.

Se acerca para acomodarme el pelo.

–Ratón. Maudie. Cariño –la voz de papá es un susurro dudoso–. Estás muy nerviosa. Por Dios. Escúchame.

Me toma firmemente de los hombros y me ve directo a los ojos con su resplandeciente mirada de láser azul.

Cuando se asegura de que lo estoy escuchando, esto es lo que me dice.



26
LO QUE MI PAPÁ DICE

–Hubo una tormenta eléctrica cerca de Newland Pass –dice mi papá–. Eso fue lo que ocasionó el incendio. *Los relámpagos lo ocasionaron*. Lo dijeron en las noticias. *No fuiste tú*. ¿Escuchaste?

Sigue intentando quitarme mechones de cabello de las mejillas húmedas y los acomoda detrás de mis orejas.

–También debes saber que olí la vela cuando la encendiste esa mañana, así que fui a checar tu cuarto antes de que nos fuéramos. La vela definitivamente estaba apagada. La apagaste. Aun así, planeaba hablar contigo sobre tener cuidado con las velas –esboza una sonrisa torcida–. Supongo que ya no es necesario.

Mi cara es un desastre de mocos y lágrimas.

Estoy muy aliviada, apenas y puedo mantenerme firme en el asiento de la camioneta.

¿No soy… la culpable?

¡No fui yo!

Mi papá saca su pañuelo del bolsillo y me limpia la nariz.

–No me gusta que te hayas guardado esto para ti, Maudie. Evidentemente estabas sufriendo al mantenerlo en secreto –papá frunce el ceño–. Pudiste haberme dicho. Pude haber haberte tranquilizado –acaricia mi ceja con su pulgar, algo que solía hacer cuando era pequeña–. Espero que sepas que no hay nada que no le puedas contar a tu viejo.

Lo amo por decir eso.
Pero se equivoca. Eso no es verdad.

Hay algo que no le puedo contar a papá o a nadie.
Es otro secreto, uno diferente, que siempre está quemándome por dentro.
Me quema intentar controlarlo,
me quema pensar en él.
Pero se lo prometí a mamá.
Así que debo dejar que se consuma.

Lo que mi papá olvida preguntar…

En toda nuestra plática sobre
la angustia de la vela, el miedo al fuego,
sobre toda la seguridad y preguntas y palabras amables
que mi papá me dijo después del ataque de pánico,
olvidó preguntarme una cosa muy importante,
la clave de todo, en realidad.
¿Pero y si lo hubiera hecho?
¿Y si me hubiera preguntado?:

“Maudie, ya que sentiste la necesidad de prender en secreto
una vela mágica de los deseos
debe haber un deseo muy importante.

¿Cuál era ese deseo?”.

Entonces yo lo podría haber dicho:
“Vivir contigo en la cabaña para siempre”.
Pero entonces, él habría preguntado: “¿Por qué?”.

¿Y qué le habría dicho yo?



27
CONVERSACIÓN CON EL BURRITO CALIFORNIA

¡Mi papá se enteró de que consiguió el empleo!

Esa noche, comimos en la tienda de tacos en la calle principal para celebrar. Es nuestra primera comida en un restaurante desde el día del incendio. Pido una quesadilla sencilla y una Coca y mi papá ordena un enorme burrito California rebosante de guacamole con una orden de papas a la francesa que sobresalen. No creo que las papas a la francesa tengan sentido en un burrito, pero para mi papá claro que lo tienen.

Felizmente, le da una enorme mordida.

–El primer proyecto que quieren que haga es que construya una pared de gabinetes personalizados. Con madera de maple –mastica, pasa y traga–. Puede que signifique más trabajo si les gusta.

–Les va a gustar –digo, con una sonrisa–. *Todos* aman tu trabajo – aún me estoy recuperando lentamente de la crisis. Mi pecho todavía se siente pesado y mi cerebro se siente adormecido y aturdido como

si hubiera estado bajo el agua por mucho tiempo. Pero mi respiración está bien. Estoy estable y calmada. Voy a dormir bien esta noche y, mañana, me sentiré más yo. Siempre toma un poco de tiempo.

Mi papá choca levemente mi hombro.

–Bueno, siempre me va bien cuando tengo a mi asombrosa, maravillosa, sensible, inteligente y talentosa hija cerca para alentarme.

Me cubro el rostro de vergüenza. ¿Por qué mi papá siempre me dice que soy buena?

Solo doy problemas.

Luego mi papá hace una pregunta difícil.

–Bueno, Maudie. Dime la verdad, ¿cómo van las cosas en Texas?

Ay, no. Mi corazón se acelera como un motor a toda marcha. Pero, por fuera, intento mantenerme tranquila. Me encojo de hombros.

–Bien. A secas.

¿Espera escucharme decir que quiero regresar allá? Tal vez se quiere deshacer de mí en secreto. Analizo las migajas de tortilla con queso en mi plato y balbuceo:

–Me gusta más aquí.

Asiente. Se limpia el guacamole de la barbilla. Y no dice nada más, gracias a Dios.

Pero el resto de la noche se queda callado.

Para bien o para mal.

Pero lo puse a pensar…

Sobre qué, no estoy segura.



28
INSCRIBIÉNDOME EN EL EVENTO

Llamativos carteles rosados están pegados por todos lados en el campamento. En la ventana de la tienda de abarrotes, en la puerta de la oficina de Naldo, en el enorme tablón de avisos cerca del área de juegos. El rosado es tan brillante que casi parece que destella. ¡No hay forma de ignorar el hecho de que El Evento de Surf se acerca!

Papá señala uno de los carteles en el camino de regreso.

–El viejo Evento. Siempre es divertido. ¡Deberíamos ir!

Mua, ja, ja, ja. Mi papá no tiene ni idea del plan y la conspiración que estoy armando para El Evento de Surf que tanto le gusta. Lo tengo todo resuelto. Y mañana, tan pronto como él se vaya a su primer día de trabajo en el taller de carpintería, pondré todo en marcha.

Después de que la camioneta de mi papá parte, me dirijo a la playa. Localizo a Max, que trae sus desgastados shorts rojos de

salvavidas en la plataforma de la torre diez. Ahí es donde está normalmente, observando el agua y ocasionalmente coqueteando con las chicas que se juntan alrededor de él en la arena.

–Hola, Maudie –dice.

–Hola –le entrego a Max una pequeña hoja rosa brillante de papel. La hoja tiembla porque estoy muy nerviosa.

Es mi hoja de registro.

Él le da un vistazo y dice:

–¡Ah, genial! ¡Vas a entrar a la competencia de principiantes! ¡Bien por ti, Maudie! –habla despacio y claro–. Pero, Maudie, este, ¿sabes surfear? –se rasca la nariz cubierta por el protector solar, mira sus dedos y se limpia en sus shorts.

Es una pregunta difícil. Trago fuerte.

–No exactamente. Pero aún tengo más o menos dos meses para aprender. Y quiero hacerte una pregunta.

Yo espero.

Él espera.

Es incómodo.

–¿Sí? –dice Max finalmente.

–La pregunta es: ¿podrías ayudarme a encontrar una tabla de surf para principiantes? O sea, ¿tal vez podrías ayudarme a pedir una prestada?

Me da vergüenza. ¡Mi voz es tan chillona y temblorosa!

Max frunce los labios y asiente.

–Mmm. Déjame pensarlo. Tal vez Begonia tenga una idea. Le preguntaré también. ¿Te puedo dar una respuesta mañana?

–¡Sí! ¡Sí! –estoy tan feliz que doy de brincos de la emoción.

–Pero la tabla es solo una parte. ¿Qué hay de las lecciones, instrucciones y demás cosas? –dice Max.

Yo asiento.

–Una de las señoras que surfea se llama Etta y dijo que podría enseñarme. Ah, y tengo este libro –saco mi ejemplar de *¡Aprenda a surfear!* de mi mochila y lo sostengo para mostrárselo.

Max se ríe cuando ve el libro, luego me muestra sus pulgares levantados.

–Muy bien, vas por buen camino, pequeña surfista –dice–. Tienes la actitud correcta. ¿Quién sabe? ¡Quizá incluso ganes!

Estoy tan emocionada que no lo puedo creer. ¡Max y Begonia me van a ayudar a encontrar una tabla!

Así que ahora, procedo a la parte dos de mi plan:

comenzar las lecciones con Etta.



29
LECCIÓN DE SURF

Etta se pone en cuatro puntos y dibuja con una pequeña rama la forma de una tabla larga en la arena.

–Muy bien. Acuéstate aquí.

Lo hago. Se acuesta a mi lado. Sus brazos son fuertes como una roca en posición de lagartija y está parada en las puntas de sus pies.

–Así es como te impulsas. Haces algo parecido a una lagartija en la tabla, así… luego rápidamente mueves tus pies hacia adelante –se pone en cuclillas, ágil como un gato–. Luego, te pones de pie. Mantente abajo. Rodillas flexionadas, brazos ligeramente abiertos, cuerpo compacto. Siempre dirige la mirada hacia donde quieres ir. No voltees a ver hacia abajo. Y **siéntelo**.

Comienzo bien. Puedo hacer la lagartija, pero no logro mover mis rodillas hacia adelante lo suficientemente rápido, sigo chocando con mis codos y cayendo en la arena.

¡Agh!

–Está bien, Garibaldi. Así es como todos empiezan. Sigue intentándolo. También puedo ver que eres zurda, tu pie dominante es el izquierdo –cuando me ve preocupada, me dice–: Está bien, niña. Solo es diferente.

Después de diez caídas más, digo:

–A veces mis músculos no reaccionan lo suficientemente rápido. Tal vez es por el autismo.

Las cejas de Etta se levantan.

–Quizá –sus verdes ojos son intensos y serios–. Entonces debes encontrar tu propia forma de lograr tu objetivo. Tal vez signifique caerte de la bendita tabla cien veces antes de que lo logres. O tal vez encuentres una alternativa, una manera diferente que funcione mejor para ti –se encoje de hombros–. Todos debemos adaptar las cosas a nosotros. Mejor sigue así, niña –luego se va a la barra de bocadillos.

Lo intento y lo intento: lagartija, cuclillas, impulsarme, caerme. Lagartija, cuclillas, impulsarme, caerme. *¡Agh!* ¿Qué está haciendo mal mi cuerpo?

Mmm. ¿Y si solo muevo un pie hacia el frente a la vez en lugar de los dos al mismo tiempo?

Lo intento. Soy más lenta, pero mis pies terminan ahora en el lugar correcto. Estoy en la tabla (bueno, en la arena) justo en el lugar correcto, justo donde Etta dice que debo estar, centrada, justo en el medio.

–¡Sí! –Etta viene corriendo desde la barra de bocadillos con dos licuados. Tiene una sonrisa de oreja a oreja–. ¡Eso es! ¡Buena postura! ¡Encontraste tu propia forma! ¡Ahí lo tienes! Pero debes ser más rápida. Trabaja en tu velocidad.

Asiento.
Puedo hacerlo.

Tal vez sea hora de un nuevo nombre.
No Ratón
No Débil Gacela.
No Chiflada o Pequeña Surfista o Garibaldi (aunque me gusta un poco).
Quiero un nombre propio.
¿Cuál podría ser?
Debo pensar en eso…
aunque debo decir
que me agrada cómo suena
ganadora
de la
competencia
de principiantes
de El Evento de Surf.

Dos a. m.

Estoy feliz y adolorida cuando me voy a dormir esta noche.
Practiqué impulsarme, ¡y básicamente lo logré!
¡Y Max me está ayudando a encontrar una tabla que pueda pedir prestada!
Y mi papá me llevó por un helado
¡porque tuvo un gran primer día en el trabajo!

Así que…
¿Por qué, ah, por qué pasa esto?
¿Por qué, de nuevo, me despierto jadeando,
sudando,
con el corazón latiendo con fuerza y acelerado a las dos de la mañana?

Un susurro dentro de mí sabe por qué.
Contaste sobre la vela de los deseos, Maudie.
Pero no contaste sobre el deseo.
Tal vez debes decirle qué está pasando en realidad.

Pero… no puedo.
Simplemente no puedo.

Mamá me hizo prometer que nunca lo diría.

Lloro en silencio en la oscuridad de las dos a. m.
"No es su intención, cariño", mamá siempre dice.
"Así no es él, en realidad.
No es su intención ser tan brusco".

Y: "Por el amor de Dios, niña,
debes admitir
que tú a veces
sacas a cualquiera de sus casillas".

Mi mamá siempre se apresura a justificar y a defender a Ron
y nunca me ofrece una disculpa.
Ha llegado hasta el punto donde
a veces ni siquiera entiendo exactamente
por qué aún me quiere.



30
ESMERALDA

A la mañana siguiente, despierto con dolor de cabeza a causa de estar dando vueltas en la cama, pero lo sobrellevo lo mejor que puedo. Saber que pronto veré a Max y que hoy me dirá si me consiguió una tabla de surf es lo que me ayuda a pararme de la cama.

Me meto a la regadera para darme un baño, me devoro de un jalón un plato de cereal rancio y me voy a la playa. Como era de esperarse, recargada en la base de la torre diez, veo una abollada tabla azul con la punta envuelta por una franja de cinta industrial plateada.

Mi corazón destella de alegría. Doy de brincos, aplaudo, agito mis manos y río y río.

–Guau, niña, contrólate –dice Max–. A esta cosa le falta poco para considerarla basura, ¿okey? Es toda tuya. Es la tabla de Begonia y mía de cuando teníamos como doce. No es bonita, pero aún tiene algo de vida en ella para una principiante como tú.

–¡Muchas gracias! ¿Estás seguro? Ah, ¿cómo te puedo devolver el favor? ¿Te puedo ayudar con alguna tarea o algo?

Max ríe. Levanta un dedo, luego se mete a la caseta de salvavidas azul. Regresa con un palo para recoger basura, un par de guantes y una bolsa de basura.

–Donar unas cuantas horas de voluntariado para limpiar la playa mañana por la mañana, Maudie. Así estaremos a mano y te puedes ir en tu tabla.

Estoy tan emocionada que le doy un puñetazo en el hombro. Fuerte. Él se ríe.

¡Mi propia tabla!

¡Mi propia tabla!

¡No puedo esperar a meterla al agua!

¡La miro y la miro fijamente! ¡Remolinos, chispas y fuegos artificiales llenan mi corazón!

Llamaré a esta belleza de tabla Esmeralda.

Le pondré un mejor parche en la nariz.

Renaceré como

Garibaldi sobre Esmeralda.

Ella será mi confiable corcel de agua.

Ja, ja.



31
PADDI

La mañana siguiente, pongo manos a la obra para pagarle a Max por mi nueva tabla.

Cuando llego a la torre de salvavidas, me detengo y miro hacia arriba donde está Max parado en la plataforma y recargado en el barandal, vigilando el agua detrás de sus lentes de sol. Subo para darle a Esmeralda, mi tabla, una palmadita. Está recargada sobre la base de metal de la torre. Ahí es donde Max dice que siempre puedo dejarla. Le doy una palmadita cada vez que paso por ahí.

–¡Oye, Maudie!

Max me hace la señal de *shaka*, agitando el dedo pulgar y meñique. No estoy segura de qué signifique exactamente.

Algo como "relájate, es la buena vida" o "paz, hermano" o "¡todo está bien!" o algo parecido, creo.

–¡Dedica un par de horas más o menos recogiendo basura y estaremos a mano!

Me remonto a la primera vez que vi a Max, cuando casi me choca en su patineta y casi me tira. Pensé que lo había hecho a propósito queriendo ser cruel, como los niños en mi antigua escuela. Pero estaba equivocada. Max de verdad es lindo. Es el mejor.

Hago una nota mental para recordar que cuando intento descifrar por qué la gente hace o dice las cosas, a veces me equivoco. No *siempre* puedes pensar lo peor.

Todo tipo de familias y grupos de amigos llenaron sus áreas de playa con hieleras, sillas, sombrillas y sábanas. Niños en tablas bordean la costa. Niños más pequeños andan por ahí con palas y cubetas.

Me siento muy bien, sigo caminando con mi bolsa de basura, lo más lejos de la playa de lo que nunca había estado. Mis músculos se retuercen debajo de mi piel que está cubierta con sal y esas pequeñas partículas de minerales que parpadean como brillo del sol sobre el océano. Me escabullo por el acantilado hacia la siguiente sección pasando la playa del pueblo. Es una playa para perros que siempre he querido visitar.

Más o menos una docena de perros está corriendo por ahí, entrando y saliendo del agua poco profunda. Uno de ellos, un doodle gigante blanquinegro corre directamente hacia mí y deja caer una pelota de tenis mojada en mis pies. Su lengua rosada cuelga. Acaricio su húmeda, salada y apestosa cabeza con un dedo. Es tan grande que su cabeza está prácticamente a la misma altura que mi pecho. Luego decide sacudirse.

Comienza con su nariz y va avanzado hacia la punta de su cola, y en dos segundos estoy cubierta de agua y pelos.

–Nooo –me quejo, subiendo mis manos, gritando y riendo.

Estoy mojada y él está casi seco. Su pelaje blanquinegro cuelga en rizos que inmediatamente se esponjan con el viento.

Del fondo de la playa, una chica se acerca corriendo tras él, con una correa vacía en la mano. Sus dos largas y negras trenzas vuelan en el aire detrás de ella.

–¡PERRO MALO! –grita–. ¡Lo siento mucho! –lo toma por su collar rojo y lo jala hacia atrás.

–No hizo nada malo. No lo hizo a propósito –digo. El perro suelta un ladrido corto como si estuviera de acuerdo.

–Ah, sabe lo que hace, lo sabe bien. Siempre hace las cosas a propósito. Ni lo intentes, Leonardo –dice la chica. Luego voltea a verme y sonríe–. Em, soy Paddi.

–Hola. Soy Maudie.

–No quiere jugar con ningún perro de la playa porque él piensa que es una persona. Si otro perro viene hacia él, se esconde detrás de nosotros como un niñito tímido. Pero no es para nada tímido con la gente. Él va directo hacia una persona que le agrade y se sacude a propósito o salta sobre ellos. Sinceramente es molesto –ella mira mi bolsa de basura–. ¿Formas parte de nuestro evento de limpieza? ¿Asistes a Vida?

Frunzo el ceño. ¿Qué es eso?

–Em, no, yo…

Una mujer con denso cabello negro se atraviesa por la arena y se nos une. Ella lleva la misma camiseta azul brillante que la chica y sostiene una bolsa de tela grande y algunas bolsas de basura como la mía. Me doy cuenta de que sus playeras dicen: GRUPO DE LIMPIEZA DE PLAYA DE LA ESCUELA VIDA. ¡DEVOCIÓN AL OCÉANO!

–Padmini, si no puedes mantener a esa ridícula bestia bajo control, entonces la próxima vez tendrá que quedarse en casa. ¡Y tiraste estos! –la mujer le entrega una bolsa de basura medio llena y un palo a Paddi, luego se gira hacia mí–. Te ofrezco una disculpa por Leonardo. Lo mantendremos bajo control –mira a Paddi de forma severa–. ¿Verdad? Gracias por ofrecerte… ¿Te registraste? ¿No te dieron tu playera?

–Yo, eh…

–¿Por qué no haces equipo con Paddi? Ella quería tener un compañero –la mujer esculca en su enorme bolsa de tela y saca otra playera de la Escuela Vida. Me la ofrece con una sonrisa.

Eh, me vendría bien otra playera. Papá ha estado diciendo que pronto iremos a la tienda de segunda mano a renovar nuestro guardarropa, pero no veo para cuándo. Estoy tentada a tomarla. ¿Pero qué significa?

La mujer me sonríe de forma perpleja.

–¿En qué año estás? ¿Eres nueva? ¿Nos conocemos?

Digo la verdad.

–No asisto a su escuela. Estaba recogiendo basura para ayudar a mi amigo Max. Es un salvavidas. Caminé hacia acá para ver a los… perros –de repente me siento tímida y miro fijamente mis pies descalzos llenos de arena.

–¡Ah! Bueno, ¡escogiste un buen día para ser voluntaria! Aún puedes unirte a nuestro equipo de limpieza, si quieres. Sin presiones. Es solo que tenemos muchas playeras extras para voluntarios. Somos de la escuela, justo al final de la calle. Soy la doctora Shakti –dice la mujer–. Y ya conoces a Paddi y a Leonardo,

por supuesto –me entrega la playera. La acepto con gratitud y me la pongo de inmediato sobre mi traje de baño naranja.

–¿Y tú eres?

–Maudie. Maudie McGinn.

–¡Encantada de conocerte, Maudie McGinn! –la voz de la doctora Shakti es como música agradable y un poco mandona al mismo tiempo. Paddi se recarga en su madre y Leonardo va de un lado a otro entre nosotras con una sonrisa. En serio. El perro está sonriendo.

–Es lindo conocer a otra ayudante –dice la doctora Shakti–. El océano necesita de todos nosotros. Cualquier cosa para reducir el plástico es muy importante. Es algo maravilloso, ser voluntario. Pero, Paddi y Maudie, recuerden usar sus guantes protectores y llamen a un adulto si ven algo peligroso –luego nos deja, gritando–: ¡Paddi, ten a Leonardo con la correa!

Paddi se pone los guantes de mala gana.

–¡Recuerda usar tus guantes protectores! ¡Ten cuidado! ¡No te alejes mucho! –murmura haciendo una imitación perfecta de su madre.

Recojo la basura con Paddi. Leonardo se mantiene cerca, restregándose contra nuestras piernas, olisqueando el lecho marino y atrapando moscas.

Paddi salta como un pájaro, hablando sin parar. Me cuenta que su escuela está cerca de aquí y que hacen limpiezas como esta una vez al mes.

–A mucha gente ni siquiera le importa que el océano esté lleno de plástico y que sus niveles están incrementando o que las playas están llenas de basura. O tal vez les importa, pero es demasiado

para pensar y se dan por vencidos. ¡Pero no nos podemos desmotivar, Maudie! ¡De ninguna manera debemos dejar de ayudar! –me está gritando como una loca, mirándome fijamente con sus grandes ojos cafés.

–Estoy de acuerdo –le digo.

–Es como la historia de la estrella de mar. ¿Conoces la historia de la estrella de mar? –pregunta Paddi, atravesando una envoltura de helado y metiéndola a su bolsa–. Mi madre ama la historia de la estrella de mar. Bueno, un niño está caminando por la playa donde un montón de estrellas de mar fueron arrastradas a la orilla y están muriendo bajo el sol ardiente. Así que, el niño recoge una estrella de mar y la lanza de nuevo al océano. Un chico lo ve y dice: "¿Por qué te molestas? Hay millones de ellas muriendo aquí y es imposible que hagas la diferencia". Y entonces el niño mira al chico, recoge otra estrella de mar, la tira al océano y dice: "Bueno, hizo la diferencia para esa estrella de mar".

Sonrío y añado:

–Cada pequeña acción cuenta.

–Correcto –Paddi me mira seriamente–. ¡Mamá dice que no te puedes molestar tanto por todos los problemas del mundo como para dejar de hacer lo correcto! ¡Dice que debemos alzar la voz! ¡Seguir luchando por las buenas causas! –alza el puño de golpe en el aire, luego parece tímida–. Ups. A veces me dejo llevar. Mamá dice me gusta mucho el sonido de mi propia voz.

Sonrío. Soy feliz escuchando.

–Pero en serio pienso que es mi mamá a quien le gusta el sonido de su propia voz. Es muy muy mandona, a veces. Es la directora de la escuela, por cierto.

Paddi me pregunta de dónde vengo y de repente me doy cuenta de que le estoy contando sobre cómo paso los años escolares en Texas y los veranos en Molinas. Y sobre cómo el incendio forestal nos trajo a mi papá y a mí hasta acá.

Paddi se estremece de horror.

–¿Entonces, tu cabaña ya no existe? Como, puf, ¿se esfumó?

–No lo sabemos. Tal vez. El incendio sigue ahí. Nadie tiene permitido ir a ver.

Paddi frunce el ceño.

–Espero no haber sido grosera cuando dije "¡puf, se esfumó!" hace un momento. ¿Eso hirió tus sentimientos? Si digo cosas que tú sientes que son groseras, ¡solo dime que me detenga inmediatamente! –extiende su mano para demostrarme–. Solo tienes que decirme: "¿Paddi? ¡Cierra la boca y deja de hablar! ¡Estás siendo grosera!".

No puedo evitar reír un poco.

–Mi mamá dice que soy un poco intensa, pero también es una de mis fortalezas. Es por el TDAH. De hecho, nuestra escuela, la que patrocina la limpieza de la playa —señala el logotipo en su playera– es para niños con necesidades educativas especiales. Hay muchos niños con TDAH en la Escuela Vida.

–Ah, qué interesante –le digo, tratando de sonar casual–. De hecho, yo, em, soy autista –normalmente no le digo eso a la gente. Pero se siente muy bien y liberador decírselo a Paddi.

–¡Genial! Es como si nuestros cerebros fueran primos, ¿verdad?

Me pregunta sobre mi escuela, así que describo mi enorme secundaria en Texas.

–Mi profesor favorito es el profesor Parris. Él administra el Aula Especializada. Es como un enorme salón de clases para niños con discapacidades y esas cosas. Y es donde tomo algunas de mis clases. Está en el sótano, es húmedo y el salón huele un poco a café rancio y a la comida de la cafetería mezclada con… aburrimiento.

Paddi se ríe, así que sigo hablando. Estoy hablando *mucho más* de lo normal. El sonido de mi propia voz se oye raro en mis oídos. Pero no puedo parar.

–El profesor Parris es muy amable, por cierto. Tiene un montón de niños ahí que necesitan más ayuda que yo, así que básicamente me siento en un escritorio en la esquina y trato de quedarme callada y no estorbar.

–No suena muy divertido.

–Tomo clases normales en el piso de arriba también. Pero los niños normales me ignoran o me hacen comentarios horribles a veces… Sabes a lo que me refiero. Ponen en claro que no soy parte de su manada.

Paddi frunce el ceño.

–*Nadie* hace eso en mi escuela. Al demonio con esos niños horribles y su manada. Nosotras podemos ser una manada también. ¡Una manada de lobos! *¡Auuu!* –suelta un aullido y Leonardo comienza a brincar sobre ella.

Es gracioso porque Paddi es un poco más chica que yo, pero me siento cómoda con ella de una forma en la que nunca me siento con niños de mi edad. Me puedo relajar con su plática y ser yo misma. No hay presión.

Cuando nuestras bolsas de basura están llenas, regresamos con la doctora Shakti, quien está haciendo guardia debajo de la carpa azul de su escuela. Nos da jabón desinfectante y nos manda a limpiarnos en los baños, a pesar de que ambas usamos guantes.

–Paddi, por favor, agradécele a tu nueva amiga por ser voluntaria hoy –dice con su voz agradable y mandona–. Señorita Maudie, estamos aquí el segundo sábado de cada mes. Espero verte de voluntaria de nuevo, querida. Solo busca nuestra carpa de la escuela –Paddi susurra algo al oído de su madre y las cejas de la doctora Shakti se levantan–. Maudie, Paddi quisiera invitarte a que vengas a visitarnos a nuestra casa algún día –mira la playa repleta de gente–. ¿Tus padres están aquí?

–No.

–¿Quién te está vigilando entonces, señorita?

Señalo la torre azul de salvavidas de Max en la playa. Me cruza por la mente de repente que tal vez Max está preocupado sobre a dónde fui, ya que se supone que está a cargo de mí.

La doctora Shakti saca una pequeña tarjeta de presentación.

–Diles a tus padres que me llamen si quieres venir a visitar a Paddi algún día. Fue muy lindo que hayas unido fuerzas con nosotras hoy para ayudar a limpiar la playa.

–¡Asegúrate de llamar! –Paddi está brincoteando con sus pies sobre la arena mientras sus trenzas negras y largas vuelan frente a sus ojos saltones.

Me despido de mis amigas con un ademán y acaricio la cabeza de Leonardo una última vez.

Entre más me acerco a la torre de salvavidas de Max, más ansiosa me pongo por preocuparlo. Ah, pero no, ahí está Max. Está sentado

con Begonia y los dos me saludan y sonríen.

–¿Dónde has estado? –grita Begonia. Está señalando mi tabla, mi nueva Esmeralda, en la arena al lado de la torre.

–¡Quiero verte en tu nueva tabla!

Con una sonrisa de oreja a oreja comienzo a correr.



32
CONOCIENDO LAS CONDICIONES

Etta y yo nos sentamos juntas en la arena húmeda. Nuestras piernas se estiran frente a nosotras. Las de ella son musculosas, bronceadas y arrugadas alrededor de las rodillas, llenas de cicatrices, raspones y marcas. Las mías son más cortas, mucho menos marcadas y una versión menos morena de las suyas.

Sobre la arena, junto a mí, está Esmeralda, mi nueva tabla. Y la tabla corta azul de Etta está en la arena justo al lado de ella. Le dije que tiene cara de Lucy. Solo se rio y dijo que no les pone nombre a sus tablas, ella usa números. La de tres metros, la de dos metros.

Etta señala el agua.

–Antes de surfear en un nuevo lugar, debes conocerlo. Mira las olas en acción por un rato. Habla con el salvavidas o con los surfistas locales.

Levanto la mano.

–Hablo con el salvavidas todo el tiempo. Se llama Max.

La ceja izquierda de Etta se levanta hacia el mechón de rastas plateadas encima de su cabeza.

–Muy bien, Maudie. Está bien. Pero digamos que estás sola en un nuevo lugar. ¿Qué debes saber?

Pienso.

–¿Si hay alguna corriente rápida que me arrastre al mar?

–Exactamente. Eso es muy importante. Y no hay ninguna aquí. Por suerte.

–Okey… y, em, ¿qué tipo de tabla usar? Porque tú tienes diferentes tablas. ¿Cómo sabes cuál usar?

–Depende de las condiciones y del surfista. Cuando las olas están tranquilas, las tablas largas son muy buenas. Por otra parte, hay tablas cortas que son más manejables con olas más fuertes. Por supuesto, hay mucha libertad y gustos personales involucrados respecto al tipo de tablas que se usan. Las *gun* son las tablas que los surfistas de grandes olas en Hawái usan. Son más largas de lo normal y son estrechas y puntiagudas. Una *fish* es una tabla muy corta. Hay híbridos también con las características de ambas.

–Esmeralda –digo con orgullo–, es una tabla divertida.

Ella sonríe.

–Sí que lo es. Está un poco golpeada, pero tiene buen tamaño para una principiante como tú –frunce el ceño al ver la cinta industrial en la punta de Esmeralda–. Excepto por la grieta. Debemos mandarla a reparar.

A lo lejos en las olas hay aproximadamente una docena de surfistas esperando su turno. Uno por uno se ponen de pie y montan la ola de un lado a otro.

–¿Cómo saben a qué dirección ir, Etta? ¿Y cómo saben cuándo meterse?, ¿cuándo es su turno?

–Hay un sistema –explica Etta–. Quien esté más cerca de donde se curva la ola en su punto más alto tiene el derecho de montarla. Y esa persona debe gritar: "¡Voy a la derecha!" o "¡Voy a la izquierda!". La comunicación ayuda a evitar accidentes.

Miramos a un surfista que se cae de la ola. Prácticamente da una voltereta y cae de panzazo.

–¿Ves eso? Esa es la forma correcta de caer. Plano como una hoja en la superficie, protegiendo su cabeza –dice Etta–. No te metas debajo, no vayas más hondo. Recuerda eso porque te vas a caer muchas veces –sonríe.

Yo trago saliva.

Etta señala a un chico que se mete justo enfrente de otro surfista a su paso.

–¿Viste eso? Se llama clavarse, y no solo no está bien, es peligroso. Puedes lastimar a alguien. A los buenos surfistas les importa mucho seguir las reglas, y la regla es no clavarse –señala–. Mira, ahora se están gritando el uno al otro. Debo admitir que a veces los surfistas son unos idiotas territoriales. Y pueden ser groseros con los principiantes.

–Chiflados –digo firmemente. Abrazo mis rodillas y aprieto los dientes–. ¿Y si me equivoco?

Ella se ríe.

–No es cuestión de equivocarte o no. *¡Te vas a equivocar!* Pero no te preocupes. ¡Vamos al agua!

Esta es mi primera vez en la línea.

Y estoy nerviosa.

El agua salada salpica mi cara mientras remo hacia Etta. Trato de recordar todas las cosas que me ha enseñado. Cómo remar, cómo tomar las olas, cómo impulsarme… Asegurarme de ver alrededor, estar alerta…

Cuando nos acercamos a la línea, se siente extrañamente tranquilo y en silencio. Una docena de surfistas están sentados en sus tablas, meciéndose en las olas. Algunos sonríen, otros están serios. Nadie habla. Todos están mirando el horizonte, buscando las olas.

–Vamos para allá –me guía Etta hacia un espacio abierto cerca de un hombre calvo con traje de baño corto–. Hola, Dino –le dice ella en voz baja, y él saluda–. Bien, Maudie, sigue mirando el horizonte. ¡Mira cómo las olas se forman y llegan!

Las olas crecen y se desenrollan… y los surfistas eventualmente se despegan y toman su turno.

–¡Izquierda!

–¡Derecha!

–¡Mía!

Algunos se caen. Algunos se deslizan sobre el lomo de una ola y se dan por vencidos, esperan otro turno. Otros se lanzan y montan olas increíbles hasta llegar a la orilla.

–Okey –dice finalmente Etta–. Pon atención, aquí viene un buen grupo de olas y van a romper cerca de ti. Esta es tuya, niña. Prepárate…

Mi corazón late con fuerza.

–¿La ves? Aquí viene, aquí viene, la segunda ola del grupo. Ahora espérala…

Un montón de agua cristalina crece en potencia y altura. La veo acercarse cada vez más…

–¡Esta es la buena! –grita Etta. Toma la cola de mi tabla, posicionándome perpendicularmente a la orilla–. Prepárate para remar como loca. Rema rápido unas diez veces. Y cuando yo grite "arriba", ¡tú te impulsas! Mantente centrada. Muévete un poco a la derecha, si puedes. Recárgate sobre la orilla.

Mi cuerpo entero está hormigueando y zumbando.

–Y… ¡AHORA!

Etta me empuja hacia adelante justo enfrente de la enorme ola. Una montaña de agua se asoma detrás de mí, a punto de tragarme.

–REMA, REMA, REMA, REMA –grita Etta. Y así lo hago. Remo como una maníaca.

Después, Etta está gritando.

–¡ARRIBA! ¡AHORA! ¡IMPÚLSATE!

Lucho por poner mis pies debajo de mí como lo había practicado. Pero estoy un poco fuera de centro y me tambaleo peligrosamente. Intento recentrarme, agacharme, y ¡guau! Muevo los brazos para balancearme.

Pero mi cabeza esta arriba, mis brazos fuera, ojos al frente, y

sigo de pie…

Hacia donde va la mirada, fluye la energía…

Sí. ¡Sí!

¡Estoy de pie!

¡Algo así!

Escucho a Etta gritar:

–¡¡¡¡ASÍ SE HACE, MÓNTALA!!!! ¡¡¡¡VAMOS, VAMOS, VAMOS!!!!

Y luego repentinamente dejo de tambalearme y la ola y yo estamos trabajando juntas en una fluida unidad de agua.

Y estoy volando.

El océano es un músculo de energía pura,

de amor solar dorado, ¡de destellos!

Estoy *volando*, estoy aturdida.

¡Estoy surfeando!

¡¡Estoy surfeando!!

Y luego…

¡PUM!

Ups. Bueno, mi ola duró tal vez diez segundos.

Ahora estoy en una lavadora de espuma borrosa, salada y turbia. Salgo tosiendo y siento el ardor de un raspón en mi costilla derecha, no es nada grave. Prácticamente salí en una sola pieza.

¡Puedo caerme y estar bien!

Y ahora Etta está en su tabla, deteniéndose junto a mí, y se está riendo.

–¿Cómo te sientes?

No tengo palabras.

Ella interpreta mi cara con sus verdes ojos de diosa marina y ve que una nueva clase de sol acaba de brotar en mi interior.

–Bueno, entonces –dice–. Súbete de nuevo en la tabla.



33
LA TIENDA DE SEGUNDA MANO

–Estoy harto de lavar las mismas tres camisas –dice papá–. Vamos en el coche a la tienda de segunda mano cerca de la autopista y compremos algunas cosas.

¡ALELUYA!

¡POR FIN!

Salí por la puerta y me subí a la camioneta antes de que terminara la oración.

En el camino, pienso en lo que hay en mi lista de compras. Perdí muchas cosas valiosas para el verano en la cabaña. ¿Pero qué tanto de eso realmente necesito reemplazar? En Texas, mi clóset está más lleno de ropa y cosas que mi mamá me compró desde que se casó con Ron.

Pero no extraño ninguna de esas cosas.

Hay una señora mayor que he visto cerca del campamento. Duerme del otro lado de la malla, acomodada debajo de unos

grandes arbustos que la esconden de la vista de la gente. Pero aún la puedes ver desde el campamento. Su cabello blanco está todo opaco y sucio y viste una sucia chamarra que está parchada con cinta. La usa incluso cuando hace mucho calor. Anda cojeando con un par de botas de senderismo para hombre sin agujetas. Si está por ahí cuando paso de camino a la playa, me sonríe amablemente y me saluda:

–Hola, muñequita –dice mientras les da palmadas a sus bolsas de plástico llenas de cosas. Su ejército de bolsas de plástico llenas de cosas que siempre la rodean.

Puedo ver que son muy importantes para ella.

¿Cuántas cosas necesita un ser humano?

¿Qué *tipo* de cosas necesita un ser humano?

La tienda de segunda mano en realidad es una tienda en forma de una enorme caja de concreto en medio de un concurrido estacionamiento. Ahí dentro, es un almacén gigante de… lo que se te ocurra. Palos para selfis, discos compactos, carriolas, bases para camas, flores de plástico, canastas polvorientas, sillas altas, platos astillados, zapatos viejos, camisetas, sábanas… océanos y océanos de cosas.

Gracias al cielo existen lugares como este para traer tus cosas viejas, y así la gente puede hacer espacio en sus clósets, áticos, cocheras y unidades de almacenamiento para comprar *aún más* cosas.

Di la palabra *cosas* las suficientes veces a ti mismo, e incluso la palabra comienza a sonar como si no tuviera sentido. Cosas, cosas, cosas, cosas, cosas.

Papá me da treinta dólares.

–Desearía que fuera más –me dice con una sonrisa–. Piensa en lo que realmente necesitas.

En la sección juvenil, que está acomodada como si fuera su propia pequeña tienda de ropa, una vendedora de cabello rojo le está poniendo precio a las cosas en un contenedor. Tiene puesto mucho maquillaje. Me ve hurgando en un estante de playeras de colores brillantes y se me acerca.

–¿Te puedo ayudar?

¿Dónde está la ropa de calle sin estampados? Estoy muy asustada como para decirlo en voz alta. Niego con la cabeza y miro para otro lado, mi corazón late tan rápido como el de un conejo.

–¡No seas tímida! ¡Apuesto a que puedo encontrar algo lindo para ti! –ella me sonríe con su enorme y roja sonrisa por el labial. En pánico, deslizo ganchos de un lado a otro en busca de *algo suave y cómodo*. Pero todo es muy brillante, de materiales sintéticos, tiene adornos, corbatas, moños o un horrible encaje.

Después de un rato, encuentro una sudadera completamente gris. Es grande y suave, con el logotipo de una tienda local de surf en la espalda. Y a solo diez dólares.

¡LOTERÍA!

La vendedora usa un perfume muy fuerte de aroma floral, y he estado intentado evitar que mi nariz se sienta sobreestimulada. Pero ahora ella se acerca, sosteniendo una pila de listones de color rosado intenso para el cabello.

–Si estás buscando sudaderas, espera a que veas *esta* belleza que acaba de llegar, ¡todavía trae etiqueta! –dice con su voz chillona mientras la agita–. ¡Deberías probártela!

No quiero ofenderla. Solo está tratando de ser amable. Pero no soy del tipo de adornos rosa intenso. Antes de que pueda averiguar qué decir o hacer, la vendedora me toma de la mano y me lleva a los probadores. Empieza a darme un montón de ropa con encaje y adornos para que me la pruebe.

–¡Ohh! –exclamo mientras que cada gancho de ropa de poliéster que pica va apareciendo en el probador–. ¡Gracias!

Pero no me pongo ninguna de sus sugerencias. Solo estoy parada en el diminuto cuarto, sintiéndome rara.

–¡Sal y modela para mí! –grita.

Todas las prendas que eligió tienen un fuerte olor a suavizante de telas, tienen costuras que raspan, están hechas de poliéster que pica o tienen colores muy brillantes que me lastiman los ojos.

–*Todas las chicas* de la escuela de mi hija usan estos –dice, dándome un par de shorts demasiado cortos. Y–: ¡Esto se verá *adorable*! ¡Te verás como una linda florecita con eso!

Odio toda esta ropa. Pero no culpo a la señorita. Ella estaba aburrida en su trabajo y ahora se está divirtiendo. Solo está tratando de ser amable y de ayudarme.

No es la ropa. Es su actitud amable, alegre, sus palabras serviciales y de esperanza con las que me quiero vestir.

Cuando papá regresa, estoy avergonzada. Mi carrito está lleno de horrores de moda que odio. La señorita también hace un alboroto por mi papá, y le dice cosas amables sobre lo linda que soy. Él es muy educado y le agradece por su ayuda.

Pero cuando nadie nos ve, papá detiene el carrito ahí mismo en el pasillo y saca una blusa con brillantina morada del montón de ropa.

La sostiene de un tirante, desconcertado.

–¿Maudie? –dice–. ¿De verdad?

No lo puedo evitar. Muero de risa.

Papá también se ríe. Los demás clientes detienen sus carritos cuando pasan, mirándonos y sonriendo.

–Ay, Maudie. No querías herir sus sentimientos, ¿verdad? –dice papá finalmente–. Pero deberías saber que la señorita no se hubiera ofendido si le aclaras qué tipo de ropa buscas en verdad.

Mmm. Nunca pensé en eso.

–Puedes hablar por ti misma. Puedes hacer saber tus gustos. Tus deseos también cuentan.

Es difícil para mí asimilarlo. Toda mi vida he sido entrenada para cumplir los deseos de mi mamá, los deseos de Ron y los de la señora Jills. ¿No es mi propósito ser barro? ¿Moldearme? ¿Averiguar lo que los adultos quieren y apegarme a eso?

Papá mira a ambos lados para asegurarse de que la vendedora no nos vea. Luego regresa la blusa morada al estante.

–De hecho, papá, puedes deshacerte de todo –susurro.

–Okey, eso haremos. Y empezaremos de nuevo –dice papá, riendo–. Te sigo: ahora dime lo que *tú* de verdad quieres.

Intento en la sección de chicos, solo para ver. Encuentro algunas cosas. Shorts nuevos para hacer ejercicio, algunas playeras suaves y una rashguard que de hecho es una playera con protección contra rayos UV para evitar que la tabla irrite tu piel. También encuentro unos tenis Nike rojos de mi talla con poco uso. Y consigo un paquete de seis calcetas nuevas para hacer ejercicio gruesas y suaves en el contenedor de rebajas.

También me quedo con un vestido de verano de algodón en honor a la vendedora. Es azul marino con pequeñas flores amarillas por todas partes. Ella tenía razón sobre este. Es lindo, cómodo, amplio y fresco.

Cuando llegamos a casa, camino hasta el otro extremo del campamento, donde crecen los arbustos gigantes sobre la malla. Como lo esperaba, la amable señora en situación de calle está durmiendo ahí, envuelta en su sucia chamarra. Sus botas de cuero tiesas están junto a sus bolsas de plástico. Sus pies descalzos, como siempre, están llenos de callos y ampollas.

A papá no le gusta que vaya hasta allá cerca de la malla. Pero desde que la vi cojeando con esas tiesas botas, me preocupé por ella.

Empujo dos pares de calcetas nuevas y esponjosas por la malla.

Caen suavemente cerca de sus bolsas de plástico: PIM, PAM.

Espero que sean su estilo.



34
EL NIÑITO

Mi papá está afuera trabajando y yo estoy aburrida, deambulando por el campamento. Pensé en buscar a Begonia para ir a ayudarle a doblar y ponerle precio a las cosas o aspirar y sacudir el polvo. Siempre me da un refresco gratis y me deja ver los amuletos milagrosos. O quizá podría ir a ver qué está haciendo Naldo. A veces me deja seguirlo a todas partes.

Pero Naldo no está en su oficina, y la tienda de regalos tiene un letrero de VUELVO ENSEGUIDA en la ventana.

Así que voy a la playa.

Hace mucho calor y está llena. Gente por todos lados. Brazos y piernas y cuerpos y piel y olores de comida y lociones. Simplemente es demasiada "saturación".

Así que estoy a punto de irme cuando no muy lejos de donde estoy, escucho una cachetada.

Luego un pequeño sollozo.

Una señora con un enorme traje de baño rojo tiene un niño pequeño, tal vez de unos dos o tres años, sujetado por el brazo. Apenas lleva un pequeño pañal para nadar. Su rostro está pálido, tiene grandes y oscuros ojos y sus piernas se mueven en el aire a unos centímetros del suelo. Una marca roja con la forma de una mano se alcanza a ver en la piel de su pequeña espalda.

Aunque no está llorando.

–Ya lo sabes, ¿verdad? –le susurro–. Si lloras solo lo vas a empeorar.

El niño deja de moverse y cuelga flácidamente como un muñeco de trapo.

–Solo. Causas. Problemas –lo sacude con cada palabra. Tengo miedo de que su hombro se disloque–. ¿Dónde tienes el cerebro? ¿Eh? ¿Hay un cerebro en esa cabeza? –su rostro desborda una ira roja. Es un tono de rojo que conozco bien.

Volteo para ver si algún otro adulto está observando esto. ¿Quién va a hacer algo y va a ayudar al niño? ¡Es solo un bebé! Pero nadie más parece darse cuenta del terrible drama que sucede. Bueno, algunas personas se alejan, incómodas.

Una señora claramente escucha, pero baja la mirada hacia su libro, moviendo la cabeza en reprobación.

Nadie hace nada. Siento que el pecho me hierve de la furia. Luego, de repente:

–¡OYE! –suena una voz, fuerte y claro.

La enorme señora mala que todavía sostiene el brazo del niño se voltea para ver. Todo parece estar en silencio. Los murmullos de la gente, el romper de las olas, hasta las gaviotas parecen haber

parado de dar vueltas en el aire. Y me doy cuenta de que la voz viene de mí.

Me dirijo hacia la señora, mi puño está cerrado con fuerza.

–¡OYE! –grito de nuevo. Mi voz retumba en mis oídos. Mi puño se cierra con fuerza, listo para pelear. Es casi como si me viera a mí misma ponerme furiosa–. ¡OYE! –digo de nuevo. No puedo decir nada más.

Hay un largo momento de enfrentamiento donde la señora me mira fijamente y yo la miro a ella fijamente, y el niñito cuelga, gimiendo.

Luego lo suelta. Él se aleja corriendo, llorando, sobándose la espalda. Unas chicas más grandes, sus hermanas probablemente, lo abrazan y lo consuelan. Me miran con cautela.

Mi corazón late con fuerza, late en mis oídos. ¡La forma en la que lo sacudió! ¿A nadie más le importó? ¿Por qué *nadie hizo nada* para ayudarlo?

Las hermanas del niño lo llevan a sentarse en la esquina de la sábana de playa. Está abrazando sus pequeñas rodillas, quieto como un muñeco con su pequeña pala roja y su cubeta azul a su lado.

Mi alboroto no puede ayudarlo. Está atrapado con esa madre.

Y la única cosa peor que el dolor psicológico de ser golpeado es la impotencia.

Saber que estás solo en esto.

Nadie puede ayudarte de verdad.

Sin lugar a donde huir.

Conozco ese sentimiento.

Lo conozco.

Y ahora
solo quiero llorar.

La madre me mira de arriba abajo, frunciendo el ceño.
–¡Fuera de aquí! –dice–. ¡No es asunto tuyo!
Eso hago. Corro hacia el agua, me meto a las olas.
Dejo que el frío relaje
la miseria hirviendo
dejo que el agua disuelva
la vergüenza que arde en mí
como una flama que chisporrotea,
que se me pega
como una capa de grasa,
como una segunda piel.



35
EN EL AEROPUERTO

Un *temperamento acalorado.*

Así es como mamá lo llamó en el coche de camino al aeropuerto:

–Maudie, cariño, quiero que recuerdes, mientras estás con tu papá, que lo que pasa *aquí*, en *nuestra* casa, es *privado*. ¿Me oyes? No es asunto de nadie más. Y menos de tu padre –quitó los ojos del camino por un momento para lanzarme una rápida mirada de preocupación.

Quería preguntar: "¿Qué piensas que voy a decir? ¿Qué crees que tenga que decir?".

Pero en su lugar solo asentí.

–Ron es un buen hombre. Él trabaja duro para darnos una buena vida y para que no nos falte nada. Es generoso. Él nos ama. No bebe o se va de parranda como algunos hombres. Él es entregado. Deberíamos estar agradecidas. Admito que a veces tiene un *temperamento acalorado*. Pero Maudie, nadie es perfecto. Después de todo, nos va bien, mucho mejor que a otros.

Un *temperamento acalorado*. Así lo llama ella.

Acalorado.

Calor.

Pero ella no sabe lo que se siente. A ella nunca la ha quemado.

Ella se esconde detrás de la puerta de su habitación cuando el temperamento acalorado empieza a sacar chispas.

–Si llegas a decirle algo a tu padre –prosiguió–. Bueno, puede que malentienda la situación. Puede que piense otra cosa. Y eso puede ser malo para nosotras.

El sonido de un avión despegando rugió sobre nosotras e hizo vibrar el coche, intensificando su preocupación.

–Puede que incluso desate una terrible situación. Tal vez incluso peleas legales. Últimamente, no se sabe cómo resultan estas cosas. Lo digo en serio, Maudie. Podrías terminar siendo apartada de nosotros, de nosotros y de tu papá también. Podrías terminar en un lugar diferente y horrible. ¿Me escuchas?

Escucho. Estoy fría del horror.

–Así que tienes que prometerlo. Sostén tu mano arriba y promételo. Yo voy a hablar con Ron –agregó con la voz quebrada–. Te lo prometo, él también hará su mejor esfuerzo.

¿Qué otra salida tenía?

Alcé la mano y lo prometí.

Juré que nunca le mencionaría nada a papá.

Y, como a menudo me recuerda mi mamá:

"Una promesa es una promesa y tiene que cumplirse".



36
PAQUETE EQUIVOCADO

Un sábado, Ron estaba en su asiento favorito viendo el futbol americano y tomando una cerveza. Y mamá estaba jugando con el nuevo y lujoso teléfono que Ron le había comprado. Por la ventana, mamá alcanzó a ver un paquete en las escaleras y lo recogió. Era para la vecina, una mujer mayor llamada señora Herman, y fue entregado en nuestra casa por error.

Mamá tenía un brillo en los ojos.

–Maudie, quiero que le llames a la señora Herman y le digas que tenemos su paquete y que se lo vas a llevar.

Mi corazón se hundió.

Tengo una gran fobia a los teléfonos. Las palabras llegan muy rápido a mi oído y siempre me da terror qué decir, cómo responder.

Y es exactamente por lo que mi mamá quería que yo hiciera esto. Me estaba forzando a practicar.

Me extendió el teléfono.

–Maudie, es una estupidez tener miedo del teléfono. ¡Tienes que aprender a hacerlo!

Me alejé y me quejé:

–¿Puedo simplemente ir y poner el paquete en su puerta?

Mi mamá dio una pisada fuerte con el pie.

–¿Cómo vas a encajar en este mundo si tienes tanto miedo incluso de hablar por teléfono? –empujó el teléfono hacia mí–. ¡No seas ridícula! ¡Tómalo! ¡Está sonando!

Entré en pánico y traté de hacerlo a un lado. Mi mano accidentalmente golpeó la suya y el teléfono, su nuevo teléfono, el costoso regalo de Ron cayó en el duro suelo de piedra.

Mamá lo levantó y vio el cristal roto en forma de telaraña por toda la pantalla. Ella gritó:

–*¡Mira lo que hiciste!* ¡No puede ser, Maudie! –escondió el rostro entre sus manos y soltó un grito de frustración.

Ron intentaba ver la televisión. Ahora estaba apagada.

Antes de que pudiera parpadear, envolvió su mano alrededor de mi antebrazo y estaba jalándome y cargándome hacia la puerta delantera. Agité las piernas, pero no había escapatoria.

–¡Mira lo enojada que está tu mamá por tu culpa!

Me sacudió mientras yo colgaba.

–Vas a pagar ese teléfono, aunque te lleve cien años, ¿me oíste? Y de ahora en adelante, vas a hacer lo que tu madre te pida, la *primera vez* que te lo pida. ¿Quedó claro?

Tomó el paquete y volteó a ver mi mamá.

–Debe haber consecuencias más estrictas –dijo–. O nunca va a aprender.

Me sentí horrible por el teléfono. ¿Piensan que lo rompí a propósito?

Mamá estaba viendo fijamente cómo Ron me sujetaba del antebrazo. Se sentía como si me envolviera una prensa de fuego. Esperaba a que dijera: "Oye, creo que la estás lastimando". Pero mamá no lo dijo. No dijo *nada*. En vez de eso, se dio la vuelta.

La voz de Ron era una tormenta de ira azotándome mientras me jalaba y me arrastraba hacia la casa de la vecina. Me dejó en la entrada, jadeando, y me entregó bruscamente el paquete en las manos. Yo estaba parada ahí temblando, mi antebrazo ardía del dolor.

–Cuando ella abra la puerta, tú sonríes –ladró él–. Le dices tu nombre y la saludas con *voz normal*, no esa cantaleta quejumbrosa. Con una voz *normal*. Le dices: "¿Cómo está? Soy Maudie McGinn, de la casa de enfrente. Nos dejaron su paquete por error". Ahora, hazlo.

Recuerdo que había geranios rojos en la maceta negra al lado de la puerta, la palabra BIENVENIDOS estaba en el tapete.

La sensación de Ron respirando fuego en mi espalda, una montaña amenazante parada detrás de mí.

–¡Toca el timbre! –gruñó. Salté del miedo. Con un dedo tembloroso toqué el timbre y escuché pasos dentro de la casa acercándose, luego una pausa.

Cuando la vecina abrió la puerta, recuerdo su rostro pálido y sorprendido mirándome. Le entregué el paquete en silencio y ella lo tomó. Luego, mientras yo tartamudeaba, ella bajó la mirada hacia mis pies y soltó un grito ahogado.

Para avergonzarme aún más, por mi pierna escurría pipí justo en su tapete de bienvenida.

Recuerdo a Ron maldiciendo y quitándome de la entrada. No recuerdo mucho más. Solo un tornado de ira. Sus manos sujetando las mías. Su cara de color rojo sangre.

Y recuerdo que yo sentía que merecía todo eso.

Que era una niña rota y sucia.

No una niña linda, capaz y normal.

Por eso mi mamá tuvo que encerrarse, esconderse de mí.

Estaba avergonzada de mí.

Se había dado por vencida conmigo.

Supongo que por eso necesitábamos a Ron.

Porque yo era un gran problema que mi mamá no podía manejar sola.

Era una gran decepción.



37
LA POSTAL DE MAMÁ

Hola, Maudie:

Espero que te estés portando bien y seas buena con tu padre. ¡El crucero está increíble! Dos días más aquí y luego partimos hacia al siguiente destino, ¡una isla exótica! ¡Ha sido un SUEÑO! Ron me ha ayudado a grabar dos episodios de VIVIENDO CON GRACE en el barco, y mucha gente se ha detenido para decirme que le gusta mi atuendo, mis uñas, mi cabello, y yo en general, ¡por así decirlo!

Claro que pienso en ti todo el tiempo. Me preocupo muchísimo por ti, cariño. Bueno, Ron me está esperando. ¡TE AMO MUCHO! Nos vemos a mediados de agosto. Este crucero termina en San Diego, y como ya sabes, después iremos a recogerte. Tengo que irme con unos nuevos amigos por unos tragos. Espero que te estés divirtiendo.

Tu madre adorada 😊

Sostengo la postal con la punta de los dedos y la leo dos veces, oyendo su voz atrevida, vibrante y fuerte como el acero.

La foto del otro lado de la postal es del barco crucero. Es del tamaño de una ciudad flotante. Me pregunto cuál de todos esos cientos de ventanas es su camarote.

Miro de nuevo la fecha de la carta. Puede que mamá y Ron estén aquí a tiempo para El Evento de Surf.

Mi estómago hace ruidos cuando pienso en que Ron y mi mamá sean parte de ese gran día.

¿Problemas?

¿Qué se sentirá tener a mamá y a Ron aquí para verme surfear en la competencia?

Tal vez puedan verme ahí en las olas y se den cuenta de que puedo hacer más cosas de las que creen. Quizá eso ayude a deshacerme de algunas de las palabras de vergüenza que me describen cuando estoy con ellos:

incapaz

discapacitada

rota

mala.

A lo mejor, si mi mamá ve que puedo surfear también pueda finalmente darse cuenta de que puedo ser:

capaz

fuerte

buena

completa.

¿Quién sabe?

Supongo que han pasado cosas menos probables.



38
NOTICIAS DEL INCENDIO

–No nos hagamos ilusiones –murmura papá, viendo cómo carga la aplicación en su viejo celular. Se dice eso a sí mismo tanto como yo. Se ve pálido, tenso.

Es una aplicación del condado de Molinas. Subieron imágenes aéreas de todas las áreas afectadas por el incendio. Así que podemos ver en tiempo real lo que se está quemando, lo que se quemó y lo que se escapó de las llamas.

Miro por arriba del hombro de mi papá mientras desliza y lidia con las opciones y enseguida encontramos nuestra sección del mapa. Nuestro vecindario, nuestra calle.

–¡Oh! Ahí está la casa de los Swann, o lo que queda de ella –dice mi papá, mirando fijamente un achicharrado camino de negrura en la pantalla.

–Y delante de eso, debe estar… ese debe ser el campo sur, lo que sigue, ¿verdad?

Los dos estamos callados mientras vemos un prado quemado. *Nuestro* prado quemado. También desapareció la densa y brillosa arboleda verde de alrededor. Es un terreno baldío humeante de retorcidas y quemadas manos de brujas, con sus dedos huesudos tratando de tocar el cielo.

Luego mi papá y yo tragamos saliva. Lo vemos al mismo tiempo.

La cabaña.

El taller de mi papá también.

¿Cómo puede estar pasando esto? ¿Cómo puede un lugar que existe tan claro y perfecto en mi mente dejar de existir de repente en la tierra?

La cabaña y el cobertizo están achicharrados. Dos lados del cobertizo apenas y están de pie, los otros dos lados se derrumbaron. En cuanto a la cabaña, la mitad está quemada, las ventanas como ojos negros y muertos, el techo se fue casi por completo. Veo la estufa de hierro fundido, expuesta a la intemperie. Parada entre las cenizas con un tubo aferrado a la nada.

Me aferro a mi papá por la cintura y lo abrazo fuerte, hundiendo mi cara en su pecho. Se siente rígido, tenso.

–Me lo esperaba, pero no lo puedo creer –susurra, en shock.

Yo tampoco.



39
EL DAÑO ESTÁ HECHO

Esa noche, de nuevo, no puedo dormir. Esas horribles imágenes aéreas de ruinas achicharradas, humeantes, todavía me atormentan y mis pensamientos siguen siendo atraídos hacia ellas como polillas hacia las flamas. Como una costra que no puedes parar de rascarte, un diente flojo que quieres que duela.

Dolor.

–Solo son cosas –dice mi papá–. Solo son cosas materiales –pero cuando lo dice se ve devastado.

Herido…

Hay muchas maneras diferentes de herir y de ser herido.

Estoy conociendo una parte de ellas.

Me encuentro en un lugar oscuro, así que me permito

pensar en todas las heridas.

Los moretones.

Los que han rodeado mi corazón.

Los que han rodeado mis brazos.

Marcas de dedos, moradas como uvas, en mi hombro, mi cintura.

Marcas de cachetadas que pulsan y se desvanecen rápido, así que mi mamá ni siquiera lo nota.

Raspones por haber sido arrastrada por el pasillo.

Luego esa vez en la que Ron hizo un agujero en la pared.

Ese día, mi mamá me sacó rápidamente de la casa y pasamos horas de compras y en el parque.

Cuando regresamos, Ron estaba viendo el golf en la televisión y tomando cerveza. Y el agujero mágica y misteriosamente había desaparecido. Podía oler el pegamento y la pintura fresca. Ron y mi mamá actuaron demasiado alegres durante días y días. Fue como si nada malo hubiera pasado en el mundo o como si jamás volviera a pasar. Ninguno mencionó de nuevo ese momento aterrador y comencé a pensar que probablemente había sido un sueño.

Pasaba la mano sobre la pared donde estaba el agujero, ahora estaba suave y en perfecto estado.

¿A dónde se fue todo ese daño?

Es conmigo con quien Ron se enoja, no con mi mamá, nunca es con mi mamá.

Él adora e idolatra a mi mamá,

su hermosa y perfecta reina.

Soy yo quien causa los problemas.

Por lo tanto:

¿Y si me rehúso a regresar?

Pero:

¿Cuál sería mi excusa?

Y si… y si…

Una, dos, tres de la mañana,

mi mente da vueltas y vueltas…
Mis deseos de qué pasaría
son resbalosos como peces.
Se deslizan sin parar en mi mente,
luego se van en todas direcciones.



40
UNA INVITACIÓN

Papá me extiende el teléfono. A pesar de que es una llamada que sí quiero hacer, me quedo congelada.

–Si no quieres hablar con tu mamá, envíale un mensaje de texto –dice mi papá encogiéndose de hombros–. De verdad no le tomo mucha importancia, Ratón. Yo también odio el teléfono, así que normalmente mando mensajes de texto. Como tú quieras.

Suspiro aliviada. Doy gracias al cielo por mi papá.

Y la mando un mensaje de texto: "Hola, doctora Shakti, soy Maudie, de aquel día de la limpieza de la playa. ¿Mi papá y yo nos preguntábamos si Paddi quiere venir con nosotros?".

Los tres puntitos de respuesta bailotean en la pantalla casi inmediatamente.

"¡Es maravilloso saber de ti, Maudie! ¿Tu papá puede traerte a nuestra casa? ¿El viernes a las dos?".

Una emoción me atraviesa por el cuerpo. Le muestro a mi papá el mensaje. Él toma el teléfono y escribe: "Soy Pedro, el papá de

Maudie. ¡Eso está muy bien! ¡Mándenos la dirección, y ahí las veremos! ¡Gracias!”.

¡No lo puedo creer!

¡Voy a ir a la casa de una amiga!

¡Una amiga real, una amiga nueva!

Ya estoy contando los días.



41
LA COMPETENCIA

Hoy en la playa, hay un nuevo letrero en la torre de salvavidas:

CLASES DE SURF PARA PRINCIPIANTES

Más o menos quince niños están parados en círculo alrededor del instructor, que tiene una larga cabellera rubia y shorts de surf rojos. Son de mi edad, más o menos, y todos tienen tablas nuevas y divertidas con una capa de espuma encima.

Me acerco al letrero para leer los detalles. ¿Pagar doscientos cincuenta dólares por unas clases de ocho semanas? Estoy fuera.

Elijo un lugar en la arena cerca y finjo tomar el sol, pero en realidad me estoy esforzando por escuchar cada palabra que el instructor está diciendo. Suena como si solo estuviera recordándoles cosas sobre la seguridad antes de que lleven sus tablas al agua. Algunos niños miran con curiosidad hacia donde estoy yo. Me doy

cuenta de que estoy mirando fijamente, así que me volteo con rapidez.

El instructor salvavidas pregunta:

–Bueno, oigan, ¿alguien estará aquí para El Evento de Surf?

Todos gritan:

–¡Sí!

–¿Quién tiene planeado entrar a la competencia de principiantes?

Escucho un montón de *yo*, *yo*, *yo*.

Agh. Son muchos niños contra los que tendré que competir, niños que pueden pagar tablas nuevas y clases profesionales.

Unos minutos después, todos se meten al agua. Primero todos se meten hasta la cintura y toman las olas desde ahí. Luego unos pocos comienzan a remar más lejos. Dos niños se paran casi de inmediato, montando una ola cristalina hasta el final. Los demás no están nada mal tampoco.

¿Estos son principiantes? Yo todavía no puedo irme por la línea, eso significa voltearte para poder ir de frente con la ola, paralelo a la orilla, y conseguir montarla mejor y por más tiempo. Eso está fuera de mis alcances. Todo lo que sé hacer hasta ahora es ir derecho, en sentido perpendicular hacia la playa.

Si estos niños son ejemplos de "surfista nivel principiante" para la competencia del Evento de Surf, entonces tengo que esforzarme más. Tengo que trabajar más de lo que había pensado.



42
NALDO RECONOCE A ETTA

–¡Maudie! –me encuentro a Naldo en las escaleras. Trae cargando un montón de conos de tráfico naranjas y un enorme señalamiento–. ¿Me ayudas con todo esto?

Tomo algunos de los conos y bajamos los escalones hacia la playa.

Es una mañana borrascosa, ventosa y complicada. Solo hay unos cuantos surfistas, y son *buenos*. Por supuesto, eso incluye a Etta.

Naldo me muestra el señalamiento, amarillo con gruesas letras negras: PELIGRO: ACANTILADO INESTABLE. Señala el acantilado en dirección norte.

–No te acerques ahí, ¿okey? –dice–. El geólogo acaba de venir. Toda esa sección está en riesgo de colapsar.

Vaya.

–El nivel de mar se está carcomiendo la base. El año pasado había una casa en Del Mar que se derrumbó hacia el agua a causa de un acantilado inestable. Fue un desastre.

Pienso en eso.

–Supongo que puedes perder tu casa a causa del fuego o del agua –digo.

Naldo sonríe sombríamente.

–Por eso los humanos se deben adaptar –señala la zona de peligro–. Podemos construir muros, podemos elevar las cosas con andamios, podemos dragar y rellenar con arena… pero en algún punto, tendremos que dejárselo al océano y ajustarnos a una nueva costa. Las olas de cambio son inevitables.

–Quizá podemos aprender a construir diferentes tipos de casas –sugiero–. Unas que no se quemen o se inunden.

–Y aprender a construirlas en lugares diferentes.

Antes de regresar por las escaleras, Naldo se cubre los ojos del sol con la mano y echa un vistazo al agua conmigo.

–Día agitado –dice. Vemos a Etta moverse rápido en su tabla corta y naranja. Sus cejas se levantan–. Oye, espera, ¿esa es Etta Kahana? –se ríe levemente–. Escuché que había regresado al pueblo.

Mi corazón palpita sorprendido.

–¿La conoces?

—Sé de ella. En su tiempo era una surfista profesional, pero lo dejó cuando se estaba volviendo muy famosa. Ella solo surfea por diversión, moviéndose de un lugar a otro. Creo que vive en su van. Es como una leyenda hippie. Pasa por aquí cada verano en su camino hacia Baja.

Naldo saca su teléfono.

–Mira esto –en dos segundos me muestra un video de una Etta mucho más joven, surfeando frente a una enorme ola–. Era lo que Etta solía hacer en Mavericks, en aquella época –dice con asombro–.

En el norte de California. Es una locura. No muchas mujeres surfeaban las grandes olas antes. Ella fue una de las primeras –guarda su teléfono y entrecierra los ojos viendo al agua–. Aún es buena.

Etta está descendiendo de una enorme ola justo ahora, elegante como un ave marina en picada. Naldo sacude su cabeza con admiración.

–Espero poder moverme así en veinte años. Demonios, a quién engaño, ¡desearía poder moverme así ahora!

Siempre supe que Etta era especial, casi mágica.

Me pregunto por qué dejo el surf profesional cuando era joven.

Tal vez algún día la conozca lo suficientemente bien para preguntarle.



43
DELFINES

Este verano, la vida está cayendo en una especie de buena rutina.

Me gustan las rutinas.

Primero, papá desayuna al amanecer. Luego se sube a su camioneta y se va a trabajar. Y en cuanto se va, yo bajo por las escaleras de la playa.

Si las condiciones son buenas, le pido a Max mi tabla en la torre de salvavidas. (¡Papá aún no sospecha nada!). Y busco a Etta. De lo contrario surfeo por mi cuenta, con algunas instrucciones de Max.

Estoy mejorando con cada día que pasa.

Si las condiciones no son buenas para surfear o si la calidad del agua es mala para nadar, entonces entreno en la playa.

El Evento de Surf es en cinco semanas.

¡Cinco semanas!

Cuando entreno, hago lagartijas, abdominales, planchas y sentadillas. Dos rondas de veinticinco repeticiones de cada cosa. Luego normalmente nado.

Cruzo como una raya la rompiente, hacia donde las olas son montículos cristalinos y el fondo arenoso es visible a través del lente ondulado del agua. Me quedo donde Max puede verme. Luego empiezo nadando lento paralela a la playa, desde las escaleras hasta llegar al otro extremo cerca del acantilado y de los surfistas. Intento mantenerme en línea recta, aunque por supuesto me caigo y zigzagueo un poco. El agua está lo bastante fría como para adormecer y calmar mi piel. Amo eso.

Hoy, mientras estoy en el agua, veo algo por el rabillo del ojo, algo un poco más lejano. Al principio pienso que quizá es otro nadador. Me mantengo a flote y me limpio el agua de los ojos para ver mejor.

Tres elegantes aletas se mueven en la superficie del agua.

Exploto en pánico.

¿¡TIBURONES!?

Pero no.

Mi instinto me dice que no. Por la forma en la que se mueven, arqueándose hacia adentro y hacia afuera del agua. ¡Son delfines! ¡Elegantes delfines negros! Tres, cuatro, ahora son cinco, ¡toda una manada! Me río de mí misma. ¡Increíble! Intento copiar sus suaves arcos hacia adentro y afuera del agua, solo por diversión. Podría hacerlo si tuviera una cola de sirena.

Todos los días hay algo nuevo en el océano.

Por eso amo surfear y nadar. Sé cómo se siente Etta Kahana cuando dice que no puede respirar si se aleja mucho del agua.

¿Han visto cómo usan el agua en la iglesia o cuando bautizan a la gente? Creo que es porque cada vez que estás en el océano, lo sepas o no, estás conectado a algo que es nuevo constantemente. Cada ola es un nuevo comienzo.

Y cada vez que bajo las escaleras y veo el océano Pacífico entero desplegarse frente a mí, tengo la misma sensación chispeante que me deja sin aliento como si lo estuviera viendo por primera vez.

El agua es un milagro.



44
LA CASA DE PADDI

¡Finalmente llegó el día! ¡Voy a ir a casa de Paddi!

Pensé en todo lo que debo decirle a ella y a su mamá para ser una buena invitada. Encontré una hermosa concha de mar para regalarle a Paddi. Un nautilus casi intacto, blanqueado por el sol. También trajimos galletas de chocolate que mi papá compró en una repostería, todo envuelto en una caja blanca con un lazo rojiblanco. Y un huesito para Leonardo.

–Algo que la abuela Carmen me enseñó y que se me quedó en la cabeza –dice papá– es que nunca seas ese invitado que llega con las manos vacías –coloco la caja de galletas, el hueso y la concha de mar en el asiento de la camioneta entre nosotros, y nos vamos.

No tardamos nada. Al parecer Paddi no vive muy lejos. Nos detenemos en una casita con flores moradas floreciendo por el camino. La puerta se abre de par en par mientras mi papá y yo nos acercamos, y ahí está la doctora Shakti. Lleva puesta una túnica

verde brillante, unos pesados lentes negros y su cabello está hecho un chongo con un lápiz atravesado.

Me siento tímida.

Paddi se asoma a ver por detrás de su mamá. Sus enormes ojos cafés me miran fijamente. Y ahora, Leonardo se abre paso entre Paddi y su mamá, se acerca sigilosamente hacia mí con la expresión más boba posible.

–¡Leonardo! –le grito, rascándole la cabeza y abrazándolo–. Gigantón, ¿cómo estás?

Ya no me siento tímida. Leonardo rompió el hielo.

–Bienvenidos, bienvenidos –dice la doctora Shakti–. ¡Adelante, adelante!

Mientras los adultos platican en el vestíbulo principal, Paddi, Leonardo y yo subimos las escaleras hacia su habitación. Me detengo en la entrada y parpadeo. Había olvidado lo que era estar en una casa de verdad. Tener un cuarto, en vez de solo una litera en una oxidada casa rodante que huele a cigarros viejos.

Su colcha tiene estampados de flores rojas y azules y es suave y hermosa. Leonardo se sube de un brinco, da una vuelta, y se deja caer. Se ve que se siente en casa. La luz del sol se cuela a raudales por las cortinas blancas y vaporosas de las ventanas. Pelo de perro flota en los rayos del sol. Oh, Leonardo.

Paddi tiene su propio escritorio para hacer la tarea debajo de la ventana, ¡y tiene *su propia* laptop! También hay una hermosa flor de cristal blanco brillando con la luz del sol en el alfeizar.

–Me encanta tu cuarto –la miro directo a los ojos y pongo mi mano en mi corazón para que sepa que lo digo en serio–. Es… es perfecto.

Paddi se da cuenta de que estoy viendo la flor de cristal.

–Es un regalo de cumpleaños –dice–. Es una flor de loto y se supone que me ayuda a meditar.

–¿Eso es cuando cierras los ojos y te sientas con las piernas cruzadas y piensas?

Ella se ríe.

–Se supone que *no* debes pensar. Mi mamá cree que es una buena herramienta mental si tienes TDAH o algo así. Tomaré clases de mindfulness en la escuela de verano. También de piano, futbol y me meteré a un club de lectura –tararea y da vueltas a mi alrededor–. ¡Deberías venir a la escuela de verano! ¡Es muy divertido!

–Tenemos problemas de dinero. No podemos pagar cosas como esas ahora –le digo.

Paddi deja de bailar.

–Ah. Lo siento. Bueno, ¿harán *algo* divertido este verano?

–¡Sí! –asiento rápidamente–. ¡Estoy aprendiendo a surfear! Pero no le digas a mi papá, ¿okey? Es para sorprenderlo en El Evento de Surf. ¡Voy a entrar a la competencia de principiantes!

Las cejas de Paddi se van hasta el cielo.

–¡Eso es increíble!

–De hecho, la señora que me está enseñando es un poco famosa –digo. No puedo dejar de presumir un poco. Supongo que quiero impresionar a Paddi–. Su nombre es Etta, y alguna vez fue una surfista profesional.

Justo en ese momento, la doctora Shakti nos llama desde las escaleras.

–¡Paddi, alístate! ¡Vamos a ir a la escuela en unos minutos! ¡Y, Maudie, ven a despedirte de tu padre, por favor! –usa el mismo tono mandón con Paddi y conmigo, y eso me gusta. Papá me da un beso de despedida en la cabeza, donde no me molesta. Dice que viene por mí en unas horas.

La escuela queda muy cerca caminando. Nos llevamos a Leonardo con su larga correa roja de cuero. Después de unos minutos, a las faldas de una colina, veo unos edificios escolares de baja altura conectados por pasillos cubiertos. También por ahí veo algunas casas rodantes que son salones de clases. En el estacionamiento hay un contenedor de construcción con pilas de madera y materiales.

–La escuela está creciendo muy rápido. Siempre estamos construyendo o reparando algo –dice Paddi.

Una vez que nos abrieron el portón y pasamos por la oficina general, hay una linda fuente de azulejos en un patio y una cálida y amigable sensación en el aire. Un grupo de niños pequeños pasa caminando con su profesor.

–Hola, doctora Shakti –dicen todos. ¡Y recuerdo que ella es la directora!

–Necesito ir a mi oficina –dice la doctora Shakti–. Me llevaré a Leonardo conmigo. Paddi, ¿por qué no le enseñas la escuela a Maudie?

Todo en este lugar se siente relajado y feliz.

Caminamos por el patio y pasamos por algunos edificios de salones de clases. Algunos de ellos están en construcción. En algún lugar, a la distancia, alguien está martillando y taladrando. Seguimos el camino hacia un lindo patio cubierto con mesas de pícnic, rodeado de flores y vainas.

Un montón de niños está arriba de las mesas de pícnic, cantando, mientras un orientador, un hombre joven de barba con un genial y colorido poncho, toca la guitarra. No son muy buenos cantando, pero nadie alrededor los mira extraño o de forma sarcástica. Eso jamás pasaría en mi escuela en Texas.

Otros niños están por ahí, sentados en el pasto o en bancas, leyendo, escuchando con sus auriculares, comiendo bocadillos. Un chico esta acostado sobre una mesa, profundamente dormido, usando como almohada un grueso libro. Paddi saluda a algunos de ellos.

–¡Hola, chicos! ¡Ella es Maudie! –dice. Ellos saludan y yo saludo de vuelta.

–Bueno –dice Paddi–. Estos edificios llevan poco tiempo siendo una escuela. Solía ser un centro de retiro corporativo. Mi mamá está trabajando duro para arreglarla y hacerla más, pues, una escuela. Aunque ahora es la temporada veraniega y estamos un poco relajados. Como puedes ver.

–Es muy diferente a mi escuela –le digo–. Mi escuela es un gigante cubo de ladrillos con cientos de niños, ¡y abarca toda una cuadra! –estos salones, por el contrario, no son más grandes que un cobertizo y tienen amplios senderos de jardín entre ellos.

Echamos un vistazo a algunos de ellos: tapetes coloridos, mesas grandes, sillas cómodas, montones de arte.

–¿Dónde está su salón de educación especial? –le pregunto a Paddi, recordando al buen profesor Parris y nuestro salón en el sótano húmedo.

Ella se ríe.

–*La escuela entera* es básicamente el salón de educación especial.

Ah, sí. Se me olvidaba que todos los niños de aquí tienen algún tipo de desafío de aprendizaje. Eso es genial.

–Mira este salón –dice Paddi–. Creo que te va a gustar.

Abre una puerta hacia un oscuro y callado espacio con paredes azul oscuro y sillones puf color rojo.

–Aquí es el salón de Desintoxicación Sensorial –susurra Paddi–. Puedes venir cada vez que lo necesites. Nadie te va a cuestionar. Solo levantas la mano y le dices a tu profesor que necesitas un descanso sensorial. Y del otro lado de la escuela… ¡está el salón de Estímulo Sensorial! –me lleva a un pequeño gimnasio con paredes brillantes y muchos tapetes, una pelota para ejercicio, una cuerda para escalar, un saco para boxear y varios minitrampolines–. ¡*Amo* este espacio!

Intento asimilarlo todo.

–¿Qué tipo de escuela es esta?

–Genial, ¿no? Lo interesante de aquí es que *todos* están lidiando con algo. Así que todos lo entienden. Trabajan mucho contigo individualmente para que te vaya mejor.

Guau. Solo guau.

–Ahora quiero mostrarte mi lugar favorito –dice Paddi.

La sigo hacia la cima de la colina detrás de la escuela. Es una subida inclinada, pero la cima es hermosa. Hay una suave brisa zumbando a través de gigantes árboles de eucalipto, haciendo que todo huela un poco a pastillas para la tos. Metida entre los árboles está una casita de estuco que no es más grande que un cobertizo.

–Es la cabaña del viejo cuidador –dice Paddi–. Se está cayendo, así que no tenemos permitido entrar. Pero mira hacia allá, esta es mi parte favorita. ¿Ves esos columpios en los árboles?

Dos columpios de madera están atados con cuerdas muy largas a las ramas en lo alto de un eucalipto. Nos subimos a ellos y empezamos a columpiarnos juntas. Vamos al mismo ritmo, nuestras piernas se estiran y se encogen, estiran y encogen. Columpiarme normalmente hace que mi cerebro se maree, pero sigo el ritmo porque no quiero que Paddi piense que soy aburrida. Después de uno o dos minutos, no se siente tan mal. Quizá estoy superando el mareo.

Cuando nos columpiamos hacia arriba, el océano aparece debajo de nosotras, azul y brillante. Veo un grupo conocido de puntos negros.

–¡Mira! –le digo a Paddi–. ¡Surfistas!

–¡Esa vas a ser tú cuando sea El Evento de Surf!

–Tengo que ganar. El premio son mil dólares. Y necesitamos el dinero.

–Genial –dice Paddi–. ¡Buena suerte!

–Además, ¡es que, de verdad, amo surfear! Me hace sentir… valiente.

Es verdad. Por mucho tiempo sentí miedo. De la escuela, de la señora Jills, de mi mamá, de Ron. Incluso de columpiarme en los columpios.

El miedo siempre se sentía como una franja de fuego persiguiéndome.

Pero ahora que escapé de una *real y verdadera* franja de fuego, empiezo a preguntarme si puedo lidiar con más cosas de las que pensaba.

Esa noche, después de regresar de la casa de Paddi y haber cenado con papá, su teléfono suena. Brinco del pánico cuando me lo extiende, pero cuando veo el nombre, pongo el teléfono en mi oído. Mi papá levanta las cejas, pero cuando digo "hola" con una gran sonrisa al teléfono, sus ojos azules brillan.

–Hola –dice Paddi–. Estaba viendo la página de internet de El Evento de Surf. ¡También hay una categoría para perros en la competencia de surf! ¿Crees que podemos enseñarle a Leonardo a surfear?

Pienso en el gigante, rizado y bobo Leonardo sobre una tabla.

–*¡Por supuesto!* –grito por teléfono.

–¿Me puedes ayudar a pensar en un disfraz para él? Los perros usan disfraces. La temática es de superhéroes.

Me río.

–¿Spider-Can? ¿LeonarThor? ¿Capicán América?

Paddi suelta una carcajada.

–Por cierto, gracias por mostrarme tu escuela hoy –le digo.

Escucho a Paddi respirar.

–¡Tal vez puedas ir ahí también! –dice–. ¡Pídelo!

–¡No puedo!

–¡Pedir es sencillo! ¡Tal vez no lo consigas, pero por lo menos la gente va a saber lo que quieres! –me está regañando.

Mi nueva amiga vive una buena vida con una buena mamá en una linda casa. Ella no lo entiende.

Papá jamás podría pagarme una escuela como Escuela Vida. Nunca se lo pediría. ¿Por qué querría hacer sentir mal a papá?

Oh, Paddi. Después de todo ella es más joven que yo. Simplemente no lo entiende.



45
BOTES VACÍOS

Etta y yo estamos flotando hacia un lado de la línea mientras vemos a tres surfistas compitiendo por remar más rápido por una ola. Uno se despega bien y fácil, y monta una ola que lo lleva en un viaje suave y sin mayor esfuerzo. Después de que su ola se desvanece, simplemente se baja de la tabla y se mete al agua haciendo ruido al entrar. Se sube otra vez y empieza a remar de nuevo.

–¿Viste cómo hizo eso? –dirige su mirada hacia mí–. Tú podrías montar esa ola. Tienes todas las habilidades para hacer lo que él acaba de hacer.

¿En serio? ¿Yo podría hacerlo?

–Solo tienes que empujar más allá de ese bloqueo de miedo que te detiene. Lo puedes hacer. Solo que aún no te has dado cuenta.

–No le tengo miedo a las olas –le digo–. Tengo miedo a luchar contra los chicos en la *línea* por mi derecho a montar las olas.

Etta me mira de forma chistosa. ¡Pero es cierto! Los otros surfistas, especialmente los hombres adultos, pueden perder la

cabeza y ser impredecibles. Incluso ahora, un grupo de ellos está peleando por haber perdido una ola.

–Tienes que aprender a enfrentarte a ese tipo de personas –dice Etta–. ¡Hazte valer! ¡No dejes que te dominen, no dejes que lo hagan!

Es fácil para ella decirlo. Ella no es yo.

Y claramente nunca ha vivido con alguien como Ron.

–Oye, Etta… ¿Alguna vez has tenido un problema personal con alguien que… se enojó mucho contigo? O sea, simplemente explotó sin razón alguna.

Los músculos de mi cara se adormecen mientras hablo. Las palabras salen de mi boca como si fueran trozos de lodo de mar. Mis mejillas están rojas.

Estoy hablando de esto.

Etta se queda congelada, luego me extiende una mano.

–Querida, ¿tu padre…?

–¡Ay, no, por Dios, NO! No es mi papá –digo rápidamente–. Ese problema no me está sucediendo *justo ahora*.

Las arrugas de su frente se relajan un poco.

–¿Algo del pasado?

Asiento.

–Siento que hayas tenido que pasar por eso en tu vida.

Nos sentamos en silencio por un momento, montadas en nuestras tablas. Me mira con los ojos entrecerrados.

–¿Estás a *salvo* ahora?

Asiento de nuevo.

Me analiza, frunciendo el ceño.

–Bueno… quizá tengo una historia para ti –mete una pierna debajo de ella, poniéndose cómoda–. Se trata de un monje que vio un lago tranquilo. Rentó un bote de remos y remó hacia la parte más pacífica y callada. Se sentó ahí, meditando con los ojos cerrados, su mente divagaba plácidamente por horas.

Me imagino al monje en su bote de remo. No muy diferente a nosotras justo ahora.

–De repente… ¡BANG! –Etta grita, golpeando su mano contra la tabla–. ¡Otro bote chocó con él! El monje se enojó demasiado. Abrió los ojos para gritar y vociferar contra el tonto que lo embistió. Pero lo único que vio fue un bote vacío. Se había soltado del muelle. Y luego el monje se rio y lo comprendió.

Yo no entendí. Arrugué la nariz.

Etta sonríe.

–Eres el bote vacío. ¿Me explico? Simplemente eres el inocente bote vacío. Su enojo es *su problema*, dentro de ellos. *Ellos* son los que están mal. No tú.

Si lo que Etta dice es cierto, entonces es correcto pensar que la ira de Ron no es en verdad mi culpa.

Sí. Eso puede ser.

Pero los moretones aún duelen.



46
TOUR POR EL PUEBLO DE MI PAPÁ

El sábado, de camino a la tienda de abarrotes, a papá se le dibujó una sonrisa chistosa en la cara y, de repente, giró el volante de la camioneta hacia un camino secundario. Llevaba hacia el estacionamiento de la Preparatoria Conwy.

Se detuvo en una sombría esquina, estacionó la camioneta, y dijo:

–Aquí, jovencita, es el lugar donde tu mamá y yo nos conocimos.

Su cara era de ensueño.

–Yo intentaba hacer un truco con mi patineta justo allá –señaló una pequeña pendiente–. Me caí y dejé caer un montón de ladrillos en el cofre del coche de tu madre. Bueno, el coche de sus padres –se ríe.

–¡Ay, no! –estaba contenta. ¡Él nunca me cuenta cosas como esta!

–Se bajó, vio el golpe y ni siquiera me preguntó si yo estaba bien. Solo me dijo que me subiera al coche, y luego manejó hasta su casa. Para que yo les explicara a sus padres que ella no era culpable del

golpe –se rio–. No estaban para nada felices. Me tomó un año poder pagar por las reparaciones. Como sea. Así es como terminamos juntos. Mi primer beso fue con tu mamá –sonrió–. Si lo piensas, si yo no hubiera sido malo haciendo trucos con la patineta, tú no existirías –chocamos los puños.

Giré los ojos, pero no pude evitar sonreír un poco.

–Okey –papá golpeteó el volante–. ¿Qué más quieres ver? Creo que ya es hora de que te dé un pequeño tour nostálgico por el pueblo. Si tú quieres, lo hacemos.

Mi corazón se agitó. ¡Podría ser divertido!

–¡Sí quiero! Quiero ver dónde vivías con la abuela Carmen.

Los arrugados ojos de mi papá se tornaron pensativos.

–Es una buena idea. Deberías verlo. Debes conocer ese lugar –dijo mientras encendió el motor.

Papá maneja tierra adentro, lejos de las flores exuberantes y de la brisa del mar. Aquí hay filas de cemento llenas de maleza en el centro del camino, palmeras a punto de caerse, centros comerciales vacíos.

Finalmente, giramos hacia una calle más oscura y nos detenemos frente a un pequeño edificio de departamentos.

Un viejo con un overol azul está afuera, rastrillando la tierra. ¿Cuál es el punto de rastrillar la tierra?

Mi papá ve al viejo y suspira.

–¡Ay, por Dios, Maudie! –me toma del brazo–. ¡No puedo creerlo!

Papá sale de un brinco de la camioneta.

–¡Rollie! ¡Rollie! Soy Pedro. ¡El hijo de Carmen McGinn! ¡No puedo creer que aún estás aquí!

El hombre entrecierra los ojos al ver a mi papá, luego suelta un grito y se acerca cojeando.

La abuela Carmen era mi abuela. Sé que ella nació en Venezuela y vino a Estados Unidos siendo muy joven. Sé que conoció y se casó con Joe McGinn, un marino de San Diego. Sé que él murió en el mar y la dejó sola criando a mi papá.

Para poder hacer eso, sé que ella limpiaba casas, cuidaba a los hijos de otras personas y por un tiempo fue cocinera en un restaurante. (Desafortunadamente no le heredó sus habilidades en la cocina a papá).

Sé que tejía colchas muy suaves. Y que amaba mucho a mi papá. Las colchas se perdieron en el incendio. Pero mi papá aún se siente arropado por su amor. Te puedes dar cuenta por lo suave y especial que se vuelve su voz cuando habla de ella.

Mientras papá corre a saludar al viejo que la conocía, al tal Rollie, yo me quedo en la banqueta frente a la camioneta. Me imagino a mi papá siendo un bebé aprendiendo a caminar por esa banqueta, sosteniendo la mano de la abuela Carmen. Luego imagino a mi papá en la secundaria, corriendo para alcanzar el autobús escolar.

A mi papá adolescente, yendo a la preparatoria con su patineta bajo el brazo. Es muy divertido pensar en todo eso.

Lentamente, me acerco a papá y Rollie, que están dándose palmadas en la espalda mutuamente. Tal vez a mi papá se le pasó la mano con Rollie porque está teniendo un ataque de tos. Pero se recupera y esboza una enorme sonrisa.

–¡No puedo creerlo! –tiene una voz débil de gente mayor, piel rugosa y mechones de cabello blanco rebeldes que se asoman por debajo de su gorra de beisbol de los Padres de San Diego.

–¡La última vez que vi a tu papá, no era mucho más grande que tú! –voltea a ver a mi papá–. Tu madre era una mujer excepcional, que en paz descanse. ¡Sí que sabía cocinar! Y sus arepas eran exquisitas.

–¿Qué son las arepas? –le pregunto a mi papá.

Rollie parece un poco impresionado.

–¿No lo sabes? ¿Y eres nieta de Carmen?

Papá se avergüenza.

–No sé cocinar. Pero es algo por lo que tu abuela era muy famosa. Como un panecillo de harina de maíz relleno de queso derretido. A veces con jamón.

Rollie regaña a mi papá.

–¿Tu propia hija jamás ha comido una arepa? Oye, ¿sabes qué? Creo que tengo algo para ti. ¡Ahora vuelvo! –Rollie se va cojeando hacia su departamento, a solo unos pasos de ahí y regresa con una tarjetita. Está amarilla por el paso del tiempo y salpicada de aceite. Me la entrega.

Es la receta para hacer *arepas con queso*, escrita con garabatos de tinta azul. Incluso si pudiera leer lo que dice, no podría entender su escritura.

–¡Mira esto! Es la letra de mamá –papá susurra. Sus ojos se ponen acuosos–. Ver su letra es como escuchar su voz. Qué recuerdos –dice–. Tenía algunas de sus cartas en la cabaña, pero ya no existen.

Rollie frunce el ceño.

–¿No existen?

–Se quemaron. Mi casa estaba allá en Molinas… el incendio.

Rollie gruñe, coloca su mano sobre el hombro de mi papá.

–Lo siento mucho, amigo –dice–. ¿Así que ahora estás de regreso en el pueblo?

–Estoy rentando una casa rodante en el campamento de la playa. Es de Rinaldo –dice mi papá–. ¿Recuerdas a mi viejo amigo Naldo?

Rollie se ríe suavemente.

–Lo recuerdo. Era una amenaza más grande que tú sobre la patineta.

No podemos entrar para visitar el viejo departamento de papá y la abuela Carmen porque ahora otras personas viven ahí, dice Rollie, y no les agradaría. Pero podemos verlo por fuera. Papá señala la ventana de la que era su habitación.

Estoy tan contenta de haber conocido a Rollie, quien conoció a mi papá cuando era un niño. Por lo menos puedo imaginarme más sobre la infancia de papá. Es algo que jamás había podido hacer.

Este tour nostálgico ha sido genial.

Rollie y mi papá se dan palmadas en la espalda de nuevo.

–Has crecido mucho, jovencito –le dice Rollie–. Tu madre solía preocuparse mucho por ti cuando eras joven, ¿sabías? –dice moviendo un dedo–. En ese tiempo, nadie sabía nada sobre esas cosas de cerebros diferentes. Has crecido mucho.

–Gracias. Al igual que mi hija –dice mi papá–. Tiene algunas dificultades también, pero es brillante, es un sol. Estoy muy orgulloso de ella.

Él y Rollie están ahí parados, mirándome.

En mi interior, toda clase de sentimientos atraviesan y recorren mi mente.

Alegría: porque mi papá acaba de decirme *brillante y un sol*.

Sorpresa: porque Rollie dijo que mi papá también tiene "**cosas de cerebros diferentes**".

¿Mi papá también tiene cosas de cerebros diferentes?

Esto es nuevo para mí.

Pero al mismo tiempo: tal vez no tan nuevo.

Tiene mucho sentido, y creo que, hasta cierto punto siempre lo supe.

Aun así, el instante en el que nos subimos a la camioneta, lo tomo por el brazo.

–¿Por qué Rollie te dijo eso? ¿Sobre las cosas de cerebros diferentes?

Papá se ve un poco incómodo.

–Bueno, sí, o sea, tú sabes –se rasca el cuello–. Muchas veces te he dicho que somos parecidos en ese sentido. Tengo problemas de aprendizaje, no puedo seguir instrucciones, hago lo que quiero, me alejo, me saturo sensorialmente. Y todas esas cosas de cerebros diferentes solían volverme loco en la escuela.

Lo tomo del brazo con más fuerza.

–Sí, pero ¿estás diagnosticado con algo, como yo?

–No hacían eso cuando yo era un niño. Era todo lo que sabían. Solo dijeron que era de lento aprendizaje, me pusieron en clases de regularización. Tu abuela se preocupaba mucho por mí. Pero en la preparatoria, la gente empezaba a saber más, a hablar más sobre la dislexia, TDAH, síndrome de Asperger. Tu abuela sabía que yo tenía algo de eso, pero no podíamos pagar las pruebas y la escuela

tampoco las pagaría. Aunque ahora, especialmente desde que te tuve a ti… bueno. Me veo a mí mismo en ti todo el tiempo, Ratón.

Sus ojos azules brillan al mirarme.

Esto. Es. Información. Nueva.

De camino a casa, estoy callada. Los dos lo estamos. Tengo mucho que pensar, intento decidir cómo me siento. Papá nunca había sido tan abierto conmigo.

Decido que…

Me gusta esta información.

Explica muchas cosas.

Sobre por qué mi papá y yo nos entendemos tan bien y tenemos una conexión especial.

Se enfoca demasiado en la carpintería, yo me enfoco demasiado en leer o escribir o surfear.

Papá se abruma a veces, y yo también.

Es despistado para algunas cosas y muy enfocado en otras cosas.

Yo también.

Y los dos nos sentimos incómodos con nuevas personas y situaciones…

Me siento rara con estos nuevos y extraños sentimientos.

Estoy un poco molesta, a decir verdad. Desearía que papá me hubiera hablado más acerca de esto antes. Me habría ayudado a sentirme menos sola.

¿Por qué no dijo nada?

Supongo que papá también se guarda secretos.

Y me doy cuenta:

quizá guardarse secretos
no es una muy buena idea.



47
LE MUESTRO LA ESCUELA A MI PAPÁ

De regreso del tour de la nostalgia, me doy cuenta de que estamos pasando justo en frente de una calle muy familiar.

–¡Espera! ¡Alto! –digo–. ¿Ves ese portón de allá? ¡Esa es la escuela de Paddi!

Le pido a mi papá que se estacione. Lo saco del coche y caminamos hacia el portón. Está cerrado, pero echamos un vistazo por las rendijas.

–Siento que no la puedas ver toda. Tienen dos salones sensoriales diferentes, un salón de Música y unos columpios geniales en la cima de la colina desde donde puedes ver el océano. Y todos son muy amables. Y todos tienen alguna dificultad de aprendizaje como las que mencionamos. Todos los niños de la escuela son como… ¡nosotros!

Los ojos de mi papá se arrugan.

–Estás muy emocionada, Ratón.

–¡Y la mamá de Paddi es la directora! ¿No es eso genial?

Estoy emocionada. Pero al mismo tiempo un poco avergonzada. Nunca le pediría a mi papá poder venir a esta escuela porque no tenemos dinero. Pero por lo menos quiero mostrarle el lugar. Mostrarle que un lugar como este existe y que es muy genial.

Papá juega con las llaves de la camioneta y mantiene su cabeza baja para que no pueda ver sus ojos.

–Pero te gusta tu escuela en Texas, ¿no? Nunca te habías quejado mucho de ella.

Siento la garganta llena de tantas cosas que quisiera decir. Pero no tengo que decirlas. Él lo sabe y pone su mano en mi hombro.

–Maudie, si pudiera, te daría esto sin pensarlo.

–No. Lo sé. Me refiero a que ojalá tú hubieras tenido una escuela como esta. Cuando eras niño. Yo no necesito ir ahí.

Trago una mezcla amarga de anhelo, decepción y amor.

Jamás querría que papá se sintiera mal por lo que no me puede dar.

No con lo mucho que me ha dado.



48
SOBRE POR QUÉ NO PUEDO DORMIR

Algunas noches,
son las olas del océano
lo que me mantiene despierta.
Una y otra vez
en la costa revuelta,
escucho su RUGIDO
(luego silencio),
RUGIDO…
(luego silencio),
RUGIDO….
(luego silencio)…

Mi padrastro es un RUGIDO de ira
que me mantiene en silencio.

Un recuerdo arde en mi mente a mitad de la noche. Ron acababa de regresar del trabajo. Esto sucedió no mucho después de la boda. Tal vez una semana más o menos después de que nos mudáramos con él.

–¡Grace! –gritó. Se aflojó la corbata y colgó el saco de su traje en el respaldo de una silla–. ¿Dónde carajo estás?

Yo tenía papel y crayones regados por todo el suelo frente a la televisión.

Estaba tan concentrada dibujando que no recordaba que estaba ocupando el lugar donde a Ron le gusta descansar después del trabajo.

Bueno, tenía un leve presentimiento de que mamá quizá me había dicho algo sobre eso antes. Sobre limpiar mi desorden y de "**hacerme la loca**". Pero supongo que lo olvidé.

–¡GRACE! –la grave y gruñona voz ladró de nuevo. Mis brazos hicieron de nuevo ese reflejo de sobresalto, aleteando por su cuenta.

–¿Dónde está tu madre? –Ron apartó mis papeles hacia la mesa de centro y se dejó caer en su silla con un golpe sordo y un gruñido.

–¡GRACE! –se talló los ojos–. ¿Podrías limpiar este desorden, por favor?

¿Ron se refería a que Grace, mi mamá, limpiara el desorden? ¿(1) Él estaba llamando a *Grace* o (2) se refería a que *yo, Maudie*, limpiara el desorden?

El miedo hizo mi cerebro más lento de lo normal. No podía saber qué quería.

Seguí dibujando.

Ron le dio un sorbo a su cerveza.

–¡Oye! –gritó firmemente–. ¡Yo sé que me entiendes! ¡Limpia este desorden y vete de aquí en este instante!

¿Pero qué quería que hiciera primero? Si me iba de ahí en ese instante, entonces no podía limpiar el desorden.

–¡Oye! –Ron volvió a gritar–. ¡Dije que me mires!

Levanté la cabeza para intentar verlo. En la pared detrás de él estaba una enorme foto de su boda enmarcada: mamá estaba sonriendo, mostrando los dientes extrablancos y Ron parecía una versión sonriente de una figura de acción de él mismo. No como el Ron que estaba frente a mí, el Ron de verdad.

–¿Necesitas que te limpien los oídos?

Tengo problemas para dejar de hacer cosas. Me pego como pegamento a cualquier cosa que hago y me es extremadamente difícil cambiar de actividad. Si Ron hubiera puesto un cronómetro como lo hace Alana, mi terapeuta, y me hubiera dicho exactamente lo que tenía que pasar, yo hubiera hecho lo que me estaba pidiendo. Pero él me confundía. Y el miedo me confundía más.

Luego, de alguna manera, la situación… se transformó.

¿Conocen al Increíble Hulk? ¿Cómo cuando se enoja, sus ojos se vuelven rojos y crece y cambia de color? Bueno, cuando Ron se enoja, sus ojos también se vuelven rojos. Pero él no se vuelve de color verde, como Hulk. En vez de eso, él se vuelve rojo.

El color rojo se extiende por su cuello de toro y se esparce como una ola hacia su rostro y rodea sus ojos. Y en poco tiempo la transformación se completó. RON ES EL HULK ROJO.

Y después ten cuidado porque él *irá* por ti.

Ese día, el primer día en que lo vi como el Hulk Rojo, se abalanzó por mi caja de crayones y los lanzó por el pasillo hacia la puerta de

mi habitación donde chocaron, se rompieron y se esparcieron. Mientras tanto, yo temblaba como un ratoncito en la mesita de centro. Como una débil gacela que no puede huir o moverse.

Los rugidos seguían y seguían. De repente el Hulk Rojo me había atrapado y me estaba sacudiendo.

–¡TE ESTOY HABLANDO! ¿POR QUÉ NO ME ESCUCHAS?

Mis piernas colgaban. Estaba blanda como un pez muerto. Recuerdo que se me cayeron los zapatos.

Me llevó cargando hacia la mitad del pasillo, luego me dejó tirada en la puerta de mi habitación, justo enfrente de la habitación de mamá y Ron. Estaba aturdida, apartada en algún lugar, viendo todo como si se tratara de una escena de una película.

Mientras permanecí así en el suelo, la puerta de mamá se abrió solo un poco. Vi la punta de su pantufla rosada asomarse en la oscuridad.

Cuando vi esa punta de pantufla pensé que la ayuda había llegado. Que mamá me tomaría en sus brazos y me protegería. Tendríamos que irnos, regresar a nuestro viejo, diminuto y horrible departamento del otro lado de la ciudad, pero al menos estaríamos a salvo de nuevo.

Eso no fue lo que pasó.

En vez de eso, los ojos de mamá se movieron rápidamente por todo el lugar, como si intentara procesarlo todo. Los crayones rotos y esparcidos por todas partes, yo tirada en el suelo y el eco de los rugidos de Ron sonando a nuestro alrededor.

Y una vez que lo procesó, sus pantuflas rosadas se dirigieron por el pasillo hacia Ron.

–Ay, por Dios, me quedé dormida. Tuve un dolor de cabeza muy fuerte. Lo siento mucho, cariño –dijo con una voz suave y calmada–. ¡Maudie sabe que no debe molestarte! No te preocupes, no va a pasar de nuevo. No dejaremos que pase de nuevo. Te lo prometo. Me encargaré de eso a partir de ahora. Y ella va a aprender las nuevas reglas, todo estará bien –luego se dirigió hacia mí–. ¿O no, cariño? Vamos a estar, vas a estar bien –le sonrió a Ron. Me sonrió–. Ve a tu habitación, cariño.

Lo rojo en la cara de Ron se estaba desvaneciendo con la presencia de mi mamá. Se volteó y gruñó. Mi mamá fue detrás de él.

Gateé hacia mi habitación y cerré la puerta. Me quedé ahí, inspeccionando mis moretones. Cada uno me hacía querer llorar más fuerte.

Me estaba quedando dormida cuando mamá entró a la habitación. Me acomodó el cabello y me cubrió con una sábana.

–Ron se siente horrible por haber perdido la paciencia. Está muy apenado, cariño. No volverá a suceder. No comprende el gran impacto que tiene, pero tú también eres fuerte, ¿verdad, cariño? Eres una chica fuerte. Puedes ignorarlo como si no fuera la gran cosa. Y no lo es. No es nada. Porque sabes que nos ama.

Me quedé en silencio porque me dolían las costillas cuando respiraba o hablaba.

–Olvidaremos que este pequeño incidente sucedió –dijo mi mamá, acariciando mi cabello una y otra vez–. Todo quedó en el pasado. Guárdalo, olvídalo, trágatelo. Desde ahora, solo cosas buenas. Aquí estamos en una hermosa casa nueva… Y a él le importas mucho, de verdad, incluso cuando parece que no. Él quiere que seas feliz,

Maudie. Ya verás. Irá mañana a comprarte más crayones y materiales de arte para compensarlo. Ay, cariño, se siente muy mal… todos cometemos errores. Así que, a veces es mejor dejar estos malos momentos en el pasado. A todos nos pasa.

Mamá hizo un ademán de cerrar su boca pasando sus dedos por los labios y dándole vuelta poniendo un seguro.

–Como si nunca hubiera pasado. Ahora hazlo tú.

Imité el ademán de mamá porque ella así lo quería. Pasé los dedos por mis labios, poniéndoles seguro.

Mi mamá se acercó.

–Y como nunca pasó, nunca, *jamás* se lo mencionaremos, por ejemplo, a tu padre. No entendería la situación como nosotros. Prométemelo.

Se lo prometí. De todas formas, estaría muy avergonzada de mencionarle esto a mi papá.

¿Cómo podría encontrar las palabras?

–Mañana será un nuevo día y todos haremos las paces –sonrió como en su foto de bodas–. Puedes decirle que también lamentas todo el desorden. Ni siquiera tienes que decirlo en serio. Solo di las palabras. Y yo te prepararé hotcakes de fresa para desayunar –me dio un codazo y sonrió–. Muy buena idea, ¿no?

A la mañana siguiente, mi mamá me llevó hasta donde Ron estaba tomando su café en la barra de la cocina. Mi mamá me miró con una sonrisa alentadora.

–Lo siento –murmuré. Las palabras salieron como trozos de lodo. Me retorcí de la vergüenza.

Ron me miró de arriba abajo y volvió a ver su pantalla.

–Okey –dijo con su gruñido grave de siempre–. Se acabó.

Desde ese momento, he tenido una extraña sensación en mi pecho. Como si me hubiera tragado una bola de algo ardiendo y estuviera atorada dentro de mí. Me lo imagino como una caja fuerte a prueba de fuego, un lugar para poner todos los malos sentimientos desde que mi mamá y Ron se casaron.

Pero incluso en estas noches frescas de verano cerca el mar, todavía la siento arder.



49
UNA PETICIÓN PARA MI MAMÁ

Hola, mamá, soy yo escribiendo desde el teléfono de mi papá.

Es raro que todavía estés allá en alguna parte del océano.

Yo también estoy en el océano diario.

Amo el océano.

Amo Conwy.

Tengo algunos nuevos amigos.

Una se llama Paddi.

Qué lindo, cariño. Quizá puedan escribirse después de que haya terminado el verano.

Espero verte pronto.

Mi papá es muy bueno.

El pueblo es lindo.

Tal vez mi papá pueda encontrar un buen trabajo de tiempo completo aquí…

Claro, supongo.

Y mi amiga va a una escuela aquí,
su mamá es la directora.
Y si pudiera ir a esa escuela, guau, sería increíble.

Pero tú vas a la escuela en Texas.
Una escuela maravillosa, de las mejores.
Y tienes una buena vida, en un hogar decente,
¡no te hace falta nada!
Maudie, te lo advierto, piensa muy bien tu respuesta:
¿estás siendo malagradecida por todo lo que Ron
y yo hacemos por ti?
¿Por lo que te compramos y ayudamos?

No, mamá.
Jamás.
Lo siento.
No.



50
NECESITA UNA REPARACIÓN

Etta me ha enseñado cómo seguir la línea, cómo girar la tabla a la derecha o a la izquierda para ir con la ola. Pero es *imposible*. Me pide que empuje más fuerte en la cola de la tabla para alzar la nariz fuera del agua, lista para girar. Que use las orillas, los bordes.

–¡Eso, eso! Mantente relajada y al centro, recuerda mirar, fija tu mirada hacia donde quieres ir… no, ¡NO! No te agaches.

¡SPLASH!

Me subo de nuevo y remo de regreso.

¡SPLASH! ¡SPLASH! ¡SPLASH!

Una y otra y otra vez.

–¿Sabes? –dice Etta finalmente cuando estoy agotada y temblando con mis brazos débiles como fideos–. Tal vez no seas tú. Tal vez sea la tabla.

Etta me guía más allá de la mesa de pícnic, donde se reúnen los surfistas de siempre. Un par de viejos bronceados se sientan

derechos cuando la ven y levantan su taza de café para saludarla. Ella sonríe y los saluda de vuelta.

En el estacionamiento de la playa está una van azul bajo la sombra de una palmera. Las puertas traseras están abiertas de par en par, y un viejo con una canosa barba trenzada está ahí parado, su camisa hawaiana está abierta colgando sobre su tensa barriga. Tiene una tabla puesta sobre un par de soportes y una lijadora conectada a algún lugar. Jarras, trapos, materiales y herramientas están por doquier, colgando de tableros sujetos a las puertas.

–Él es Moondog –dice Etta–. Es muy buen *shaper*, ahora felizmente retirado. Sé que él puede reparar a Esmeralda para ti.

–¿Qué es un *shaper*? –pregunto.

–Un artista que talla las superficies de una tabla de surf para hacerla flotar y que se mueva mejor.

El instante en el que ve a Etta, Moondog se acerca para abrazarla.

–Oye –dice ella–. ¿Puedes ayudar a mi amiguita? Ella es Maudie, la versión miniatura de mí. Mi protegida.

Cuando Moondog se ríe, se escucha como el ladrido de un león marino.

–Se parece un poco a ti, en aquellos tiempos.

–También se comporta un poco como yo. Es más ruda de lo que parece.

Me ilumino al escuchar esas palabras.

–¡Okey, Maudie! –dice Moondog, sus ojos se agrandan al ver la cinta industrial en la nariz de Esmeralda–. Vamos a quitar la curita – la desenvuelve y vemos la grieta. Me estremezco.

–¿Tiene arreglo? –pregunta Etta–. No tiene que ser perfecto. Solo mejor. La niña concursará en la competencia de principiantes en El

Evento de Surf.

Moondog asiente.

–Déjenla conmigo. La voy a reparar.

Le susurro a Etta el miedo que persiste en mi pecho. Pero Etta hace un ademán.

–No es necesario pagar –susurra de vuelta–. Moondog me debe una.

No sé qué decir.

Si me gustara dar abrazos, la abrazaría.

Y a Moondog también.

Dos días después…

Las olas se desenvuelven en suaves grupos a la altura del pecho y la cintura como si fueran hechas por una máquina. Es el día perfecto para practicar. Trabajamos en las vueltas más cerradas, algo llamado recorte sobre la superficie de la ola.

No puedo hacerlo.

Aún.

¡Estoy sobre una Esmeralda suave, mucho menos golpeada y libre de grietas! Moondog hizo muy bien su magia.

Puedo sentir mi velocidad incrementarse. Siento la tabla vibrando debajo de mis pies, el agua pasando rápidamente debajo y al lado de mí, la ola moviéndose como una inmensa máquina. ¡Nunca me había sentido tan viva!

De vuelta en la playa tengo una sonrisa de oreja a oreja. Choco los cinco con Etta y me doy cuenta de que estoy temblando. Tengo mucha sed y hambre.

–Oye, brazos de espagueti, ¡parece que necesitas recargar energía! –dice Etta.

El estacionamiento está repleto de vans que empiezo a reconocer: la azul de Moondog, la blanca de Chaka y Joe, unos gemelos que a veces tocan los bongos en el pasto. También está un lindo Volkswagen naranja que le pertenece a Sue. Ella es una gran surfista, y casi nunca habla. Etta es amiga de toda esta gente mayor que va a la playa. Se juntan en la barra de bocadillos y se hacen llamar los Surfistas de Plata. Ja, ja.

Etta vive en su van durante todo el verano y el otoño. Su van es de color opaco y tiene un portaequipajes en el techo lleno de tablas. En la parte de atrás hay una hamaca colgada.

Etta entra en la van y me lanza un plátano. Y sale con dos licuados grandes de proteína.

Me devoro el plátano y me bebo de un trago el licuado. El temblor por el hambre disminuye.

Nos sentamos en una mesa de pícnic frente a la playa.

–Así que no quieres que tu papá se entere de la competencia de surf –dice Etta.

Asiento.

–Quiero sorprenderlo.

–Bueno, no sé cómo sentirme acerca de eso. ¿Le has dicho a tu papá que te juntas con una anciana decrépita como yo?

—No.

–¿Qué cree que haces todos los días mientras él está en el trabajo?

Me encojo de hombros.

–Mi papá confía en mí. Y soy cuidadosa. Me reporto con Max y Begonia… él lo va a entender. ¡Estará orgulloso de mí! Es que todo el mundo piensa que no soy… capaz. Y quiero demostrarles que puedo ser… diferente.

Etta le da un trago a su bebida y asiente.

–Estás harta de que te subestimen.

Sí.

Eso es, en pocas palabras.

Esa noche, mi papá y yo estamos comiendo hotdogs y totopos, sentados junto a la fogata en nuestras viejas sillas. La tela está tan rota que mi trasero está prácticamente tocando el suelo.

Mi papá mira fijamente el carbón, sonriendo.

–Sabes, creo que me olvidé de lo hermoso que es aquí –papá da un leve golpe al descansabrazo de la silla y mira alrededor–. Fui afortunado de crecer aquí. Y puedo sentir el espíritu de tu abuela cerca del agua. Ella amaba el agua. Amaba pasar tiempo en la playa.

Respiro hondo y me arriesgo a preguntarle.

–¿Has considerado quedarte aquí para siempre?

Él inclina la cabeza.

–No estoy pensando a largo plazo. Todo está fluyendo aún. Depende del trabajo. Pero sí. Supongo que podríamos quedarnos aquí por más tiempo.

–Todavía extraño la cabaña –digo–. Aún estoy de luto.

–Siempre la extrañaremos –dice papá.

–Pero… también me está empezando a gustar aquí.

Los ojos de mi papá se arrugan y brillan.

–A mí también, Ratón –dice.

Un hogar
debería sentirse
como un lugar
donde yo pueda
abrir la pesada puerta secreta
dentro de mi corazón.
Abrirla de par en par
y dejar entrar el océano entero,
trayendo consigo la luz del sol
y aves marinas
y tablas de surf
y amor.



51
EL SEÑOR

Justamente cuando cae la noche es cuando la casa rodante empieza a sonar.

Mi corazón palpita.

¡En lo primero que pienso es en fuego!

Pero no. ¡Es el viento! ¿Se acerca un tornado?

Abro un poco la ventana y la cierro inmediatamente. Calor. El aire seco sopla como un tren de carga por la tierra, levantando polvo y llevándolo directamente del acantilado al océano. Sopla tan duro que tengo miedo de que la casa rodante se mueva y también sea arrastrada hacia el borde.

¡PSHHHHHHH!

–Los vientos de Santa Ana –dice mi papá. Él también se levantó por el viento–. Llegan de repente y soplan aire caliente y polvo del desierto. Son una molestia. Es algo de esta temporada. No hay nada que podamos hacer, tratemos de dormir, ¿okey?

Al amanecer, el viento aún sopla fuerte. Pero no es tan aterrador. Desde mi litera, escucho caminar a más gente de lo habitual. Echo un vistazo por la ventana. Parece que se dirigen hacia la entrada del campamento.

Presiento que algo pasa.

Mi papá y yo nos les unimos y vemos una triste imagen. El gigante y hermoso pino de Torrey que estuvo erguido en el campamento por lo menos durante cien años está abierto por la mitad. Las ramas cuelgan de forma horrible.

Naldo, Begonia y Max están ahí.

–Qué lástima, ¿no? –dice Naldo–. Ya tenía daños a causa de una plaga. Supongo que lo tendrán que tirar de una vez. Los servicios forestales vienen en camino.

Pobre El Señor. La gente se congrega a su alrededor como si fuera un funeral. Supongo que lo es. Era un árbol especial.

Begonia se aferra al brazo de su tío.

–Deberías pedirles que dejen el tronco intacto lo más posible. Quizás alguien pueda tallar una de esas cabezas tiki o algo, como en la costa de Swami. Algo para conmemorar a El Señor.

Los ojos de Naldo se abren en sobresalto.

–¡Begonia, mi niñita inteligente! ¿Te das cuenta de que ese alguien a quien necesitamos está justo aquí? –se voltea hacia mi papá.

–¿Qué piensas? ¿Puedes hacer algo? Podría llamar al consejo del pueblo, conseguir algo de dinero del presupuesto de arte. No es mucho, pero apuesto a que te pueden pagar *algo*, por ser un artista local.

Papá se ríe con incertidumbre.

–Sería un honor para mí. Pero no tengo las herramientas.

Naldo se encoje de hombros.

–Te conseguiremos las herramientas.

Es un proyecto mucho más divertido que hacer aburridos gabinetes. Nunca había visto a papá tan sonriente.

Mi papá no le quiere decir a nadie cuál será su escultura. No me molesta que lo mantenga en secreto. Yo sé que va a ser maravillosa.

Aparte del árbol, papá también está trabajando en algunos pequeños proyectos con los enormes troncos de madera que dejó el servicio forestal. Talló a mano una hermosa replica de El Señor montada en una especie de medallón. Naldo lo está instalando en la entrada principal. Y también hizo un montón de corazones, estrellas y árboles, cada uno del tamaño de tu mano. Begonia y yo escogemos uno y todavía quedan muchos para la tienda de regalos.

Begonia y yo tenemos planeado adornarlos: vamos a pintar las figuras con lindos colores, y luego las cubriremos con pequeños milagros del contenedor de Begonia. Puedes clavar los pequeños milagros a la madera con clavos diminutos. Cuando estén listos, la tienda de regalos los puede vender, y todo el dinero se destinará a la Fundación Salvemos el Océano.

Comienzo haciendo uno de práctica, solo para mí. Escojo algunos milagros:

- Corazones en llamas, por el incendio de Molinas.
- Alas, por nuestro escape del incendio y porque sobre Esmeralda siento que vuelo.
- Pies, porque me recuerdan a las huellas en la playa.
- Soles, por los atardeceres en esta hermosa playa.

- Candados, por el secreto que le prometí guardar a mi mamá. Su felicidad depende de eso.

Una cosa más. Con una letra minúscula y un plumón muy fino, escribo todas las palabras buenas que la gente ha usado para describirme. Las escribo en la madera entre los milagros. Palabras como cuando Etta dijo que tengo "un talento natural" cuando surfeo, una vez me dijo que soy "una gran niña". También las palabras "bote vacío" y "no es tu culpa".

O como cuando mi terapeuta, Alana, me dijo que era una "gran nadadora". O como cuando aquella vez papá y yo estábamos comiendo burritos después de mi ataque de pánico, el mes pasado, y estaba muy preocupada por la vela. Y él me dijo que yo era inteligente, amable, buena y otras palabras así, que me hicieron sentir vergüenza, pero también me hicieron sentirme bien por dentro.

Quiero enseñarme a mí misma que es importante recordar las palabras buenas.

Antes solo me enfocaba en las palabras que me avergonzaban.

En verdad desearía que hubiera un milagro en forma de tabla de surf, pero no lo hay. Si lo hubiera, seguramente sería mi favorito. Begonia me dice que cerca de aquí hay una escultura hecha de mosaicos de la Madonna surfeando con una túnica azul flotante. Alguien la instaló cerca del paso subterráneo de la autopista. Los mosaicos de azulejo brillan en el sol, dice ella. Me promete que pasaremos por ahí muy pronto.

Es divertido estar con Begonia. Hemos pasado mucho tiempo juntas. Siempre me llama *lil sis*, su hermanita. También escribo esas

palabras con mi pequeña letra en mi corazón. *Hermanita de Begonia*.

Cuando termine mi corazón de milagros, lo voy a colgar en mi litera. Y voy a comenzar con dos nuevos: uno para Paddi y otro para Etta.

Mientras tanto, mi papá está progresando con su escultura del gran tronco de El Señor. No le quiere decir a nadie qué será, pero creo que puedo ver en la base una enorme y curveada ola.



52
PADDI Y LA DOCTORA SHAKTI NOS VISITAN

Cuando termino la estrella de milagros de Paddi, la llamo y le digo que venga a visitarnos. Que tengo un regalo sorpresa para ella.

Cuando llega, yo estoy afuera ayudándole a mi papá. Aún está trabajando duro esculpiendo el pino de Torrey. Definitivamente es una ola. Y ahora hay una cola de pescado asomándose. Creo que está tallando un delfín como los que vi en la costa el otro día nadando. Cuando le digo a mi papá lo que creo que es, él solo sonríe.

–¡Pero bueno, Pedro! –dice la doctora Shakti–. ¡No sabía que eras un talentoso escultor!

–No es solo un escultor –le digo orgullosamente–. ¡Mi papá puede construir *lo que sea* con madera! Construyó toda una cabaña él solo en Molinas. Y hace toda clase de muebles y gabinetes. Es un experto construyendo.

La doctora Shakti asiente.

–Es interesante saberlo –luego me mira fijamente, con los ojos un poco grandes. Creo que está impresionada. Creo que ella y los demás adultos también están sorprendidos por lo parlanchina que ando últimamente. Bueno, como sea.

Llevo a Paddi a la tienda de regalos para que conozca a Begonia, donde instalamos mesas de trabajo y materiales de arte en el salón trasero.

–¿Qué opinas? –le digo.

Paddi mira todas las estrellas, árboles y corazones de madera que mi papá hizo. También mira los botes de pintura y los contenedores llenos de milagros hechos de brillante metal.

–¡Oh! –le dice a Begonia, que alza la vista sonriendo desde donde está pintando corazones–. ¿Les puedo ayudar?

–¡Por supuesto! –Begonia se hace a un lado y las tres nos ponemos a trabajar juntas.

Solo que no es un trabajo real.

¡Porque nos divertimos mucho!



53
CREO QUE ESTOY LISTA

Ahora casi todas las mañanas, Etta y yo nos vemos para surfear por una hora o dos. Ella está impresionada por lo hábil y rápida que me estoy volviendo. Este verano he practicado muchísimo.

Después de las sesiones, Etta y yo pasamos tiempo con los Surfistas de Plata: Moondog, Sue, Shay, Chaka, Joe y algunos otros. Cuando nos ven llegar, nos gritan y saludan, y nos sentamos en la mesa de pícnic. Etta me compra un licuado y ella se compra un café. Y Moondog pregunta:

–¿Cómo va nuestra principiante?

Esa soy yo, la principiante. Y luego todos se unen para darme consejos de surf.

Es como tener de abuelos surfistas geniales.

Hoy, tímidamente les pregunté a todos en la mesa de pícnic:

–Bueno… ¿creen que tengo una oportunidad de ganar la competencia de principiantes?

Y ninguno lo dudó ni un segundo. Todos felices gritaron un enorme: "¡Pero claro que sí!". Al unísono. Y me sentí envuelta y rociada con confeti de felicidad.

Y de inmediato, después de ese momento de confeti de felicidad, las cosas empezaron a desmoronarse.

Porque cuando regreso a la casa rodante, papá está hablando por teléfono con mi mamá. Está sentado en su litera, tenso e inmóvil. Puedo escuchar las palabras de mi mamá:

–Después de que nuestro crucero llegue a San Diego, tendremos que ir de inmediato por ella. Ron no quiere contratiempos. Así que prepárala. No queremos un alboroto.

Encerré todos esos pensamientos
de esa fecha límite
llena de terror.
¡Los expulsé fuera de mi mente!
Pero ahora reaparecen,
soplando como una
tormenta de Santa Ana
en mi horizonte.
Un choque tormentoso
un remolino de polvo
las cosas están a punto de romperse.

–Tenla lista…

Quiero decirle a mi mamá que nunca estaré lista
para regresar a como eran las cosas.
Papá me extiende el teléfono.

Mi mamá dice:
—Apuesto a que no puedes esperar
para dejar esa vieja casa maloliente.
Ya vi algunas fotos, y sinceramente
¿en qué estaba pensando tu papá?
Qué horror, pobre cosita,
apenas y puede cuidarse a sí mismo
ya no digamos cuidarte a ti
pero no te preocupes
pronto estarás en casa
de regreso en tu linda habitación
con todas las cosas lindas cosas que te hemos comprado.
Apuesto a que no puedes esperar.

Puedo esperar.

Quiero decirle que los únicos moretones
que tengo ahora mismo en la piel
son accidentales
por surfear.

Y que es el único tipo de moretones
que quiero tener.
Y que ese es el único tipo de moretones
que merezco
tener.



54
PREPARANDO AL PERRO SURFISTA

Trato de mantener alejado de mi mente el inminente final del verano, y solo disfrutar este grandioso último mes. Intento surfear en cada oportunidad que tengo, con Etta y con los Surfistas de Plata. Sue dice que tiene una nieta de mi edad que tengo que conocer, ella vive en Oregón, pero viene de visita en vacaciones de invierno. Eso sería lindo, le respondo. Lo que no le digo es que para ese entonces probablemente estaré de vuelta en Texas. Que estaré atrapada en la prisión de lujo de Ron en el complejo de condominios, con su caseta de vigilancia y su portón de acero para mantener alejada o adentro a la gentuza. No quiero pensar en eso.

Me he divertido mucho en estas últimas semanas haciendo placas con milagros con Begonia y con Paddi en su casa y aquí en el campamento con mi papá y surfeando con Etta, practicando como siempre para la competencia.

Pero ahora tiemblo de preocupación.

Mamá y Ron están cerca. Están en camino y no puedo hacer nada al respecto, incluso si mis dientes tiritan solo de pensarlo.

Hoy estoy con Paddi en su escuela. Su mamá tuvo algunas reuniones por unos problemas con la construcción, así que estamos sentadas y algo aburridas. Decidimos llevar a Leonardo al vestidor del auditorio tras bambalinas, para buscar algo que pueda usar durante la competencia de perros surfistas.

–¿Qué te parece esto? –Paddi sostiene un peludo traje café–. ¡Es un disfraz de alce! ¡Mira el gorro, tiene astas de fieltro! ¡Leonardo se verá encantador!

–Muy pesado y caluroso –digo–. ¿Y la temática no es de superhéroes?

–¡No importa! –dice Paddi.

–Bueno, ¿y si dejamos que Leonardo decida?

Tomamos un montón de disfraces y los llevamos a la playa. Ahí, a la orilla del agua, Paddi ve a dos niños que conoce de la escuela y les pide prestada su tabla, para que Leonardo practique. Creen que es muy chistoso. Juntas luchamos con Leonardo para ponerle el disfraz de alce. ¡Lo odia! El velcro no cierra, y él sigue retorciéndose y sacudiéndose.

Mientras tanto, los dos niños y yo estamos alimentando a Leonardo con premios de carne a la boloñesa que trajo Paddi.

–Es crucial sobornarlo con carne a la boloñesa –dice Paddi.

Nos toma mucho trabajo hacer que se pare en la tabla. Está acostado con la nariz entre las patas, mirándonos con ojos desesperados y trágicos mientras le tiemblan las patas traseras esperando a que eso termine. Y tal vez esperando más carne a la

boloñesa. Empujo un poco su trasero para que se quede en el centro y tenga más estabilidad.

–¡Las reglas del concurso dicen que debe estar sentado o de pie sobre la tabla! –Paddi exclama–. ¿Por qué no se sienta o se para?

Se nos acaban los premios. Pero Leonardo está harto. Eso es todo. Da un salto y nada hacia la orilla, mechones mojados del disfraz de alce cuelgan por su rostro mientras corre hacia la arena.

–¡Auuu! –aúlla con tristeza. Luego se sacude y vomita toda la carne a la boloñesa.

¡Qué asco!

–¡Regresa! ¡Vamos a intentarlo de nuevo, Leonardo! –grita Paddi, pero no va a suceder. Leonardo dejó en claro que es un perro de agua dulce. Le ponemos la correa y prácticamente nos arrastra hacia su casa.

–Cuando los perros o las personas te dicen que no, creo que solo te queda respetar eso –le digo a Paddi mientras caminamos juntas–. Leonardo está muy de acuerdo con eso. Lo intentó por nosotras. Le dio una oportunidad. Fue un buen chico. Y lo rechazó. Creo que debemos escucharlo.

Le estoy hablando a ella sobre Leonardo, pero me doy cuenta de que también estoy hablando de mí. ¿Cuántas veces mi mamá me ha forzado a hacer algo que odio o algo que simplemente no soporto, y lo llevó demasiado lejos? Por ejemplo, me acuerdo de las clases de patinaje. En una pista local que explotaba con luces de neón intermitentes, música a todo volumen y patinadores zumbando a toda velocidad cerca de mí. ¡Una pesadilla sensorial! Pero mi mamá adoraba patinar cuando era niña y no podía entender por qué a mí

no me gustaba. No me dejaba salirme de la pista, me seguía empujando de regreso, una y otra vez hasta que tuve una crisis.

–Perro malo –Paddi seguía diciendo–. Perro estúpido.

Yo sé que Paddi está molesta porque tenía altas expectativas, de la misma forma en que mi mamá se molesta cuando tiene altas expectativas, pero termina decepcionada de mí.

Pero Paddi no está siendo justa. Ella ve una versión de Leonardo que no existe.

Como mi mamá ve una versión *mía* que tampoco.

Le doy una palmadita a Leonardo en su mojado lomo y le rasco detrás de sus rizadas y esponjosas orejas.

–No le hagas caso a Paddi –susurro–. Leonardo, ay, Leonardo. Solo sé tú.



55
UNA OLA A LA VEZ

Muchas cosas han pasado en las últimas semanas.

El viernes en la noche, Naldo hará una gran fiesta con carne asada en su casa. Al parecer, "la parrillada de Naldo" es una tradición para despedir el verano con familia y amigos. ¡Y estamos invitados!

Después, ¡el sábado por la mañana es El Quincuagésimo Evento Anual de Surf de Conwy!

Y también el sábado llegarán mi mamá y Ron.

¿Después de eso...? Bueno, no quiero pensar en lo que suceda después de eso.

Tragármelo.

Encerrarlo.

Hacer de cuenta que no pasa.

Solo pensar en el hoy.

Como dice Etta cuando estamos en el agua:

solo te puedes preocupar por una ola a la vez.



56
LA PARRILLADA DE NALDO

La vieja y desgastada casa de Naldo está un poco alejada de la costa, donde las cosas se ponen ligeramente cuesta arriba. Una terraza de madera la rodea por completo. Por la entrada hay un montón de carteles recargados sobre la cochera.

Mi papá y yo estamos sosteniendo cada uno una charola de arepas miniatura. Las hicimos siguiendo la receta de la abuela Carmen, la que nos dio Rollie en una tarjeta. Déjenme decirles que no fue una tarea sencilla hacerlas en la diminuta estufa de la casa rodante.

El aroma del asado flota a nuestro alrededor, ahumado y delicioso. Papá y yo escuchamos música, risas y voces.

–Suena como si la fiesta estuviera a la vuelta de la esquina, como de costumbre –papá hace una pausa y se ríe–. Estoy diciendo como de costumbre, pero la última vez que fui a una fiesta en la casa de Naldo, no era mucho más joven que tú.

El enorme patio trasero de Naldo está iluminado como si fuera una feria. Líneas de luces se cruzan sobre nuestras cabezas. Un grupo de personas ya está reunido en una gran terraza.

De repente me da un ataque de timidez.

Me aferro a la camisa de mi papá.

–¿Ves a Paddi? –susurro.

–Aún no –dice papá–. Pero estoy seguro de que ella y su mamá llegarán en cualquier momento.

Okey. Todavía no entraré en pánico.

Mi papá también se ve nervioso. Pero sonríe cuando Naldo se acerca y le da una palmada en la espalda.

–¡Épa, pana! –Naldo toma la charola y remueve el papel aluminio–. ¡Mmm!

–Es la receta de mi mamá –dice papá–. Las hizo Maudie. Yo solo ayudé un poco.

–Es mentira –le digo–. Me ayudó mucho –es verdad que yo le di forma de pequeños panecillos planos a la masa alrededor del jamón y el queso, pero mi papá cocinó cada uno de ellos en una sartén caliente con aceite.

–Se ven deliciosas –dice Naldo con una sonrisa–. Vengan. Vamos a ponerlas en la mesa, les voy a presentar a mis amigos. Tal vez recuerdes a algunos de ellos, Pedro –le dice a mi papá.

Echo un vistazo al enorme e iluminado patio trasero. La gente está reunida aquí y allá, por todas partes, y siguen llegando más y más. Un pequeño grupo de músicos bronceados está sentado alrededor de una palmera, tocando la guitarra y los bongos. En el pasto, niños pequeños están haciendo piruetas mientras sus madres platican. Y

del otro lado de los músicos puedo reconocer a Max y a varios de sus amigos.

Ataron lo que parece ser una cuerda floja entre dos árboles, una gruesa cuerda a metro y medio del suelo más o menos y se turnan para pasar sobre ella.

Me dirijo hacia ellos. Un tipo con cabello despeinado y barba trenzada alza los brazos para balancearse sobre la cuerda. Creo que lo he visto surfear.

–¡Hola, Maudie! –Max se da cuenta de que estoy ahí–. ¿Quieres intentar pasar la cuerda floja? ¡Estás a bordo!

No quiero parecer asustadiza frente a Max y sus amigos. Quiero ser como ellos, fuerte, ruda, risueña, cool y relajada, incluso cuando ni siquiera sabía lo que era una cuerda floja. Nunca había escuchado esa palabra hasta hace un segundo.

–Sí, por supuesto –digo, con frialdad.

El tipo de barba se cae casi llegando a la mitad. Observo cómo cuando su pie resbala, se recupera a tiempo para saltar, doblando las rodillas mientras aterriza. Tomo nota de caer con estilo. También tomo nota de *no caerme*.

Me quito las sandalias y Max me alza para alcanzar la cuerda.

–Sujétate. Yo te ayudo –dice, mientras sostiene mi mano.

Max y sus amigos me siguen a ambos lados de la cuerda. Es más difícil de lo que parece. Tengo que sortear varias distracciones: la música, la gente moviéndose y hablando, las luces… mantengo los ojos medio cerrados e intento concentrarme solo en una cosa: la sensación de la cuerda de nylon entretejida, segura debajo de las plantas de mis pies. Luego, la lenta transferencia de mi peso, manteniendo el equilibrio todo el tiempo…

–Eso es –dice Max–. Un paso a la vez. Sigue adelante…

–¡MAUDIE! –escucho una voz nítida a través de la muchedumbre. Volteo para ver y es Paddi. Me caigo al suelo. El tipo barbudo me atrapa.

–Oye –dice–. ¡Te he visto en el agua! ¡Eres la pequeña protegida de Etta!

Asiento orgullosamente.

–¿Va a venir? ¿Etta?

–No –le digo, sintiendo una puñalada de culpabilidad. A pesar de que Naldo dijo que podía invitar a quien yo quisiera, no le dije a Etta. Me hubiera encantado verla, pero si ella estuviera aquí, entonces querría conocer a mi papá y nuestras clases secretas de surf quedarían al descubierto. Lo que arruinaría la sorpresa de la competencia. He estado trabajando todo el verano en la sorpresa de mañana. No me voy a arriesgar.

Paddi se acerca a mí, o más bien, Leonardo la arrastra.

Paddi se inclina y me susurra al oído:

–¿Estás lista para mañana?

Sonrío.

–Creo que estoy tan lista como lo puedo estar. Mañana en la mañana, le pediré a mi papá que nos veamos en la playa a las nueve en punto, la hora de la competencia de principiantes. Y luego, cuando él llegue ahí…

Paddi sonríe al darse cuenta.

–¡Entonces se dará cuenta de que en realidad estás *en* la competencia de surf!

–Correcto –respiro hondo–. ¡Espero que sea una buena sorpresa!

–*Por supuesto* que lo será –dice Paddi tomándome de las manos–. ¡Va a estar sorprendido! ¡Va a estar muy orgulloso de ti!

Paddi y yo pasamos la siguiente hora turnándonos para caminar por la cuerda floja, bailar al ritmo de la música, jugar con Leonardo y correr hacia la casa por bocadillos.

¡Nuestras crocantes y calientes arepas se acabaron rápido! En un punto busco a mi papá y veo que está junto a la mamá de Paddi, platicando y riendo, y eso me llena de mucha felicidad. Amo ver reír a mi papá.

Paddi también los ve y nos sonreímos la una a la otra.

–Esta es una fiesta muy linda –dice.

Y sí que lo es. Normalmente odio las fiestas. La saturación sensorial del ruido, el zumbido de la gente hablando, el no saber qué decir… pero esta noche es diferente. La cuerda floja me da *algo* que hacer y cuando tengo algo que hacer, toda esa tensión y miedo se desvanecen, y se siente mucho mejor.

Además, ¡todos aquí son muy amables!

Y las luces del patio brillan,
la gente ríe,
y la parrillada huele increíble…
Leonardo mueve la cola,
los niños hacen piruetas en el pasto fresco.
Las guitarras suenan al ritmo de los bongos.
Mi papá platica con la mamá de Paddi,
su cara resplandece, sus ojos brillan.
Y más o menos cada treinta segundos,
la risa estruendosa de Naldo
flota por todo el lugar

como una bendición.



57
VISITAS INESPERADAS

Es tarde cuando mi papá y yo finalmente regresamos al campamento. Mientras maneja, cantamos canciones, reímos, bostezamos y recordamos las cosas graciosas que la gente dijo.

Cuando nos acercamos a la entrada del campamento vemos que un coche verdiblanco de alquiler nos espera, estacionado.

Por la ventana del pasajero de enfrente una mano se asoma y saluda.

Luego una voz familiar y penetrante grita:

–¡Pedro! ¡Maudie Grace!

Y mis adentros se congelan.



58
DESASTRE

¡Ella todavía no debería estar aquí!

Ron se baja del coche alquilado. Se ve más grande y corpulento que nunca. Entrecierra los ojos, molesto por el destello de nuestras luces delanteras, luego se pasa al lado del pasajero y ayuda a mi mamá.

Mamá trae puesto un pantalón blanco, tacones, una chaqueta roja, y tiene el pelo perfectamente peinado. Camina hacia el lado de la camioneta de mi papá, firme y enojada.

–¿En dónde estaban? –grita–. ¡Te llamé varias veces!

Mi papá se ve en shock. Saca su teléfono y hace una mueca.

–¡Perdón! ¡Estábamos en una fiesta! Pero… ¡no esperábamos que ustedes vinieran! ¿No se suponía que llegaban mañana?

–Maudie –grita mamá–. Bájate de esa camioneta.

Bajo lentamente y de mala gana.

–Hola –balbuceo. Mi voz suena como la voz de alguien más.

Mamá se acerca a abrazarme.

–¡Mírate! ¡Creciste un par de centímetros, te lo juro! ¡Y estás bronceada como un coco! –intenta suavizar la dureza de su voz, pero no funciona del todo–. Te ves muy bien, cariño. Ron, ¿verdad que se ve bien?

Ron frunce el ceño y asiente. Es un gigante impecable con una camisa de golf, pantalón de vestir café; apesta a colonia con olor a repelente de insectos.

–Maudie –dice. Luego mira su reloj.

Estoy confundida.

–Pensé que llegarían mañana –susurro.

Mi mamá me mira con una sonrisa.

–Se suponía, pero los planes cambiaron.

–Papá y yo estábamos en una fiesta.

Mi mamá me sacude amigablemente del hombro, aún mirándome.

–Eso es algo que jamás pensé escuchar –dice–. ¿Nuestra pequeña Maudie? ¿En una fiesta?

Mi papá interviene.

–Grace –dice con voz suave y calmada–. Ron, perdón por no haber recibido sus mensajes. Estábamos en una parrillada en casa de Naldo. Fue para celebrar que este fin de semana es El Evento de Surf.

Mi mamá gira los ojos.

–Ay, por Dios, ¿esa cosa aún existe?

–¿Qué es eso? –pregunta Ron.

–Ay, es una tonta fiesta en la playa –le dice mi mamá.

–¡No es tonta! –digo ferozmente.

Hay un breve silencio.

–¿Qué tal estuvo el crucero? –pregunta mi papá.

–¡Maravilloso! –ahora la voz de mi mamá suena profesional, como la que hace en sus videos–. ¡El barco llegó un día antes! ¡Lo cual es muy conveniente para Ron porque ahora puede llegar a una importante reunión mañana en Houston! Por eso estamos aquí. Ron nos acomodó en el primer vuelo mañana en la mañana –su voz se quiebra un poco antes de volverse más firme–. Perdón por los cambios repentinos, pero es mejor si nos llevamos a Maudie *ahora*.

¿Ahora?
¡No!
¡De NINGUNA MANERA!
¡No puedo estar en un avión a Texas mañana en la mañana!
¡Debo estar en El Evento de Surf!
He estado practicando todo el verano,
cada día, cada ola
me lleva al día de mañana.

Mi papá se ve casi tan impresionado como yo. Está boquiabierto.
–Espera –dice–. ¿Qué?
Mi mamá lo mira con frialdad.
–Como escuchaste –luego se voltea hacia mí–. Maudie, cariño, sé cuánto odias los cambios de último minuto, y yo odio hacerte algo así –mira rápidamente a Ron–. Pero es inevitable, ¿okey? Nuestro vuelo sale muy temprano, debemos estar listos a las cinco de la mañana. Es mejor si vienes con nosotros ahora y te quedas en nuestro hotel para estar listos por la mañana –se quiebra un poco–. Por Dios, de verdad no quise que fuera tan repentino. Los he estado llamando por *horas*.

Me acerco a mi papá.

–El Evento de Surf –susurro–. *Tenemos* que ir a El Evento de Surf mañana. *Es muy, muy importante.*

Papá duda. Me rodea con su brazo.

–Maudie sorprendentemente ha estado muy entusiasmada por ir a El Evento de Surf –se voltea hacia Ron–. ¿Hay alguna forma de retrasar los vuelos, aunque sea un poco? Medio día por lo menos. Significaría mucho para ella. Incluso sería lindo si todos pasáramos el día juntos en la playa. Por Maudie. ¡Ella ama la playa! ¡Podemos platicar! Ustedes podrían pasar aquí… el día.

Miro con agradecimiento a mi papá y aprieto su mano tres veces. Él ni siquiera sabe la verdadera razón por la que me quiero quedar… no sabe que me inscribí en la competencia. Y aun así se da cuenta de lo mucho que significa para mí.

–Si hay alguna multa por cambiar la hora de su vuelo, con gusto la pago –dice mi papá–. Si tienes que llegar a tu junta, entonces quizá solo Maudie y Grace se pueden quedar un poco más…

–Definitivamente no –dice Ron, viendo a mi papá de pies a cabeza como si estuviera loco.

Mi papá se retracta de inmediato. Igual que a mí, no le gusta agitar las aguas.

–Bueno… está bien, supongo –dice. Me ve a mí. Los ve a ellos. Me ve a mí. Los ve a ellos.

Nuestra camioneta está estacionada en el portón y el coche de ellos también. Estamos inmóviles entre las luces delanteras.

No puedo creer que hace apenas unos minutos, estaba felizmente cantando con la radio, muy emocionada por la increíble sorpresa que le tenía a mi papá para mañana.

Mi papá intenta una cosa más:

–¿Y si le dan a Maudie un poco más de tiempo para que se haga a la idea? Ella y yo podemos regresar a la casa rodante, recoger sus cosas, hablarlo… ¿y luego yo la voy a dejar a su hotel en un rato? ¿O incluso la puedo ir a dejar mañana a las cinco de la mañana? ¡Ustedes digan la hora!

Ron y mi mamá se miran entre ellos dubitativos.

–Es mucho más fácil si nos la llevamos ahora –dice mamá–. Entre más rápido, mejor. Antes de que se emocione más por nada –mi mamá gira los ojos y sonríe–. Ya sabes cómo se pone con el más mínimo cambio de planes.

Escucho un aullido antes de darme cuenta de que soy yo.

Mamá y Ron me toman cada uno de un brazo y me llevan a la fuerza hacia el coche alquilado.

–Ah, genial. Aquí vamos. ¿Lo ves? –mi mamá le grita a papá, como si fuera su culpa–. ¡Esto es justamente lo que no quería que sucediera! ¡Debes ser rápido con ella! ¡No puedes alargar las cosas! ¡Sinceramente no sabes nada sobre criar a esta criatura!

–¿Y qué va a pasar con su ropa y todas sus cosas? –dice mi papá. Suena desconcertado. Como si no entendiera lo que pasa.

–¿Qué cosas? ¡Hiciste que todas sus cosas se quemaran! ¡Olvídalo… le compraremos cosas nuevas!

Intento resistirme, pero Ron y mi mamá son más fuertes que yo. Me meten al coche alquilado y nos vamos.

Miro la imagen triste y solitaria de mi papá por el parabrisas trasero. Está parado en medio del camino, quieto como estatua, viéndonos partir.

Aún estoy llorando mientras la silueta de mi papá desaparece por completo en la oscuridad. Y el campamento y mi hermoso verano se desvanecen en la bruma.

Hace unos minutos

yo era feliz y libre,

flotando entre mis amigos y risas

y por encima de cualquier problema.

Pero era la ilusión de la cuerda floja.

Estaba caminando en una cuerda floja

y ni siquiera lo sabía.

Y ahora estoy cayendo,

cayendo de nuevo

en una ya conocida

oscuridad.



59
RAPTADA

No podré despedirme
de Paddi,
de la doctora Shakti,
de Max,
de Begonia,
de Naldo,
ni siquiera de mi papá.
Ni de Sue, Shay, Moondog o de ninguno de los Surfistas de Plata.
De Etta.
¡Etta!

Pensaba que haber perdido la cabaña en el incendio era lo peor que me podía haber pasado.

Pero ahora estoy perdiendo personas.

Las lágrimas inundan mis ojos, así que el tráfico está borroso, una explosión de luces rojas y blancas contrasta con una oscuridad

horrible afuera de la ventana de este estúpido coche alquilado que huele a repelente de insectos.

Mi mamá acerca su mano con manicura nueva y brillante hacia el asiento de atrás. Lleva un nuevo anillo de oro.

–¡Okey, ya! ¡Ya fue suficiente de eso, reina del drama! ¡Solo espera a estar de vuelta en casa en tu cómoda y limpia habitación! Y olvidarás este sucio lugar.

Nunca lo olvidaré.

Nunca.

La puerta

Detrás de la diminuta puerta dentro de mi pecho,
la bola de sentimientos ardientes se hace más grande,
más caliente,
más aterradora.

Es mejor que te mantengas cerrada, puerta.
Mantente cerrada.



60
EL HOTEL

El hotel donde se hospedan mamá y Ron es un lugar enorme y elegante con columnas y fuentes, no tan lejos de la costa que está cerca del campamento. Pero también podría ser un planeta diferente.

Ron saca la mano por la ventana y desliza su tarjeta de huésped del hotel en el portón del estacionamiento del hotel, que se abre y se cierra detrás de nosotros.

Ninguno de nosotros se dirige la palabra en la recepción ni en el elevador. El único sonido soy yo, sollozando.

El cuarto de hotel es amplio y muy frío. El verano sin aire acondicionado me ha desacostumbrado al aire artificial congelado. Tiemblo debajo de las intensas luces y me estremezco por la ruidosa vibración del aparato.

–¡Solo mírate, por Dios, estás asquerosa! ¿Tu papá por lo menos intentó mantenerte limpia? ¡Debes lavarte toda la mugre acumulada en el verano, señorita, o no saldré en público contigo! ¡Tal vez ni

siquiera te dejen subir al avión mañana en la mañana! ¡Y tállate la cabeza!

Abre la llave de la tina, saca un jabón y me lo entrega, y me lanza una mirada amenazante antes de encerrarme en el baño. Es una mirada que significa: deja de lloriquear.

La tina es enorme y lujosa.

¿Y qué?

Yo gimo y me mezo todo el tiempo que estoy ahí dentro.

Mamá toca con fuerza la puerta del baño.

–¡Para ya de una vez, Maudie! Suenas como una loca. Deja de quejarte. *¿O tengo que entrar?*

Me detengo, aguanto la respiración y me sumerjo en el agua lo más que puedo.

Cuando salgo, mi mamá y Ron están discutiendo. Sobre mí. Puedo escuchar por la puerta. Así que gimo en silencio.

Me mezo
y el agua apenas se mueve.
Desearía que el agua
me encogiera hasta ser nada,
ser tan pequeña que la tina
se sintiera como un océano,
para así poder irme surfeando
en un trozo de jabón
e irme por la cañería
y desaparecer.

Escucho que tocan la puerta de la habitación. Luego escucho que la puerta se abre, y oigo una maravillosa y conocida voz… ¡Es la voz de

mi papa! ¡Es mi papá! ¡Es mi papá!

Mamá le dice:

–Gracias, Pedro, okey, okey, okey. Ya vete.

–¡PAPÁ! –grito. Salgo de la tina, envuelta en una toalla, y corro hacia el cuarto, deslizándome y resbalándome en un charco de agua–. ¿Dónde está? ¿Dónde está? –miro a mi alrededor, desesperada–. ¿Dónde está mi papá?

Mi mamá me mira con una sonrisita.

–Se fue. Solo vino a dejar esto –sostiene una bolsa con dos dedos, como si estuviera infestada de bichos.

Dentro está la playera azul brillante de la limpieza de la playa de la Escuela Vida que Paddi y su mamá me regalaron el día que las conocí.

También está toda la ropa suavecita que mi papá me ayudó a escoger en la tienda de segunda mano.

Y el traje de baño naranja que Begonia me consiguió, el que usé todos los días este verano. Mi traje de garibaldi.

Y está mi corazón de madera, el que papá talló para mí, y que pinté con Begonia, con todas las palabras buenas para ahuyentar las palabras de vergüenza.

Y sobre todas las cosas está un pedazo de papel. Lo desdoblo y veo un pequeño amuleto milagroso, es la casita, que le di a mi papá en nuestro primer día en el campamento. Hay una nota escrita en el papel:

Tu hogar es donde está tu corazón, Ratón.
Amé cada minuto que pasé contigo este verano. Creciste mucho.
Mantente fuerte, mi hermosa, especial y gran chica.
Mi corazón.

Te llamaré después de que hayas llegado.

Rompo en llanto incesante.

Ron gruñe y sacude su cabeza.

–¿La puedes controlar? –le gruñe a mi mamá, que solo pasea su vista de Ron a mí, de nuevo a Ron y luego a mí.

Regreso al baño y me encierro.



61
UNA DECISIÓN

A las dos de la madrugada, tomo una decisión.

He estado dando vueltas en el sofá cama frente a la cama de mi mamá y Ron. Hay una tormenta en mi interior. Todas las emociones, que aplasté y compacté en una pequeña y dura bola detrás de la puerta cerrada en mi pecho, comienzan a arder como un sol.

Papá y yo perdimos la cabaña.

Pero yo me rehúso a perder *este lugar*.

Me niego a irme de Conwy.

Me niego a perder a Paddi, Leonardo, la doctora Shakti, Naldo, Max, Begonia, Etta, Moondog, Sue y todos los demás que me adoptaron en la barra de bocadillos.

Me niego a perder a Etta.

O a los tiburones leopardo y los peces garibaldi en el lecho de algas.

O a Esmeralda, mi tabla.

O a dejar de ver la bola naranja en llamas del sol poniéndose sobre un océano color lavanda cada noche.

O a dejar de ver el amanecer volviendo todo de gris a todo color.

¡O a dejar de surfear!

¡ME NIEGO!

No puedo perder esta vida.

No puedo regresar a vivir con miedo…

preguntándome cuándo va a desaparecer Ron

y el Hulk Rojo va a salir.

Estoy harta de estremecerme de las punzadas

que me provocan las pequeñas crueldades de mi mamá.

Hasta ahora, pensaba que todo era mi culpa

cuando mi mamá y Ron se enojaban conmigo.

Vivía con miedo,

palabras de vergüenza rondaban en mi mente.

¿Pero saben qué?

Ya no estoy tan segura de eso,

de que esas palabras sean verdaderas.

El sol de verano secó esas palabras dentro de mí.

Así que esto es lo que hago:

tomo mi bolsa de tesoros,

y con mucho cuidado, en silencio, muy silenciosamente,

tan silenciosa como

el ratón

que soy…

me escabullo del cuarto de hotel.

Y corro.



62
CORRIENDO

Me toma un buen rato escapar de las instalaciones del hotel sin ser vista. No puedo atravesar la iluminada recepción… hay mucha gente que podría verme y preguntarse qué está haciendo una niña sola a mitad de la noche. Es mejor permanecer en las sombras.

El área de pasto alrededor de la alberca está oscura. Espero ahí un rato, y veo que de un lado no hay portón de metal… solo una valla de arbustos. Me escurro entre ellos con dificultad… raspando mi estómago y mi costado a través de la playera… pero ahora estoy en una calle inclinada con jardineras que lleva hacia la playa.

Y desde la playa puedo caminar de regreso al campamento por la arena. Me imagino que no deben ser más que un par de kilómetros. Llegaré al campamento en una hora más o menos.

Corro tan ligera y silenciosamente como puedo, sosteniendo la arrugada bolsa de mis cosas de verano enrollada bajo mi brazo como un balón de futbol americano. Le agradezco a la luna por iluminar el camino. Su delicada luz sobre la arena mojada me

permite seguir. La noche está tranquila… pero solo contrasta con mi tormenta interior. Dentro de mí se desata la tormenta de Santa Ana.

No pienses, solo sigue, Maudie. De vuelta con papá. De regreso a estar a salvo. De vuelta en casa.

Cuando mi costado comienza a sentirse como si tuviera un cuchillo enterrado, bajo la velocidad a un trote ligero. Mis tobillos están mojados, la marea está subiendo. En algunas partes la playa es muy estrecha, sin espacio para caminar excepto solo por las orillas del acantilado. Tengo que apresurarme. Comienzo a correr.

Me toma unos veinte minutos llegar finalmente a la familiar curva de la playa para perros. Me lleno de alivio. Paso por el lugar donde Leonardo brincó sobre mí la primera vez… donde conocí a Paddi y a su mamá por primera vez. Casi puedo escuchar la amable, cálida y mandona voz de la doctora Shakti en mis oídos: *¡Pero, Maudie! ¿En qué estabas pensando? ¿Qué es todo esto?*

¿Cómo podría siquiera explicar lo de esta noche?

Espera un momento.

Me quedo congelada.

¿*Cómo* voy a explicarle todo esto a mi papá?

Mmm.

Me detengo, jadeando, y estoy ahí parada en la playa vacía, pensando.

Y un golpe de sentido común llega a mi cerebro confundido.

¡*No puedo* regresar al campamento! ¡*No puedo* regresar con mi papá!

Porque una vez que lo pienso, me imagino lo que haría él si me viera en la puerta de la casa rodante a las dos de la mañana. Me abrazaría y estaría muy consternado, por supuesto. Sin embargo,

por simple responsabilidad paternal, se sentiría obligado a llamar a mi mamá y decirle dónde estoy para que venga por mí.

Y luego mi mamá vendría a recogerme, y me llevaría de nuevo al hotel.

Y Ron y ella estarían furiosos, muy enojados. Y me llevarían al aeropuerto. Y yo estaría justo donde empecé… en la misma trampa de la que estaba huyendo. Estaría en un avión a Texas antes de lo que canta un gallo. Y con una mamá y un Ron aún más furiosos.

A menos que…

A menos que le cuente a mi papá el secreto. El secreto que arde detrás de una puerta cerrada dentro de mi pecho. Si supiera… si supiera por qué…

Pero le hice una promesa a mamá. Si la rompo, ¿qué podría pasar? ¿Algo peor?

¿De verdad me separarían de ellos como dijo mamá? Si digo cómo me trata Ron, ¿significa que podría perder a mi mamá y a mi papá?

Me siento en la playa con la cabeza entre las manos. Dejo que las olas me mojen los pies.

Y las olas me dan la respuesta.



63
CRISÁLIDA

Al principio, solo son figuras oscuras a la luz de la luna, pero mientras me voy acercando, las oscuras figuras se convierten en la barra de bocadillos de la playa de Conwy, los casilleros, los baños y las regaderas, la mesa de pícnic donde los Surfistas de Plata se juntan. El enorme y arenoso estacionamiento está atrás. Está vacío. Nuevas barreras naranjas acordonan toda la sección de enfrente. Probablemente ese espacio vaya a estar repleto de tiendas de acampar, camiones de comida y otras cosas cuando amanezca.

¿Pero dónde están las vans de los Surfistas de Plata? Ah, en la oscuridad creo que las puedo ver estacionadas en la esquina más lejana del estacionamiento.

Y ahí está la que estoy buscando: grande y roja, con cortinas de cuadros. Reconozco la hamaca vacía, colgando de dos postes en la parte de atrás.

Tiemblo con la bruma nocturna. Saco mi sudadera de la tienda de segunda mano de mi bolsa. Y luego la azul de la tienda de regalos.

Tengo tanto frío que me pongo las dos. Tomo una de las toallas de playa de Etta de su tendedero y me enrollo en ella, y de repente estoy exhausta.

Me meto dentro de su hamaca en forma de capullo, como si fuera una oruga exhausta arrastrándome para morir.

No espero transformarme mágicamente en una mariposa.

Ya tuve suficiente de toda esa esperanza mágica.

Yo sé que el mundo no funciona así.

¿Qué será de mí?

Supongo que me encargaré de eso después.

Mientras tenga una oportunidad de competir…

Mientras pueda surfear en mi ronda.

Déjenme surfear.

Déjenme preocuparme por una ola a la vez.

Pero antes de todo eso, déjenme dormir.



64
AMANECER

–Si hubiera sabido que iba a tener visitas, te hubiera dejado pasar –dice una rasposa voz familiar. Me doblo y me estiro. Unos pálidos rayos de sol caen en mi cara.

¿Dónde estoy?

Ah, sí. En su hamaca.

A mi alrededor escucho voces… llantas rechinando, gente pasando, dando instrucciones:

–¡Mira, mira, por ahí! ¡Detrás de esa camioneta!

Alguien silba, una parrilla está humeando, se escuchan martillazos. El sonido del generador acelerando. Una radio con estática tocando reggae.

¿Tengo que abrir los ojos?

Si los mantengo cerrados, ¿el mundo va a desaparecer? El aroma del café se arremolina justo debajo de mis fosas nasales.

Es el termo de café de Etta.

–¡Dije buenos días!

Abro los ojos. Etta está inclinada hacia mí con una ceja con la forma de una ese.

–¿Por qué estás en mi hamaca, Garibaldi? Pensé que habíamos quedado de vernos junto a la carpa de los jueces. ¿Qué haces aquí? ¿Discutiste con tu papá?

¡Etta no sabe lo que pasó anoche! Ni siquiera sabe que mi mamá y Ron están en el pueblo. *Piensa rápido, piensa rápido, piensa rápido.*

–Me… me paré muy temprano porque no podía dormir y quería asegurarme de encontrarte antes de mi primera ronda. Así que… pensé que podía, eh, venir aquí contigo. Pero... pero… era muy temprano y yo tenía mucho sueño, y tomé una siesta.

Creo que esas son más palabras de las que le he dicho a Etta de corrido.

Y solo la última parte es verdad.

Salgo de la hamaca y sigo dando explicaciones.

–Supongo que estoy muy emocionada. Quería asegurarme de empezar el día contigo –(no es mentira)–. Y quería ver a Esmeralda –(Etta me ha estado guardando la tabla)–. Y mi papá vendrá más tarde. ¡No puedo esperar para darle la sorpresa! –(oh, sí que estará sorprendido).

Etta me cree.

–Bueno, no puedo esperar a conocer a tu papá, y decirle la hija tan genial que tiene. Y okey, Garibaldi. Te entiendo. Por supuesto que estás emocionada y nerviosa. Es un gran día para ti. ¡Tu primera competencia de surf! Pero quiero que recuerdes una cosa: no importa si ganas. Sé que te interesa el premio. Pero algo me dice

que tu papá es la clase de persona que sabe cuál es la habilidad más importante de todas en el surf.

–¿Y cuál es esa?

–Saber cómo disfrutar una ola.

Respiro hondo y asiento. Tiene razón, pero al mismo tiempo no. Muchas cosas dependen de que mi papá tenga dinero para vivir. Si tiene dinero suficiente para vivir, entonces las probabilidades de que mi mamá me deje quedarme con él son altas.

–Vamos –dice Etta, apretando mi mano–. Te compraré un burrito de desayuno. ¡Que comiencen los juegos!



65
LICRA VERDE

Mientras Etta ordena nuestro desayuno, me dirijo hacia la mesa de pícnic cerca de la barra de bocadillos, sintiéndome culpable.

Le oculté información. Ella piensa que todo está bien. No sabe nada sobre mi mamá y Ron o sobre el hecho de que justo ahora yo debería estar en un avión a Texas.

Le oculté información a mi papá. Él ni siquiera sabe quién es Etta. No sabe que ella me ha estado entrenando todo el verano ni que hoy voy a competir. Sin mencionar que mi papá no sabe que sigo aquí en Conwy. Él piensa que estoy en el avión. No sabe que esta mañana estaré en las olas, compitiendo.

Oculté mucha información en mi interior y ahora me siento como una olla de presión. Como si mi cabeza fuera a explotar y terminar en la arena.

–¡Oye!, estás destripando tu burrito –dice Etta.

Dejo el pegajoso desastre en la envoltura.

–Diablos, lo siento. Me iré a poner el traje de baño.

—Okey. Te veo cerca de la carpa de los jueces en diez minutos.

Me alejo. Necesito un poco de aire.
Respiro hondo. Respiro más. *Cálmate, cálmate.*
Solo por ahora.
Y solo por ahora.
Me repito. Ocúpate de los problemas
como cuentas en un hilo,
como olas que se acercan.

De camino al baño para cambiarme, veo que el estacionamiento está sufriendo varios cambios. Coloridas carpas de negocios, camiones de comida y escenarios van apareciendo mágicamente. La playa se está llenando de deliciosos olores, coloridos letreros y de multitudes que se hacen cada vez más grandes. Son las nueve de la mañana y una ruidosa banda ya comienza a tocar en un escenario improvisado.

Es una pesadilla sensorial. Pero también es bueno. Será más difícil encontrarme entre todo este alboroto salvaje.

Me imagino que quizá mi mamá y Ron ya contactaron a mi papá, y él está cerca de aquí, buscándome.

¿Qué va a pensar mi papá cuando le digan que me escapé?

Me tengo que esconder de los tres. De mamá, de Ron y de papá.

¿Cómo es que toda esta situación se salió de control de forma tan terrible?

Me pongo el traje de baño naranja y luego mi sudadera para esconder mi rostro, y me dirijo hacia la carpa de los jueces. Veo a Etta esperándome con Esmeralda. Ella trae puestos sus enormes

lentes de sol y su playera de la tienda de surf de Mitch. Sus rastas plateadas están acomodadas sobre su cabeza.

–¿Estás bien? ¡Vamos retrasadas! –me grita con su voz rasposa–. ¡Ya es hora!

Sí, por favor. Vamos a registrarnos. De verdad ya quiero que comience la competencia. No estoy segura en la playa.

Estaré más segura en el agua, surfeando. Ahí nadie me puede tocar.

La carpa de los jueces es un enorme rectángulo azul de sombra que está justo en frente del mejor lugar para surfear en Conwy. Dentro hay mesas con estaciones de registro: "Adultos avanzados", "Adultos principiantes", "Jóvenes avanzados", "Jóvenes principiantes" y "Perros surfistas". Me pregunto si Paddi habrá registrado a Leonardo.

Etta nos lleva al registro de Jóvenes Principiantes, donde me sonríe una señorita de cabeza rapada.

–¡Bienvenidas! –dice.

Etta me mira. Ah. Quiere que yo hable. Tengo que ser yo quien hable. Trago saliva.

–Estoy en la primera ronda. Maudie McGinn –digo suavemente.

–Bienvenida, Maudie –dice la señorita–. ¡Te ves bien!

Me da una pluma, el portapapeles y una playera de licra verde.

–Hoy vas de verde… es de buena suerte. Y tu ronda empieza en veinte minutos.

–Oye, hablando de verde, te ves un poco pálida –dice Etta–. ¿Segura que estás bien? No tienes que hacer esto si te hace sentir muy mal –hace una pausa–. Debe ser divertido.

Las palabras se me atoran.

–Estoy bien.

Enciérralo, enciérralo.

Etta no parece estar convencida y me aprieta el hombro.

–Recuerda todo lo que te he dicho. Hay cuatro surfistas en tu ronda. Cuando se levante la bandera amarilla… que será cinco minutos después de que tu ronda empiece… tú comienzas a remar. Luego, cuando levanten la bandera verde, comienzas a surfear. Tendrás quince minutos para montar tantas olas como puedas. Móntalas rápida y furiosamente. Intenta conseguir algunas vueltas y mantén el control. Básicamente, haz lo mejor que puedas. Y recuerda: **solo necesitas dos buenas olas**. Solo cuentan tus dos mejores olas. El resto no les importa. Así que no te preocupes por las caídas o los errores. ¿Okey?

Yo asiento. Mi habilidad para hablar me ha abandonado. Pero comprendo lo que dice.

Me habla lento y claro, y es mi amiga.

Ella señala con el dedo dos boyas blancas en cada lado del área de la competencia.

–Mantente dentro de esas dos boyas –dice–. Intenta no amontonarte o competir con alguien por una ola. Si puedes, busca surfear lejos de los demás. No te distraigas observándolos. Observa las *olas*. Otra cosa, al ser zurda puede que montes buenas olas que vengan desde la izquierda que los demás quizás no puedan. Ten eso en mente. ¿Okey?

–Okey.

–*Observa las olas.*

Hoy hay olas a nivel del pecho, rompiendo en la orilla con mucha agua blanca. Como caballos blancos que impactan con fuerza.

Mis dientes castañean de los nervios mientas caminamos hacia el punto de salida, entre las boyas blancas. Las dos miramos la carpa de los jueces esperando la bandera amarilla. Esperando a la chicharra de salida y así poder empezar a remar.

–Tú puedes con esto. Haz lo mejor que puedas. Es todo lo que debes hacer.



66
PRIMERA RONDA

Otros tres niños están conmigo esperando la bandera amarilla: una niña de mi edad con una brillante licra roja, y dos niños, uno de azul y el otro de amarillo. Llevamos colores diferentes para que los jueces nos puedan diferenciar a lo lejos.

Todos nos saludamos.

–Buena suerte –me grita la niña.

–Para ti también –le grito de regreso.

–¡Estoy muy nerviosa! –dice.

–¡Yo también!

Las dos nos reímos.

Me agrada. Pero justo ahora, ella es mi enemiga. Tengo que ganarle. Y quizá después podamos ser amigas.

Los dos niños no hablan mucho. Están alejados de nosotras concentrados en el agua. La ronda anterior a nosotros aún continua. Son cuatro adultos principiantes, dándose por vencidos. Verlos fallar y subiéndose de nuevo en sus tablas me reconforta un poco, y eso

me recuerda a lo que Etta dijo: “Te vas a caer, vas a fallar ¿y adivina qué? No es el fin del mundo”.
En serio espero que eso aplique para algo más que el surf. Porque ya he fallado, al no darle a mi papá la sorpresa.

Este verano felizmente me imaginé muchas veces la cara que pondría mi papá justo ahora… lo sorprendido y maravillado que estaría viéndome surfear. Lo imaginé finalmente conociendo a Etta y a los dos haciéndose amigos. Me imaginé a los dos parados juntos en la playa, apoyándome.

Pero mi mamá y Ron arruinaron todos mis planes al llegar antes.

Pensar en eso me hace enojar.

Y de repente siento como si tuviera un litro más de sangre corriendo por mi cuerpo. Me siento caliente y obstinada como si pudiera golpear cada ola que viene hacia mí.

Como si quisiera atacar.

Y ahí es cuando la bandera amarilla se levanta y la chicharra suena.

¡Es hora de remar! ¡La competencia comenzó!



67
REMANDO CON FURIA

Sin darme cuenta, remé más allá de la zona de seguridad, mis brazos parecen máquinas.

El agua está agitada, pero volteo y veo el horizonte, miro los grupos y encuentro las olas. Me abalanzo sobre cualquier cosa que pueda montar. Me siento poderosa, como si estuviera en trance de mucha energía. Me caigo un par de veces, pero definitivamente también monto algunas buenas olas. En un punto, volteo para ver a uno de los niños… está a unos diez metros de mí, sufriendo para mantenerse de pie… y me está mirando fijamente, boquiabierto mientras yo paso deslizándome, suave como la seda, gritando.

Soy un monstruo en el agua. Soy una bestia.

Y veinte minutos después cuando la chicharra suena de nuevo, estoy en shock. ¿A dónde se fue el tiempo? Regreso a la orilla, exhausta.

–¿Qué bicho te picó, niña? Ibas como una locomotora –dice Etta–. ¡Ya estabas surfeando tu primera ola cuando los otros niños apenas

estaban terminando de remar! –sonríe de oreja a oreja–. Montaste un montón de olas… demasiadas porque surfeaste algunas olas que no servían. Pero lo hiciste muy bien –me avienta la toalla–. Me sorprendería si no pasas a la siguiente ronda –hace una pausa–. ¿Por qué te ves molesta? ¿Estás bien?

Respiro hondo. Todavía estoy jadeando fuerte.

–Estoy bien –echo un vistazo de un lado a otro de la playa. Aún no veo a mi mamá o a Ron. Tampoco veo a mi papá.

Intento normalizar mi respiración.

–Estás muy agitada. Come algo. Conserva tu energía para la siguiente ronda, niña –dice Etta–. Definitivamente vas a pasar.



68
ARRASTRADA

Paso un poco más de una hora escondiéndome, agazapada entre la carpa de los jueces y Esmeralda. Llevo puesto el gorro de mi sudadera para cubrirme la cara y estoy envuelta en una toalla, quizá hasta puede que me quede dormida.

Etta anda por todos lados, platicando con la gente. Escucho a algunos extraños acercarse y decirle:

–Oye, ¿tú eres Etta Kahana?

Olvido que es famosa. De vez en cuando viene a checar que yo esté bien. Le preocupa que esté tan cansada y rara.

–¿Qué haces escondiéndote aquí? ¿Está todo bien?

–Estoy bien. Solo estoy cansada. No dormí bien anoche.

Eso no es mentira.

Las otras rondas comienzan y terminan, comienzan y terminan. La gente pasa sin siquiera darse cuenta de que estoy ahí. Miro cada

rostro con ansiedad, esperando ver a mi mamá, a Ron o a mi papá, pero hasta ahora, estoy segura.

Finalmente, el altavoz hace un chirrido y suena una chicharra. Una voz dice:

–Ganadores de la ronda de Jóvenes Principiantes: ¡repórtense para la ronda final! –luego lee el nombre de tres niños y el de–: Maudie McGinn.

Un sobresalto de pánico recorre mi cuerpo: ¿quién más acaba de escuchar mi nombre? No contaba con que el altavoz anunciara mi nombre a todo volumen para que todos lo escucharan. Si papá acaba de escuchar eso, debe estar muy confundido.

Si mamá y Ron lo escucharon, vendrán corriendo a atraparme. Mariposas salvajes explotan en mi estómago. Pequeños dragones estomacales. Diminutos helicópteros internos, rotores de miedo batientes. Pero sé que el lugar más seguro para mí es en el agua, porque estando tan lejos no podrán descubrirme. Así que me dirijo al punto de salida en la arena entre las boyas blancas con el agua hasta las rodillas, sosteniendo a Esmeralda.

Los tres niños que compiten conmigo están un poco alejados. Estoy segura de que se conocen porque se están provocando, insultándose de la forma en la que los chicos lo hacen, empujándose entre ellos, siendo ruidosos, arrogantes.

–Te voy a humillar, *bro*.

–Tu tabla es horrible.

Me miran de vez en cuando. Alcanzo a escuchar a uno de ellos decir, los suficientemente alto para que yo lo escuche:

–*Ella* está en el lugar equivocado. Pensé que la competencia de *perros surfistas* era hasta el mediodía.

¿Qué?

¿Esa es su idea de provocar a una niña?

¿Hablar de mi aspecto, en lugar de mis habilidades?

No le doy importancia.

Intento recordar lo que Etta me dijo sobre los botes vacíos.

Pero, a decir verdad, ¡quiero golpearlos!

En vez de eso, creo que les voy a ganar.

Montaré olas que valen mil dólares en los siguientes quince minutos.

Mantén la calma, me digo a mí misma.

Canaliza los nervios, la vergüenza, el miedo, la ira, la indignación, el miedo, el deseo…

Mantén la calma.

Y:

¡SUENA LA CHICHARRA!

¡Ahí está! Suena la sirena.

¡La bandera amarilla está levantada!

Soy la primera en entrar al agua, remando. Los crueles niños van hacia el norte, hacia la zona de seguridad más confiable. Soy la única que decide ir al sur. Principalmente, porque no soporto la idea de surfear cerca de esos idiotas. Pero también, porque en la mañana vi un grupo de buenas olas por allá. Es un lugar riesgoso porque las olas no son tan confiables. Pero cuando son buenas, son muy buenas. El que no arriesga no gana.

Pero: agh. Ya cometí un error. Estaba tan enojada y distraída que no vi con cuidado el agua antes de remar. No me di cuenta de que las condiciones habían cambiado en las últimas horas y el agua no

se siente segura. El movimiento del agua no es el correcto, puede que las olas ya hayan muerto. Aun así y a pesar de que mis brazos están cansados, ya remé más lejos que los demás.

De hecho, guau. De verdad estoy muy alejada.

¿Cómo pasó?

Estoy tan lejos que esos tres idiotas parecen hormiguitas.

Estoy tan lejos que la carpa azul de la playa es como una carpa para hormiguitas.

Y cada vez me alejo más.

Mis brazos remadores deben ser más potentes de lo que pensé.

O… algo está pasando.

Algo anda mal.

Una corazonada en mi interior me lo advierte.

Sí. Algo definitivamente anda mal.

Quedé atrapada y estoy siendo arrastrada por una corriente rápida.

Alcanzo a escuchar gritos sordos a lo lejos en la playa. La chicharra suena distante. Diminutas figuras están agitando las manos hacia mí.

Okey, okey, okey, vamos a analizar esto.

¿Qué me dijo Etta sobre las corrientes rápidas? ¿Qué sé sobre ellas?

Pueden empezar de repente, en cualquier momento.

Son como un río que se mueve rápido en el océano, que te arrastra mar adentro.

Intento calmar mi corazón latiente. Deja de sacudirte.

No debo resistirme.

No debo nadar a contracorriente.

Cuando se calme un poco, debo girar y nadar paralelamente a la orilla.

Okey. Okey. Puedo intentarlo.

Pero… ¿cuándo se va a calmar?

¿Cuándo, cuándo, cuándo?

Me aferro a Esmeralda, siendo arrastrada más y más lejos.

Busco algún signo de que esta incesante corriente de agua se tranquilice.

Hace un minuto, pensé que la playa se veía tan lejos como un planeta distante.

Ahora es como una galaxia muy lejana.

Es gracioso que he pasado toda mi vida intentando bloquear la saturación del Mundo de las Demás Personas. Sus ruidos, olores, sus voces chillonas y sus estridentes peticiones siempre arrastrándome, criticándome, molestándome, picándome y empujando mi cuerpo y mi cerebro mientras lo único que quiero es que

me dejen

sola, sola, sola.

Bueno, así es como estoy ahora.

Sola, sola, sola.

Y daría lo que fuera, lo que fuera por poder regresar a la abrumadora, ruidosa, apestosa, áspera e incluso cruel y provocadora muchedumbre caótica de humanos apretujados, pero estar a salvo en la playa.

En vez de eso, sigo flotando. Cada vez que intento girar a Esmeralda fuera de la corriente, me es imposible.

Me doy cuenta de que estoy llorando.

No muy lejos veo un chorro de agua… puede ser un delfín o tal vez una ballena. Ahora estoy en territorio de ballenas, tiburones o delfines. Si esto sigue así, terminaré en una ruta marítima.

Pero finalmente, finalmente, cuando mis brazos arden, a mis pulmones les cuesta respirar y básicamente me he dado por vencida… comienzo a sentir que el agua me suelta. ¿Puede ser?

Lo intento. Giro fuerte la nariz de Esmeralda hacia la derecha, una vez más paralela a la playa.

Y funciona.

Pude salir. ¡Finalmente pude salir!

Ahora estas olas son mis amigas. Suavemente me ayudan a regresar a la orilla. Y veo una brillante balsa amarilla de rescate viniendo hacia mí.

¡Qué vergüenza! Trato de alejarlos.

–¡Estoy bien! –digo débilmente. Aunque claramente no lo estoy. Estoy exhausta y avergonzada.

Increíblemente los tres idiotas siguen surfeando, pero la ronda casi termina, alzaron la bandera amarilla de nuevo, quedan cinco minutos. ¿Todo esto me acaba de pasar en solo *diez minutos*? Vida, muerte, ahogamiento, pérdida, riesgos, rescate… ¿todo en diez miserables minutos? ¡Se sintió como una eternidad!

Uno de los idiotas, el que no se rio del cruel chiste del perro surfista, me vio. Da una vuelta, mira hacia atrás y me dice:

–¡Oye, niña! ¡Es tu ola!

Miro hacia atrás y veo alzándose una ola de un metro y medio detrás de mí. O sea, justamente detrás de mí, y es perfecta.

Estoy destrozada. Muy cansada. Pero…

Mi memoria muscular se activa. Me impulso, hundo el borde derecho en el agua, y dos segundos después logro hacer un pequeño giro, una pequeña salpicadura sobre la cresta de esa ola perfecta.

Salpico.

Mi corazón late fuerte por estar al borde de la muerte.

Perdí la competencia.

Pero regreso a la orilla sabiendo que pude surfear por lo menos *una* ola.

La balsa de rescate amarilla me sigue.

Pero logro llegar a la orilla montada en mi tabla.

Colapso en la playa. Max viene corriendo hacia mí con un botiquín de primeros auxilios con una enorme cruz roja.

También veo a Etta corriendo, mientras agita sus brazos.

Y también veo corriendo,

corriendo muy rápido,

pasando a todos en la playa,

a mi papá.



69
DE VUELTA EN LA PLAYA

Ya en la playa, estoy temblando. Max y mi papá me llevan a la parte de atrás de una ambulancia estacionada justo al lado de la playa. Un paramédico me pide que me siente. Corazón, pulmones, presión sanguínea, articulaciones, músculos, reflejos… checan todo. Mientras tanto, papá está ahí. Sin soltar mi mano.

–Estoy bien –digo con la cabeza agachada.

–Aún estás en shock, tu presión sanguínea está baja –dice el paramédico, cubriéndome con una manta–. Pero con líquidos y descanso estarás bien.

–Qué mala suerte –dice Max–. Esa corriente rápida comenzó repentinamente. Supongo que por eso se llama corriente rápida. Pararon la competencia e hicieron que todos se salieran del agua. Maudie, tuviste mucha suerte.

–¿Cómo pudo aparecer de repente? –pregunto–. Es muy extraño.

–Así pasa, un cambio de dirección del viento o un cambio en la corriente puede hacer que una corriente rápida aparezca de repente.

Puede llegar a suceder y cuando sucede es muy peligroso –nunca había visto a Max tan serio–. Pero Maudie supo exactamente qué hacer –le dice a mi papá–. Mantuvo la calma, lo hizo muy bien. Tan bien que tardamos un momento en percatarnos de lo que estaba sucediendo.

–Etta –digo–. Y mi papá. Los dos me enseñaron qué hacer.

Hablando de Etta, también está ahí, viéndome detrás de Max.

–Por cierto, Etta, él es mi papá. Papá, ella es Etta –les digo.

–Sí, Etta y yo nos conocimos en la playa. Tienes mucho que explicar, jovencita –dice papá. Nunca me llama jovencita. Debe estar más que un poco molesto. Papá se ve demacrado debajo de su bronceado, sus ojos azules se ven más pesados y opacos que de costumbre–. Etta me dijo que has estado surfeando con ella todo el verano, preparándote para esta competencia, sin siquiera decirme –se pasa la mano por su alborotado cabello–. Para ser sincero, Ratón, no sé cómo sentirme al respecto. Aprecio tus buenas intenciones al querer sorprenderme. Y estoy muy agradecido con Etta por ser tu mentora y tu amiga. ¡*Etta Kahana*, por el amor de Dios, es increíble!

Le sonríe a Etta y sacude su cabeza.

–Pero… ¿por qué sentiste que no podías contarme? ¿Por qué lo mantuviste en secreto?

Secretos.

Quizá mi mamá me tiene un poco obsesionada con los secretos.

Quizá debí haberle dicho. Pero…

–En serio quería sorprenderte, papá. Hacerte feliz e intentar ganar para ti el dinero del premio. Para *contribuir* con algo. Para demostrarte que no soy solo una carga. Que también puedo ayudar.

Se arrodilla frente a mí para verme directamente a los ojos.

–No me cabe la menor duda de que eres capaz de hacer lo que sea que te propongas, Ratón. ¿Pero qué te hizo pensar que eres una *carga* para alguien? Y sabes que no debes obtener, ganar o hacer absolutamente nada, solo *ser tú* –arruga sus ojos. Aprieta mi mano tres veces–. Pero no me ocultes algo así de nuevo. ¿Okey? Nunca.

En ese momento, Naldo y Begonia se acercan corriendo.

–¡Escuchamos lo que pasó! ¿Maudie está bien? –gritan con ansiedad–. ¡Acabamos de escuchar que Maudie fue la surfista que quedó atrapada en la corriente!

Max sonríe.

–Está bien. Pudo escapar, lo hizo a la perfección. Luego montó una pequeña ola, tranquilamente, incluso hizo un giro. Sí, ella está bien –se ríe y sacude la cabeza.

–Creo que acabas de superar a los principiantes, Maudie –dice Begonia–, ya sea que ganes o no.

Max y Begonia intentan relajar la situación.

Pero mi papá sigue estando muy serio.

–Como te decía. Por favor, no me ocultes las cosas. No lo podía creer cuando escuché tu nombre en el altavoz. Imagínate cómo me sentí, ¡yo pensé que estabas en el avión de regreso a Texas, a salvo con tu mamá y Ron! Hablando de ellos… ¿Dónde demonios están? ¿Y cómo los convenciste de que te dejaran quedarte un día más?

Hago un gesto.

–Sobre eso…

–¿Sí?

–Sobre mi mamá y Ron…

Estoy harta de ocultar secretos.

Harta de sentir
esta cosa,
este problema
que quema como fuego
dentro de mi pecho,
agobiándome, confundiéndome,
haciéndome sentir tan sola, perdida,
a la deriva.
Quiero enunciar mi verdad.
O por lo menos una parte de ella.

–¿Papá?
–¿Sí?
–La verdad no me
siento tan *segura*
cuando estoy con mamá y Ron.
El ceño de mi papá se frunce aún más, su nariz se arruga, se rasca la nuca muy fuerte.
–Maudie, ¿qué quieres decir exactamente?

Pero no tengo tiempo de explicarle.
Porque justo en ese momento, de un costado de la ambulancia,
ellos aparecen.

No me espero a escuchar lo que tienen que decir.
No me voy a disculpar por hacerlos perder el avión,
no voy a dar explicaciones.

Estoy harta.

Salto de la ambulancia

y emprendo la huida…

Escapo.

Etta suelta un grito ahogado.

Max, Naldo y Begonia están petrificados.

Papá grita:

–¡Maudie! ¿Qué sucede?

Mamá grita:

–¡Regresa inmediatamente, jovencita!

Ron da un salto como si fuera un tigre.

–La atraparé –dice con un rugido.

Sus pesados pasos me persiguen entre la multitud.

—¡Oye! —grita—. ¡Tu madre está HISTÉRICA! ¡Ella debería estrangularte!

Me muevo rápidamente entre las carpas, camiones de comida, escenarios musicales y grupos de personas enajenadas bailando, comiendo y divirtiéndose. Estoy descalza, aún con mi traje de baño naranja. Me muevo tan ágil como un pez garibaldi.

–¡MAUDIE GRACE MCGINN! ¡ALTO AHÍ!

Ron está jadeando y gruñendo.

Yo no me detengo.

Pero choco con una señora muy corpulenta y finalmente caigo, desparramada junto a un camión de comida.

Inmediatamente él se abalanza. Me agarra del brazo derecho… con fuerza… y me hace girar en el aire.

Me atrapó.

Me alza, mis piernas cuelgan, mi brazo me duele.

–Ya has causado suficientes problemas por hoy, jovencita –dice Ron.

–¡Suéltame! –grito y pateo mientras me retuerzo.

La gente se queda callada y desvían la mirada.

Ellos solo ven a una niña teniendo una crisis,

una niña problemática y mal portada,

una niña que requiere cuidados especiales.

Ellos ven a un padrastro que sufre mucho, desesperado por controlarme.

No conocen mi verdadera historia,

la historia de Ron.

Nunca han escuchado cómo mi mamá cierra su puerta con seguro.

Nunca han visto aparecer al Hulk Rojo.

No han visto

lo que puede hacer.

Y justo ahora el Hulk Rojo se acerca. Me doy cuenta.

El Hulk Rojo está…

aquí

ahora.

Ron me avienta detrás de los camiones de comida donde no hay nadie…

solo está la ensordecedora vibración de los generadores de energía,

los cables enredados como si fuera un pozo de negras serpientes,

y en ese pequeño espacio escondido

me sacude del brazo hasta que mi cabeza se tambalea,
y él gruñe.
¡GRRR!
Me cubre con su voz.
¡GRRR!
Finjo que es el océano.
¡GRRR!
Olas que me azotan.
¡GRRR!
Escucho varias
palabras
denigrantes:
desobediente
insignificante
inútil
problemática
NIÑA PROBLEMA, muchas palabras insultantes en un solo día. Aflojo el cuerpo.

–Te voy a llevar de vuelta con tu madre –dice el Hulk Rojo, mientras se desvanece y vuelve a ser Ron, Ron jadeante–. Te vas a disculpar con ella por todos los problemas que causaste hoy.

Me deja caer al suelo.

Me esparzo en el suelo, sobre los cables enredados.

Mi brazo arde en llamas.

El dolor me quema de una forma que no debería.

Mientras me pongo lentamente de pie y comienzo a seguir a Ron para salir detrás de los camiones de comida, veo para mi sorpresa a una persona conocida, dolorosamente conocida, parada, bloqueando nuestro paso.

Es la doctora Shakti.

Está sosteniendo dos jugos verdes del camión de comida. Está boquiabierta. Los jugos caen al suelo y el líquido se esparce por todas partes.

–¿Quién demonios es usted? –le dice a Ron–. ¿Y por qué le está gritando a esa niña?

Luego me voltea a ver y su cara se vuelve aún más seria.

Se acerca a mí, toca mi hombro derecho y yo grito de dolor. Retrocede, abre los ojos con sorpresa y la forma en que mira a Ron es letal. La doctora Shakti me jala detrás de ella, interponiéndose entre nosotros. Me encojo, parada en un charco de jugo verde.

Luego saca su teléfono y comienza a filmar a Ron.

–No es asunto suyo, señora –gruñe Ron, intentando escapar, pero ella lo persigue grabándolo con su teléfono.

–¿Acaba de lastimar a esta niña? ¿Acaso acabo de verlo lastimar a Maudie McGinn?

La doctora Shakti se voltea y me pregunta:

–¿Quién es este hombre? –sus ojos parecen una tormenta negra.

–Mi padrastro –murmuro.

Se inclina hacia mí, sus ojos cafés están llorosos y me susurra:

–¡Maudie! ¿Te ha hecho algo parecido a esto antes?

Y yo comienzo a llorar.



70
MUCHO QUE PROCESAR

Mi mamá se ve terrible. Veo su rostro lleno de lágrimas volverse más pequeño, mientras la observo desde la ventana trasera de la ambulancia. Está parada junto a la doctora Shakti, quien todavía se ve muy enojada.

Yo voy en camino a Urgencias porque al parecer tengo el hombro dislocado.

No sé a dónde se fue Ron. Y no me importa. Se escapó mientras la doctora Shakti me llevaba con los paramédicos.

¿Han sentido cómo algunas veces las cosas sucediendo a tu alrededor se sienten tan grandes, tan enormes, que te cambian la vida y pasan como si estuvieran en cámara lenta? Y, aun así, a pesar de eso, ¿no puedes comprender lo que está pasando?

Sé que me va a tomar mucho tiempo poder procesar todo lo que pasó hoy.

Es como si hubiera sido arrastrada por otro tipo de corriente rápida. Y estuviera muy cansada para hacer algo al respecto. Pero

aún hay otra cosa: ¿han sentido cuando estás nadando que hay partes de agua fría y partes de agua caliente? ¿Y lo bien que se siente cuando nadas por esas partes calientes por el sol? Se siente tan bien que solo quieres flotar y quedarte ahí.

La doctora Shakti, mi papá y Etta son esas partes de agua caliente. Ahora solo debo quedarme cerca de ellos. Y mantener la cabeza debajo del agua.

Papá aprieta mi mano tres veces.

–¿Okey?

–Okey –le digo–. No sabía cómo decirte. Y mi mamá me hizo prometer que no te diría.

–¿Qué quieres decir? –pregunta papá.

–Mi mamá dice que Ron no lo hace a propósito. Cuida a mamá y nos da todo. Y dijo que, si te lo contaba, todo podría irse al caño. Que quizá a mí me llevarían lejos de ella y también de ti.

Mi papá está rígido.

–Ratón, ¿me estás diciendo que tu mamá sabía de esta… situación con Ron? ¿O que incluso lo sospechaba?

No sé cómo responder. Solo me encojo de hombros. Pero mi papá no me ve. Está ocupado limpiándose las lágrimas de los ojos.



71
MANTAS CÁLIDAS

En la clínica cortan los tirantes de mi traje de baño naranja, para llegar a mi hombro sin lastimarme.

Voy a extrañar ese traje de baño.

Después de que me tomaran radiografías, me dieran medicamentos para el dolor y de que un amable doctor (con manos firmes y cálidas) acomodara mi hombro y le pusiera un soporte,

después de estabilizarme (en una habitación con una amable enfermera) y que yo pude sentirme tranquila,

papá, por fin, salió al pasillo a hacer unas llamadas telefónicas muy serias.

No sé qué hace, dice o qué pasa en el pasillo.

No puedo pensar más. Cada minuto que pasa me siento más somnolienta.

La amable enfermera me arropa debajo de un montón de limpias y cálidas mantas de hospital,

y se siente muy cómodo y muy bien.

En ese momento, me quedo profunda
y plácidamente dormida.

Me dan de alta de la clínica por la tarde. Papá me lleva despacio por el estacionamiento.

–Naldo y Max nos trajeron la camioneta. Fue un lindo gesto de su parte –dice, por decir algo. Imagino que él vino hasta acá en la ambulancia conmigo. De alguna forma, recuerdo muy poco.

Tengo que usar este extraño soporte inmovilizador atirantado que mantiene mi brazo derecho pegado a mi costado. Hago un gesto de dolor mientras me subo a la vieja camioneta y mi papá me abrocha el cinturón de seguridad. Titubea un poco al enrollar una manta muy cuidadosamente alrededor de la correa para evitar que se me entierre en el cuello.

–¿Papá? –pregunto suavemente, aunque no estoy muy segura de si quiero saber–. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está mi mamá?

–Está con Ron en su hotel. ¿Quieres verla?

–No –digo rápidamente.

Me quedo dormida en la camioneta y se siente como si solo hubiéramos tardado un segundo en llegar al campamento. Increíblemente, El Evento de Surf aún continúa. No puedo creer que haya pasado todo en un mismo día. Escucho bandas de reggae, multitudes y altavoces diciendo cosas sobre los ganadores y los perdedores.

Ya no significa nada para mí.

Estoy adormecida.

–Por el momento la litera de abajo es tuya –dice mi papá, ayudándome a sentarme y después a acostarme–. No puedes subir a

la litera de arriba con ese hombro.

Se mueve apurado y hace ruido. Checa cómo estoy cada tres minutos.

Estoy de vuelta. Estoy en casa.

Debo haberme dormido porque es de noche cuando el dolor de hombro me despierta. Mi papá está a mi lado con los medicamentos y agua. Me sienta, me da de comer arroz con pollo. Me siento en la orilla de su litera mientras que afuera el sol poniente cubre todo de un dorado color naranja. Ilumina el amuleto metálico en forma de casita que está de vuelta en su clavo, y parece como si estuviera en llamas.

Tengo que aprender a comer con la mano izquierda por el momento. El arroz es complicado. Pequeños granos que se van por doquier, pero mi papá no dice nada.

Después de la cena, me dice:

–Cierra los ojos. Tengo una sorpresa.

Cuando abro los ojos, él está sosteniendo un billete de cien dólares y un elegante certificado que dice "Mención honorífica".

–¡Guau! –me hago hacia adelante y de repente siento el golpe de dolor y sorpresa–. ¿Qué es eso?

–Es de parte de los jueces de tu Evento de Surf. Porque manejaste esa corriente rápida como una profesional y aún así montaste una gran ola al final. Te premiaron con una mención honorífica. Creo que crearon esa categoría solo para ti.

Tomo el billete y lo sostengo en las manos. Nunca había visto un billete de cien dólares.

Papá tiene una mirada curiosa.

–Ratón, ¿podrías darme eso de vuelta solo por un segundo?

Cuando se lo doy, lo arruga con su mano. Lo hace una bola con fuerza, como si estuviera enojado con él, como si intentara hacerlo desaparecer.

–¡Oye! –le grito.

Abre el puño de nuevo y me muestra el billete arrugado hecho bola.

–Dime una cosa. ¿Cuánto vale esto?

Hago una mueca.

–Aún vale cien dólares. ¡O por lo menos eso espero!

–¿Aunque lo haya arrugado un poco?

–Su valor no cambia, ¿verdad?

–Nada cambia –mi papá aplana de nuevo el billete y me lo devuelve. Se inclina hacia mí, con los ojos profundamente serios y azules–. Sé que ha sido un día pesado. Pero cuando pienso en… –papá se detiene y se talla el rostro. Suspira–. Solo dime algo, Ratón. Si alguien te lastima o incluso solo te pone una mano encima. Si alguien te dice algo cruel. ¿Eso te hace menos valiosa de lo que ya eres?

Ah. Okey.

Entiendo lo que dice. Cálidas lágrimas caen en mi plato.

–Tu valor no cambia, Maudie, solo porque un estúpido imbécil te hace algo cruel. Tu valor es profundo, hermoso y parte esencial de ti.

Esencial.

–Como el queso de una arepa –intento hacer un chiste.

–Sí. Como en las arepas de la abuela Carmen –dice papá, abrazándome de manera cuidadosa y gentil.



72
MAREAS DE CAMBIO

Unas semanas después despertamos en la vieja casa rodante por última vez.

Papá ajusta mi cabestrillo. Mi brazo está mucho mejor, ya ni siquiera me duele.

Acaricia mi cabello que ya está peinado.

–¿Lista para irnos?

Empacamos todo. No nos tomó mucho tiempo. Naldo, Begonia y Max nos han ayudado mucho en estas últimas semanas, como lo hicieron todo el verano. Son una verdadera familia. Tengo una familia.

Y ahora nos abrazan para despedirnos.

–¡Pero no es un adiós de verdad! ¡Estaremos a unos minutos de distancia! –dice papá.

Pero antes de irnos, pasamos por el estacionamiento de la playa donde está la van de Etta. Está empacando para su viaje a Baja California. Partirá pronto.

–Regresaré en la primavera –dice–. Surfearemos juntas de nuevo y podrás mostrarme cuánto has mejorado –me clava sus ojos verdes–. Eso si aún tienes tiempo para surfear. La marea está cambiando un poco, Garibaldi, ¿verdad?

–¡Siempre tendré tiempo para surfear! –le digo. Pero tiene razón, la marea siempre está cambiando.

Mi papá y yo nos mudamos a las instalaciones de la Escuela Vida. Ha estado remodelando la vieja cabaña del cuidador en la cima de la colina entre los árboles de eucalipto. Él ha pasado semanas parchando, reparando, poniendo azulejos y el cableado. Y ahora, gracias a la doctora Shakti, podremos vivir en ella. Será nuestra. Nuestro nuevo hogar.

Y eso no es todo. Podemos vivir ahí porque la doctora Shak-ti le ofreció a mi papá un gran trabajo. Él estará supervisando los trabajos de renovación y construcción de los edificios de la Escuela Vida, un enorme proyecto que tardará años. ¡Incluso lo dejará dar clases de carpintería a los niños!

Y como mi papá es un empleado de la escuela ahora puedo asistir… sin costo.

Sin costo.

Mi papá dice que le hubiera gustado tener una escuela así cuando era joven, una que lo dejara explorar sus fortalezas, en lugar de hacerlo sentir mal por sus debilidades. Creo que está más emocionado que yo y eso que yo estoy muy emocionada.

O sea, no me malinterpreten, mi escuela en Texas no estaba *tan* mal, el salón en el sótano definitivamente era húmedo y descuidado, pero el profesor Parris siempre fue amable y lindo conmigo. Tal vez

le escriba una carta algún día. Podría agradecerle por enseñarme el truco para calmarme. Y por ser el profesor Parris.

Después de despedirnos de Etta en el estacionamiento, nos dirigimos a la escuela con nuestra camioneta llena. Todos en la recepción nos dan la bienvenida con un alegre "hola" mientras cargamos las últimas de nuestras maletas y cajas a la cima de la colina. No son muchas cosas. Pero no necesitamos de mucho.

Lo primero que hago es colgar el corazón de madera que me hizo mi papá sobre mi cama, el que pinté con Begonia y que cubrimos de milagros.

Después colgamos la escultura de El Señor, el pino de Torrey caído. Ese va sobre la pequeña chimenea de ladrillo de la cabaña.

El pequeño amuleto milagroso de metal, el primero que Begonia me dio en mi primer día en el campamento, lo llevo guardado en mi bolsillo.

Desempacamos nuestras bolsas de ropa y pequeños utensilios de cocina que compramos en la tienda de segunda mano. Entre la doctora Shakti y mi papá consiguieron dos camas, una mesa de cocina, un sofá, una mesita de café y una laptop escolar. Solo nos tomó una hora acomodar todo.

El teléfono de mi papá suena mientras termino de acomodar mi cama. Me lo extiende y me lo dice todo con una mirada.

Es mi mamá llamando desde Texas. Ha estado llamando todos los días. Al principio solo mi papá hablaba con ella, porque yo ni siquiera quería escuchar su voz. Pero ahora, pongo el teléfono en mi oreja y escucho. Normalmente se disculpa una y otra vez. A veces llora. Mi mamá comprende que lo que hizo está mal. Y que no regresaré. Ella sabe que no me puede forzar a vivir con ella y con Ron, nunca más.

Comprende por qué tiene que ser así. También comprende que lo que Ron hizo no era solo "buena y estricta crianza". Eso era abuso. Y ella y Ron están en terapia.

Fue muy duro para mi mamá admitir que lo que hizo estuvo mal. La doctora Shakti, que tiene un doctorado en Trabajo Social, pasó horas hablando con mi mamá, y también un mediador profesional para que pudiera entender lo que todos llamaban "la situación".

La doctora Shakti dice que la mejor forma es nuestra solución: todos acordaron que legalmente, desde ahora, solo viviré con mi papá. Pero claro que mamá puede llamarme.

–Hola –dice mamá–. Hoy es día de mudanza, ¿verdad? Apuesto que ambos están contentos de salirse de ese apestoso lugar.

—No lo sé –le digo–. Una parte de mí siempre lo va a extrañar. Pero no tanto como extraño la cabaña de papá en Molinas.

Mi mamá se queda callada por un momento. Y luego dice:

–¡Sí, pero tienes que mirar hacia adelante! Te voy a mandar una gran caja con linda ropa nueva para la escuela. Espérala.

–No la voy a necesitar.

–¡Niña! –finge sorpresa–. ¡Tienes que cubrir tus partes!

No estoy segura a qué "partes" se refiere, pero está bien.

Mi mamá lo está intentando. Creo que a pesar de todo y, a su manera, me ama.

Pero cuando pienso en que ella aún está con Ron, me pongo muy triste. En lugar de tragarme esa tristeza o de esconderla detrás de una puerta dentro de mi pecho, lo expreso. Hablo con mi papá, con Etta, con mi amiga Paddi y con la doctora Shakti. Y también una vez al mes hablo con la doctora Bobbie, la terapeuta de la escuela. Ella

es muy amable y me está ayudando de muchas maneras. También surfea. Es increíble.

Hablar ayuda de verdad.

Encerrar mis sentimientos de la forma en que mi mamá me enseñó no funciona. Ahora lo sé. Es como dijo Etta, cuando vimos el tiburón leopardo nadando tranquilamente por el turbio fondo de lecho de algas: las cosas se vuelven menos terroríficas una vez que las ves con claridad.

Después de que nuestra pequeña cabaña está lista, mis maletas desempacadas y mi cama tendida con la nueva colcha que papá me compró, lo más parecido a una colcha tejida por la abuela Carmen, escucho una voz familiar llamándome. Salgo y veo a Paddi en los columpios. Juntas e impulsándonos al mismo ritmo, nos balanceamos lo suficientemente alto como para ver el suave e inmenso azul del océano Pacífico que aparece a lo lejos. Azul, azul, azul, azul…

Todavía me deja sin aliento.

Pero no solo es el azul que amo ver. Son los elegantes puntos negros que se balancean en el océano azul con sus tablas, esperando a que venga una ola.

AGRADECIMIENTOS

Quiero empezar por agradecer profundamente a Sara Crowe, mi extraordinaria agente literaria. También a todos en Pippin por creer y defender la historia de Maudie. Estoy profundamente agradecida también con los lectores previos, Jess Creaden, Kim Ventrella, Dare Delano y Merriam Saunders, quienes aportaron una gran retroalimentación y apoyo. Agradezco a mi grupo de escritores de ensueño compuesto por Pam Muñoz Ryan, Matt de la Peña, Chris Baron y Minh Lê, por sus comentarios entusiastas en las primeras páginas. Gracias a Ona Russel, Susan Bien y Sarah Sleeper por el apoyo emocional en todo momento, y un profundo agradecimiento más a mi amiga surfista, escritora y maestra, Janet Behrend, por leer el libro, por sus comentarios y por haberme enseñado cómo ejecutar un *ollie* decente, en mi cocina, ya que a diferencia de Maudie, ¡yo soy pésima sobre una tabla!

Soy muy afortunada de estar en Quill Tree con Alexandra Cooper, la editora más amable, sabia y astuta que cualquiera podría tener. Es un honor trabajar con ella, al igual que con Allison Weintraub, cuya energía y ayuda fueron indispensables. Me declaro fan de toda la vida de Rosemary Brosnan, quien lidera con compasión, con sabiduría y con el corazón. Sus cálidas palabras de apoyo significan mucho para mí.

El diseñador de libros, Joel Tippie, se voló la barda, al igual que el artista, Leo Nickolls, quienes les dieron vida a las olas de cambio en la portada original en inglés. Gwen Morton, Jessica Berg y Martha Schwartz trabajaron duro para hacer la historia brillar. Estoy muy agradecida por su tiempo y su talento.

Gracias a mis cuatro gloriosos y graciosos hombres: Frédéric, Alec, Nate y Andrew. Gracias a mi hermana, Cindy, por nuestras innumerables e invaluables pláticas, llantos y risas. Gracias a toda mi familia extendida, padres, primos, amigos, etcétera, por todos los bellos momentos, el amor, el apoyo y las risas. Estoy muy agradecida de vivir cerca del océano Pacífico aquí, al sur de California. El océano me inspiró a hacer esta historia y me sigue inspirando todos los días.

Crecí sin haber sido diagnosticada. He lidiado con mi autoestima.

He tenido que soportar varias relaciones abusivas en mi vida. Mis amigos, mi familia y la terapia me han ayudado inmensamente. La generosa comunidad autista y neurodivergente en línea ha sido un lugar acogedor y de apoyo. Agradezco cada interacción positiva que me ha ayudado a sentirme como en casa en este mundo.

Y mi más sincero agradecimiento a ti, querido lector.

SOBRE EL AUTISMO

El autismo es una diferencia en el cerebro que puede presentarse en una infinidad de maneras. Generalmente hay un componente social / comunicativo al igual que un componente sensorial. Pero cada persona autista es diferente. Como dice la vieja expresión: "Si conociste a una persona con autismo, entonces solo has conocido a una sola persona con autismo". Si te interesa saber más o necesitas apoyo, te animo a buscar fuentes confiables, asociaciones y especialistas en tu región que puedan ofrecerte información y acompañamiento contextualizado a tu entorno.

SOBRE EL ABUSO

De acuerdo con el Instituto Nacional de la Salud de los Estados Unidos y el sitio DisabilityJustice.org, aquellas personas con discapacidades se vuelven víctimas de abuso en una tasa aproximada de cuatro a diez veces más que la población general. Es una estadística horrible.

La falta de entendimiento de su nuevo padrastro sobre su comportamiento autista (en el caso de Maudie) desencadena frustración y ataques de ira. Es importante recalcar que las palabras pueden causar tantos daños severos como el abuso físico. Si tú o alguien que conoces está atravesando una situación similar, te invito a buscar recursos, organizaciones y redes de apoyo especializadas en tu comunidad. Existen personas y espacios que pueden acompañarte con comprensión y cuidado.

Índice

1. Donde hubo fuego
2. Güiugüiugüiugüiugüiugüiu
3. El restaurante de Rosie
4. La cabaña de Molinas
5. Maldito
6. Cosas que hay que saber sobre mi mamá
7. Cosas que hay que saber sobre Ron
8. En camino
9. La playa de Conwy
10. Mi papá y Naldo
11. Cuando conocí a Ron
12. Los milagros de Begonia
13. Buscando trabajo
14. Trajes de baño anaranjados, carteles rosados
15. Gacela débil
16. Deseos fallidos
17. Historia familiar
18. Olas y dudas

19. Cofre del tesoro
20. La energía fluye
21. Una vela en la cabaña
22. Un océano en cada ola
23. El problema con los deseos mágicos
24. Terapia
25. Crisis
26. Lo que mi papá dice
27. Conversación con el burrito California
28. Inscribiéndome en el evento
29. Lección de surf
30. Esmeralda
31. Paddi
32. Conociendo las condiciones
33. La tienda de segunda mano
34. El niñito
35. En el aeropuerto
36. Paquete equivocado
37. La postal de mamá
38. Noticias del incendio
39. El daño está hecho
40. Una invitación
41. La competencia
42. Naldo reconoce a Etta
43. Delfines
44. La casa de Paddi
45. Botes vacíos
46. Tour por el pueblo de mi papá

47. Le muestro la escuela a mi papá
48. Sobre por qué no puedo dormir
49. Una petición para mi mamá
50. Necesita una reparación
51. El señor
52. Paddi y la doctora Shakti nos visitan
53. Creo que estoy lista
54. Preparando al perro surfista
55. Una ola a la vez
56. La parrillada de Naldo
57. Visitas inesperadas
58. Desastre
59. Raptada
60. El hotel
61. Una decisión
62. Corriendo
63. Crisálida
64. Amanecer
65. Licra verde
66. Primera ronda
67. Remando con furia
68. Arrastrada
69. De vuelta en la playa
70. Mucho que procesar
71. Mantas cálidas
72. Mareas de cambio
Agradecimientos
Sobre el autismo

Sobre el abuso



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE PARECIÓ
LA NOVELA!

Encuéntranos en

facebook.com/VRYA México

www.instagram.com/vryamexico

twitter.com/vreditorasya

Título original: *The Fire, the Water, and Maudie McGinn*
Dirección editorial: Gonzalo Marín
Edición: Luz Vázquez
Coordinación de diseño: Cristina Carmona
Diseño: Dalia Jiménez
Traducción: Leslie Jaime y Aldo Ortega
Portada: Daniel Bolívar
Fotografía de portada: © iStock
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2023 Sally J. Pla
© 2025 VR Editoras, S. A. de C. V.
www.vreditoras.com

Publicado en virtud de un acuerdo con International Editors & Yáñez' Co. and Ginger Clark Literary, LLC.

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

Primera edición: enero de 2026

ISBN 978-607-637-256-2

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.



Seguinos en tu red favorita



VR.editorasmexico

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sally J. Pla
Portada
1. Donde hubo fuego
2. Güiugüiugüiugüiugüiugüiu
3. El restaurante de Rosie
4. La cabaña de Molinas
5. Maldito
6. Cosas que hay que saber sobre mi mamá
7. Cosas que hay que saber sobre Ron
8. En camino
9. La playa de Conwy
10. Mi papá y Naldo
11. Cuando conocí a Ron
12. Los milagros de Begonia
13. Buscando trabajo
14. Trajes de baño anaranjados, carteles rosados
15. Gacela débil
16. Deseos fallidos
17. Historia familiar
18. Olas y dudas
19. Cofre del tesoro
20. La energía fluye
21. Una vela en la cabaña
22. Un océano en cada ola

23. El problema con los deseos mágicos
24. Terapia
25. Crisis
26. Lo que mi papá dice
27. Conversación con el burrito California
28. Inscribiéndome en el evento
29. Lección de surf
30. Esmeralda
31. Paddi
32. Conociendo las condiciones
33. La tienda de segunda mano
34. El niñito
35. En el aeropuerto
36. Paquete equivocado
37. La postal de mamá
38. Noticias del incendio
39. El daño está hecho
40. Una invitación
41. La competencia
42. Naldo reconoce a Etta
43. Delfines
44. La casa de Paddi
45. Botes vacíos
46. Tour por el pueblo de mi papá
47. Le muestro la escuela a mi papá
48. Sobre por qué no puedo dormir
49. Una petición para mi mamá
50. Necesita una reparación
51. El señor
52. Paddi y la doctora Shakti nos visitan
53. Creo que estoy lista
54. Preparando al perro surfista
55. Una ola a la vez
56. La parrillada de Naldo

57. Visitas inesperadas
58. Desastre
59. Raptada
60. El hotel
61. Una decisión
62. Corriendo
63. Crisálida
64. Amanecer
65. Licra verde
66. Primera ronda
67. Remando con furia
68. Arrastrada
69. De vuelta en la playa
70. Mucho que procesar
71. Mantas cálidas
72. Mareas de cambio
Agradecimientos
Sobre el autismo
Sobre el abuso
Créditos